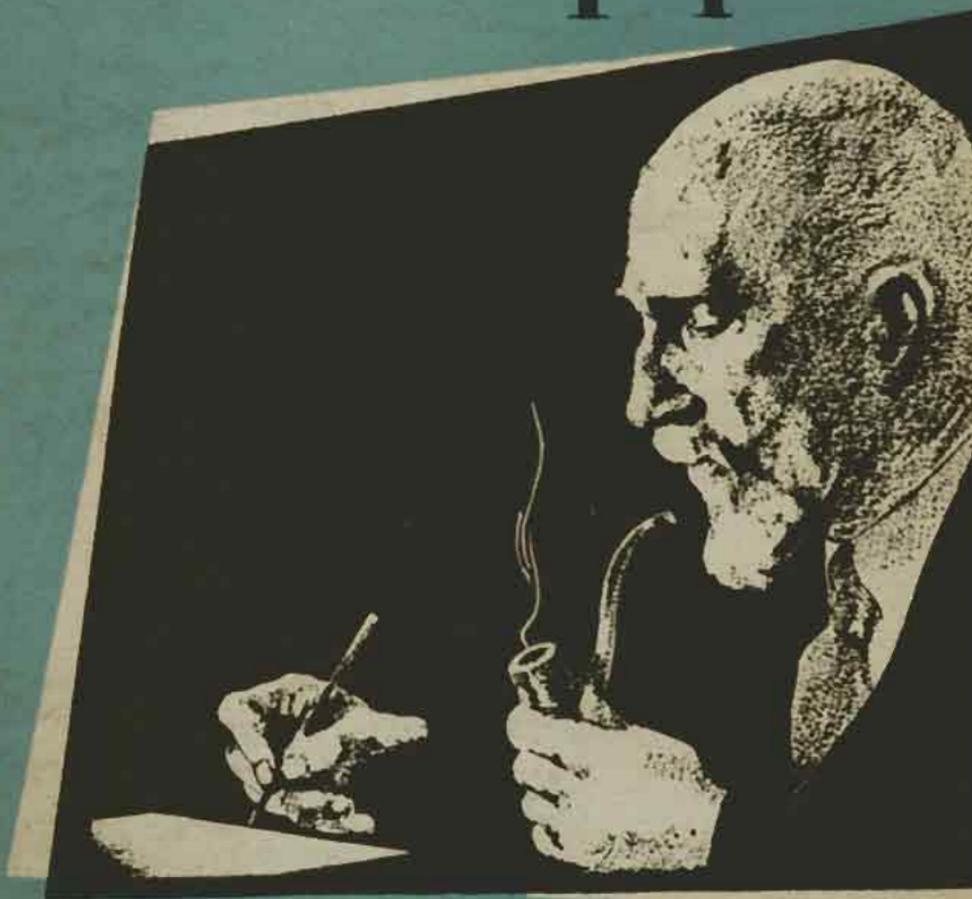


JENARO PRIETO

# humo de pipa



EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.  
SANTIAGO DE CHILE

Se trata de un volumen que contiene lo mejor de la producción periodística de Jenaro Prieto.

Durante más de treinta años el autor publicó, casi diariamente, en "El Diario Ilustrado", artículos que los lectores esperaban con ansiosa curiosidad.

Con razón Jenaro Prieto ha sido calificado como el mejor de los humoristas chilenos. Sus novelas "El Socio" y "Un muerto de mal criterio" lo han colocado, además, entre los más notables novelistas. La primera de estas obras, que ha sido traducida a varios idiomas, ha obtenido para su autor un lugar único en nuestro ambiente literario.

Los artículos seleccionados en "Humo de pipa" tratan de las más diversas materias, pero especialmente se refieren a temas políticos. De ahí que resulten apasionantes para el público chileno.

La selección está hecha de tal modo que todos los artículos resultan de una actualidad sorprendente. Ello se debe especialmente a que, en materias políticas, si bien los acontecimientos van cambiando, los personajes vuelven a menudo a aparecer en escena.

Los artículos se encuentran seleccionados cronológicamente y con indicación de la fecha en que fueron publicados lo cual facilita su comprensión y contribuye a dar al lector una visión muy exacta de toda una época de la vida política chilena.

El profundo sentido de crítica, la extraordinaria inteligencia del autor, la amenidad de los temas y, sobre todo, el sano buen humor con que son tratados, dejarán en los lectores de esta obra una muy grata impresión y les darán, al mismo tiempo, ocasión de hacer recuerdos de los más importantes acontecimientos de los últimos años.

EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.

Ahumada 57 - Casilla 5126

Santiago de Chile

Portada de Daniel Marshall

JENARO PRIETO  
HUMO DE PIPA



COLECCION DE AUTORES CHILENOS

Dirigida por *Alejandro Magnet*

IMPRESO Y HECHO EN CHILE  
PRINTED AND MADE IN CHILE  
EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.  
IMPRESORES

JENARO PRIETO

# HUMO DE PIPA

*Selección de*  
FERNANDO CASTILLO INFANTE



EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.

• SANTIAGO DE CHILE

Es propiedad. Derechos reservados para todos los países de habla española. Inscripción Nº 17736. Copyright by Editorial Del Pacífico S. A., Ahumada 57, Casilla 3126, Santiago de Chile, 1955.

## PALABRAS PRELIMINARES

*Quisiéramos que "Humo de pipa" fuera, antes que nada, un homenaje a la memoria del gran periodista que fué Jenaro Prieto.*

*Durante más de treinta años, casi diariamente, sus artículos se publicaron en "El Diario Ilustrado" y sus lectores recordarán con qué ansiosa curiosidad buscaban en la página editorial la letra P con que los firmaba.*

*La selección que presentamos en este volumen comprende lo que, a nuestro juicio, constituye lo mejor de la producción periodística de Jenaro Prieto. Algunos de los artículos que aparecen aquí ya habían sido compilados en dos libros hechos en vida del autor: "Pluma en ristre" (1925) y "Con sordina" (1930). Ambos se encuentran desde hace tiempo agotados.*

*Hemos hecho esta selección buscando aquellos artículos que, a pesar del tiempo transcurrido, conservan aún su actualidad. Gran parte de ellos tratan temas políticos y, por eso mismo, no es raro que se conserven todavía frescos. La política cambia a menudo, pero los personajes son casi siempre los mismos. Nuestros políticos han gozado, en general, de larga vida y se han preocupado ellos mismos de mantenerse de actualidad.*



*No es nuestra intención hacer en estas líneas un estudio literario sobre la obra de Jenaro Prieto. Su personalidad es bastante conocida y ocupa, sin lugar a dudas, un sitio único en la literatura de nuestro país. Sus novelas "El Socio" y "Un*

muerto de mal criterio" lo han consagrado como el primero de los humoristas chilenos. Solamente deseamos señalar un aspecto de su labor de periodista que merece ser destacada. Nos referimos al hecho de que nunca en sus escritos dió cabida a un sentimiento de odio al adversario. En muchas oportunidades, en todo lo largo de su carrera, Jenaro Prieto atacó duramente a quienes no estaban en su misma tienda, pero siempre lo hizo con fina elegancia plena de buen humor.

\* \* \*

Hemos ordenado cronológicamente los artículos y, en la mayoría de ellos, hemos colocado la fecha en que fueron publicados. De esta manera esperamos que esta selección pueda constituir un aporte al estudio de toda una época de la vida política chilena mirada desde un ángulo ameno y extraordinariamente inteligente.

F. C. I.

## HUMO DE PIPA...

Cada vez que enciendo la pipa, no puedo menos de consagrar un recuerdo al doctor que me ha dicho:

—No fume Ud. El tabaco le hace daño. Hay una intoxicación manifiesta en su organismo, etc., etc.

Con una mirada bizca, observo entonces la pipa y la veo como un pequeño embudo por el cual la muerte me va entrando en el cuerpo. A cada chupada, soy un poquito más cadáver que antes.

Es un suicidio lento que tiene la ventaja de no recaer en las disposiciones punitivas del código.

Además, yo no lo hago por matarme sino por escribir. En el fondo de cada pipa, hay un artículo. Los hombres de ciencia no lo saben, porque el análisis químico, grosero y materialista, no alcanza a aislar las ideas. No aparecen en el tabaco, ni en la nicotina, ni en el humo. El artículo viene a ser un subproducto que los químicos desprecian por inútil. Yo también creo que es inútil; pero he encontrado la manera de venderlo. Las empresas periodísticas, con un criterio parecido al de las compañías de seguro, se encargan de indemnizar la pequeña dosis de vida que pierde el operario al extraer, a fuerza de chupadas, esa sustancia inmaterial que fluye del tabaco y, después de algunas vueltas por el alambique del cerebro, logra fijar en el papel, mediante un poco de tinta.

A mi me pagan, pues, por suicidarme y lo hago valientemente y a conciencia.

Mas ¿acaso no sucede lo mismo en todos los ramos del trabajo? ¿Qué es el cansancio sino una intoxicación?

El más elemental fatalismo aconseja creer, por lo demás, que cada individuo que llega al mundo viene calculado para

cumplir tal o cual misión por modesta o insignificante que sea. El coleccionista de sellos, llamado a pegar 10.324 estampillas en un álbum, morirá acaso en el instante en que, con la lengua afuera, se disponga a humedecer el sello número 10.325, con la misma seguridad con que el obrero sentirá que se le cae la barreta de las manos al dar "el último" golpe que el destino le había señalado. No se conoce el caso de un solo operario que haya dado un barretazo después del último.

Con un poco de fatalismo; se puede por lo tanto seguir fumando sin preocupaciones.

¿Cuántas cachimbas, o —sustituyendo cantidades iguales— cuántos artículos me quedarán todavía que vaciar en el papel?

Ni el propio administrador de este diario que es, sin duda, uno de los más interesados en saberlo, podría decirlo con certeza.

Sólo sé que el trozo de vida que me falta por recorrer se va acortando a cada aspiración de nicotina y siento vagamente la impresión de ser una locomotora que se va acercando a la meta: una locomotora que marcha resueltamente a su destino entre azules bocanadas. Cuando llegue a la estación, el viento habrá barrido el humo y no quedará rastro de su paso.

Con el último resollido habrá salido también la última bocanada de humo azul.

Es triste ser una máquina que funciona a nicotina; pero ¿qué se le va a hacer?

La Cámara, a indicación de uno de sus miembros, entró a ocuparse el Martes de una cuestión trascendental: El terremoto del norte desde el punto de vista doctrinario.

El problema sismológico-político, arduo de por sí, encierra, naturalmente, numerosas materias: Si el terremoto fué o no anunciado por un cura. Influencia de esa predicción en la corteza terrestre. Motivos que pudo tener en vista la Divina Providencia para autorizar el fenómeno. Culpabilidad del Arzobispado y en especial de los jesuitas, en el desarrollo de las ondas sísmicas. Actitud enérgica del Partido Radical para contrarrestarlas, etc.

No es preciso nombrar al diputado que llevó tan interesante y grave asunto a la Cámara. Por el hilo se saca el ovillo y hasta puede colegirse su tamaño.

Por lo demás no hay que empequeñecer el debate, ni menos el terremoto, personalizando la investigación científica en el diputado interpelante.

El director de este diario, a mayor abundamiento, me ha pedido que ataque las ideas, sin tocar a las personas, lo que resulta aún más fácil tratándose de personas que carecen de ideas y hasta de la facultad de producirlas.

A decir verdad, yo creo tanto en las dotes proféticas del Cura Negro, como en las dotes parlamentarias de su detractor; pero hay que reconocer a aquél una ventaja sobre éste. El cura suele acertar, por casualidad o lo que sea, y el segundo no ha podido acertar nunca.

Además, en el orden material, al cura no se le cayó la iglesia, y en cambio a su impugnador se le cayeron dos manzanas —¡grande y sensible pérdida!— en la zona del siniestro. Esto coloca al diputado radical en manifiesta inferioridad con relación al cura.

En cuanto al punto sismológico, a la influencia de las

ideas religiosas en el derrumbe de las capas terrestres, la cuestión se pone más peliaguda.

Los sabios no logran aún concordar sus hipótesis sobre las causas de los terremotos. ¿Hundimientos de cavernas subterráneas, manchas solares, erupciones volcánicas, deslizamiento de la corteza terrestre? ¡Quién sabe!

Sólo en un punto parece la ciencia estar de acuerdo y es en que los temblores se producen con absoluta prescindencia de los jesuitas y los radicales, y sin tomar en cuenta para nada la opinión del señor Lois que ha llevado este asunto al Parlamento.

Igual cosa afirman los teólogos con respecto al Supremo Hacedor cuya indiferencia por los intereses del diputado por Taltal ha quedado de manifiesto con el derrumbamiento y pérdida de sus dos manzanas.

¡Un caso más de la armonía entre la ciencia y la fe, que el señor Lois no reconoce por ahora, pero que reconocerá dentro de poco, cuando, iniciada la reconstrucción, asuma una actitud que podríamos llamar "edificante!"

Entre tanto, no deja de preocuparme la forma en que el diputado radical pondrá fin a sus observaciones. Porque es claro que un debate de esta naturaleza, para que no sea estéril, tendrá que terminar con un proyecto de ley concebido más o menos en los términos siguientes:

"Artículo 1º. Suprímense los terremotos de carácter doctrinario en la zona comprendida entre los paralelos 17 y 55.

Art. 2º. Las salidas de mar, maremotos, etc., no comprendidos en el artículo anterior, que en adelante se realicen, sólo podrán extenderse a lo largo de la Quebrada de los Camarones, a fin de solucionar nuestra cuestión de límites con el Perú y dotar a Bolivia de un puerto en el Pacífico.

Artículo transitorio.—Mientras esta calamidad no se lleve a efecto, se dará cumplimiento estricto a las disposiciones del Protocolo de Washington".

Terminado así el debate en una forma práctica y patriótica, acabarán también las dudas, tan persistentes como ingratas, sobre el estado o la capacidad mental del elocuente diputado.

## TUTENKHAMEN

El cable nos trae la noticia del fallecimiento de Lord Carnarvon, el célebre egiptólogo descubridor de la tumba de Tutenkhamen.

Un insecto desconocido, acaso un exantemático del tiempo de los faraones, ha puesto término a los días del ilustre hombre de ciencia, cuando sus manos tocaban ya el último velo del misterio que cubre aún al monarca de la décima octava dinastía.

Al fondo de la antecámara henchida de tesoros como un sueño oriental, se alzaba un muro sellado, que oculta, según los sabios, el sarcófago sagrado, donde el rey de Egipto duerme su sueño milenario.

Lord Carnarvon no alcanzó a profanar ese recinto.

El espíritu de Tutenkhamen se ha adelantado a recibirlo sin duda con esa mueca burlona y desdeñosa que parece estereotipada en los rostros de las momias.

Para muchos una momia no pasa de ser un trozo de carne humana conservada, una especie de "charqui" de museo. La aduana portuguesa, según Eca de Queiroz, asimiló en cierta ocasión los venerables despojos de un Ramsés al arenque salado, para los efectos del pago de derechos.

Yo no me explico, sin embargo, qué extraña sugestión ejercen sobre mí esos rostros pálidos y secos, que miran hacia adentro, esos labios descoloridos que se distienden en un rasgo irónico de supremo desprecio por todos los que viven, se afanan y sufren en la tierra.

Parecen tan superiores, tan misteriosos, tan henchidos de fuerzas de ultratumba que se encuentra razón a Conan Doyle cuando cree que la muerte de Lord Carnarvon se debe exclusivamente a una venganza de los faraones al ver sus tumbas profanadas.

Esta afirmación está, además, abonada con la siguiente carta de Tutenkhamen que reproduzco a continuación sin comentario.

Señor redactor de *El Diario Ilustrado*.—Presente.

Apreciado señor:

Con motivo de algunos párrafos publicados en la prensa, con ocasión de la muerte de Lord Carnarvon, puedo decir a usted lo siguiente:

“Yo maté al inglés por curioso y por ratero. Empezó por meterse a mi antesala y no me dejó cosa en su sitio. Yo tenía allí unas sillas. El Lord pudo convencerse de que eran estilo imperio con las clásicas ornamentaciones de cabezas de carnero, patas de león, cuellos de cisne, etc., y sin otra diferencia que ser talladas en madera de sicomoro en lugar de caoba. Me llevó, no obstante, las sillas; me llevó además la carroza pintada de oro y azul, colores que desde antiguo simbolizan a todos los gobiernos.

No contento con estas raterías, se disponía a penetrar en la cámara mortuoria, donde yace mi cuerpo embalsamado, si mal no recuerdo, desde el año 1328 antes de Cristo.

¡Esto era demasiado! Llamé al gran sacerdote que en mi reino solía hacer las veces de director de sanidad y le encargué que cumpliera sus funciones...

Al obrar de esta manera, he obedecido a un sentimiento de pudor. ¡Ud. me hallará razón!

Yo no quiero que me vean sin sesos, con las manos puestas en el corazón y tan sujeto y entrabado que no me falta más que hablar, para que cualquiera me tome por algún Presidente de República.

Y yo soy un faraón que me respeto.

En la momia no estoy bien; puedo decirlo sin jactancia, tengo allí un aire grave y solemne de político chileno que no tuve nunca en vida. Esto se debe, sin duda, a la influencia de las sales de natrón con que he sido disecado, porque —la verdad sea dicha— me he conservado a fuerza de salitre como

el jamón y el Gobierno de su patria; pero ésta no es una razón para que se me confunda con el uno ni con el otro.

El respeto religioso que, como buen egipcio, abrigué por algunos animales, no me llevó nunca a ponerlos en los puestos más altos de la administración, y en cuanto a la inamovilidad de que doy pruebas ahora en el sarcófago y que me asemeja un tanto a los jueces y hasta a algunos alcaldes de su tierra, es sólo efecto del estado de momificación:

Esto Ud., ahora, lo ve claro. Sin embargo, a pesar de todas estas explicaciones, estoy seguro de que si Lord Carnarvon me hubiera descubierto, nadie le habría quitado de la cabeza la idea errada de que los faraones, a juzgar por todos los signos externos, éramos casi iguales a algunos mandatarios y políticos modernos.

Para evitar esta deshonra a la décima octava dinastía, me he visto obligado a proceder en la forma que lo he hecho.

Le ruego, señor redactor, hacer llegar al público por intermedio de su digno diario, la presente aclaración de mi conducta.—(Firmado).—TUTENKHAMEN”.

La grippe ha tenido su repercusión en el campo de las letras.

Más previsora que la naturaleza, la Academia Chilena, en vista del aumento de la mortalidad, ha resuelto incrementar el número de los inmortales.

Cinco caballeros de buena voluntad y además un escritor—don Carlos Silva Vildósola—, han jurado ante los Santos Evangelios imitar a este último y respetar en adelante los fueros del idioma.

Nada tiene esto de particular. Desde tiempo inmemorial, los senadores, por haberse extraviado el Evangelio destinado a ese objeto, vienen prestando el juramento constitucional sobre un volumen del Diccionario de la Lengua, cuyo formato se asemeja lo bastante al de aquél, para salvar las apariencias.

En un país en que los padres conscriptos juran ante el Diccionario, es perfectamente lógico que los académicos juren ante los Santos Evangelios.

Por lo demás, se necesitaría poseer un sutil espíritu de investigación para poder distinguir a un académico chileno del resto de los ciudadanos. No rige con ellos la frase bíblica de "por sus frutos los conoceréis".

Porque una de las características más comunes a nuestros "inmortales", es la de no ser literatos. Entre ellos hay políticos, funcionarios públicos, historiadores, coleccionistas de dichos populares, abogados, etc.; pero los escritores, brillan, en general, por su ausencia.

La última hornada académica puede servir de ejemplo. Figuran en ella, además del señor Alessandri—que, dejando a un lado las incorrecciones de lenguaje, tiene justos títulos para optar al cargo, por el desarrollo y la importancia que ha sabido dar a la lengua durante su mandato,—el señor Yáñez—no el literato don Nathanael, sino el político don Eliodoro;—el

señor Dávila, que no es, por cierto, el director de "La Nación", sino el marido de una de nuestras más distinguidas artistas; el señor Laval, que ha ocupado largos años un puesto en la Biblioteca; y el Padre Morales, virtuoso miembro de la Comunidad Franciscana.

Don Carlos Silva Vildósola, que completa el número, como una demostración de que aun escribiendo bien, se puede ser académico, semeja casi un artístico lunar en ese grupo de hombres arrancados a las más diversas actividades del país.

Ni don Pedro Nolasco Cruz, ni don Alberto Edwards, ni don Eliodoro Astorquiza, han contado con un solo voto para hacerle compañía.

Aun más —descendiendo a la juventud que se levanta—, ni don Rafael Maluenda, autor de los mejores discursos de uno de los académicos recién nombrados, ni don Mariano Latorre, con "Zurzulita"; ni Prado, con "Alsino"; ni Acuña, con "Capachito"; ni siquiera Barrios, con el "Hermano Asno" —que podría muy bien haber entrado— han hallado cabida bajo la cúpula, o, mejor dicho, el tejado de vidrio de la Academia Chilena.

Para entrar allí —haciendo las debidas salvedades— se requieren otras condiciones, ajenas en absoluto al cultivo de las letras, lo que habla muy en alto, si no del afecto hacia la lengua castellana, del espíritu patriótico que preside las resoluciones de la docta corporación.

La Academia Chilena, amante antes que nada de la verdad, ha querido ser el fiel reflejo del país; ha querido demostrar a la madre patria y al mundo, que Chile es un pueblo práctico que desdén las disquisiciones literarias por las realidades del trabajo; ha querido, en fin, demostrar que en este rincón de la América, la instrucción y la cultura no son patrimonio de las clases altas, y que, en consecuencia, a pesar del analfabetismo, el resto de la población no se encuentra, respecto a ellas, en una situación tan desventajosa como se pretende.

Al leer los discursos de los académicos chilenos, sus colegas españoles se convencerán de la altivez de nuestra raza, puesta a prueba por la espada de Ercilla, raza indomable que

no ha aceptado jamás ni el idioma, ni la ortografía, ni las reglas de sintaxis de los conquistadores.

Cuando, v. gr., el académico señor Alessandri, diga que "la nave del Estado, una de cuyas ramas más profundas constela en el corazón del actual mandatario, le satura con las pulsaciones del alma popular", u otras metáforas por el estilo, Maura y sus colegas comprenderán toda la audacia y toda la iniciativa del pueblo que no lograron dominar los bravos tercios iberos en cuatro siglos de lucha.

Todo esto honra a la Academia nacional y hace que el público se felicite de la acertada designación de sus anteriores miembros, y también de estos últimos, o sea, de sus miembros posteriores.

¡Desdichado de mí que sólo ahora, por una casualidad, vengo a imponerme de los méritos de la mayor parte de los académicos nombrados últimamente!

Todos los esfuerzos que hice en este sentido, entre los círculos intelectuales, no me habían dado resultado alguno.

Pero el jueves me impuse por una carta de las obras publicadas por el académico señor Morales, y ayer —también por vía postal—, he logrado penetrarme de los merecimientos de algunos de los nuevos “inmortales”.

Faltaría a la hidalguía si no reprodujera esos conceptos. He aquí la carta:

“Despreciado señor:

En su artículo del martes titulado “Académicos” se refiere Ud., con una ligereza impropia de tan grave cuestión, a la personalidad de alguno de los miembros recientemente elegidos para ocupar las vacantes producidas contra su voluntad en el seno de la Academia Chilena correspondiente de la Real Española.

Una apreciación suspicaz y malévola en contra del “individuo” señor Alessandri —este es el tratamiento que le otorga la Academia— apreciación que tiende a hacerlo aparecer como poco experimentado en el manejo de la lengua, me obliga a levantar, antes que nada, tan injusto cargo.

Nadie con más méritos que el señor Alessandri para llevar el título de Académico de la Lengua; nadie, tampoco, que haya cooperado más a la difusión de la palabra oral y escrita.

La importancia que ha sabido conceder al uso de diversos chilenismos —como puede aseverarlo don Ismael Edwards Matte— ha contribuído a dar al habla castellana una fuerza de expresión desconocida hasta ahora. Es preciso retroceder

hasta Cervantes, y recordar algunas de las frases que el Ventero dirigiera a Maritornes para encontrar modelos de oratoria que se asemejen vagamente a la que el nuevo académico ha sabido cultivar entre nosotros.

Pero no sólo este servicio debe el idioma nacional al señor Alessandri.

A sus discursos parlamentarios que no cabrían en quince tomos en cuarto, hay que agregar todo un estudio de fisiología comparada entre la fecundidad del odio y del amor que ha revolucionado la ciencia en tan importante materia.

Tiene, además, en preparación un pequeño volumen sobre promesas electorales que dará al público con el poético nombre de "Ilusiones".

Omito, en obsequio de la brevedad, la cita de algunos discursos, verdaderos prodigios de elocuencia, atribuidos caprichosamente a la pluma del conocido cuentista y autor de "Los ciegos" y "Venidos a menos" —obras publicadas respectivamente, antes y después de la campaña electoral— D. Rafael Maluenda.

En cuanto al académico señor Laval hay que reconocer que ha prestado grandes servicios a la literatura en el importante ramo de Folklore, ciencia que tiene por objeto recoger y publicar los adagios, dichos, cuentos y demás tonterías populares.

A su paciente investigación se debe la conservación para las generaciones venideras del delicado poemita criollo:

Una vieja en Cuaresma  
Se fué a Chuchunco  
Con pantalón de a cuadros  
Y tarro de unto.

La higiene le agradece también al folklorista la divulgación de las máximas llenas de sabidurías:

"De cuarenta para arriba  
No te mojes la barriga,  
Cabeza y pies  
Rara vez".

Y otras de la misma índole.

No se escapará a usted, por ignorante que sea, la importancia de la ciencia cultivada con tanto esmero por el señor Laval. Desde el punto de vista doctrinario ella tiende a demostrar la falsedad del aforismo "Vox populi, vox dei" y desde el punto administrativo a la condenación del sufragio universal, basado en la cultura de las clases modestas.

El académico señor Yáñez, además de un libro de viajes por España, obra no tan célebre por su estilo sino por la novedad del tema, puede exhibir también con orgullo, para ingresar a la Academia, dos tomos de editoriales uno a favor y otro en contra del Gobierno, que corresponden a dos períodos igualmente definidos —ante bélico, y postbélico— o sea antes y después de comenzar la lucha senatorial por Valdivia. Ambos tomos se completan y llevan el nombre de "Solución de Conjunto".

Por lo que respecta al cuarto acédémico en discusión don Ricardo Dávila, si bien no ha escrito ningún libro, está dispuesto a criticarlos todos, y es el hombre llamado a evitar el desprestigio de la Academia Chilena. Ninguno, en efecto, como él, sabe exponer con mayor lentitud una materia, darle carácter trascendental, exagerar su amplitud, e impedir, en una palabra, que pueda ser leída. En estas condiciones la crítica pierde su carácter molesto, para dejar, tras de sí, la impresión de que la obra a la cual se refiere es acreedora a un largo y detenido estudio.

Un académico así, era absolutamente necesario a una institución contra la cual se ensañan todos los envidiosos, los ignorantes y los tontos, entre los cuales usted ocupa, sin duda, el primer puesto.

Saluda a usted, despectivamente.—UN FUTURO ACADÉMICO".

Después de la carta que antecede, comprenderá el lector que no me queda otro recurso que callarme.

### *Carta de una cobradora*

Harto hemos esperado y bastantes víctimas ha costado al país el nombramiento del doctor Corbalán para el cargo de jefe del servicio sanitario; pero todo lo debemos dar por bien empleado.

Ya tenemos a los dos enemigos frente a frente. Ante la blanquecina figura del "pediculus vestimenti", se yergue, ahora, la rojiza silueta del doctor Corbalán.

¿Quién vencerá? No lo sabemos; pero, a lo menos, el doctor cuenta en su abono con el enérgico y decidido apoyo del alcalde.

Si el "pediculus vestimenti", ese engraido e insoportable bicho, que, como alguien ha observado, no es sino un piojo chileno, que ha ido a Europa, no cede ante la virulencia de los municipales, ignoramos con qué pueda atacársele.

Ya, desde luego, el alcalde, previo acuerdo con el director de Sanidad, ha tomado la primera medida.

No se crea, sin embargo, que se trata del aseo de las calles, la desinfección de los conventillos u otro arbitrio de índole más o menos general.

Las autoridades son profundamente metódicas y han empezado la campaña de mayor a menor, o sea, desinfectando aquellas cosas más pequeñas y que ofrezcan el menor peligro de contagio para llegar al cabo de algunos años en orden ascendente, y cuando las autoridades hayan adquirido práctica en la lucha, a atacar la epidemia en sus más formidables reductos.

Esta es la única manera de adquirir pericia en las operaciones bélicas, sin comprometer el resultado final.

Fiel a este método, las autoridades han tomado su primera medida salvadora, que consiste, nada menos, que en orde-

nar que los boletos de tranvías, cuya limpieza a nadie se le había ocurrido poner antes en duda, puesto que son tocados una sola vez desde su salida de la fábrica, sean encerrados en un cilindro metálico.

Por algo había que empezar antes de dictar la desinfección de los blocks para cartas, los cigarrillos, los fósforos, los sellos de correo, la moneda divisionaria, etc., hasta llegar, en último término, al aseo de la ciudad y sus desdichados habitantes.

Pero la filosofía popular no comprende las sutilezas de la higiene metódica ascendente, como lo prueba la siguiente carta que una conductora envía, por nuestro conducto, a las autoridades respectivas:

“Señores Corvalán Melgarejo y arcarde Ugarte.

“Muy señores míos:

“Ei léidó la apreciable nota de la arcardía en que nos ordena andar con los voletos en un tarro e lata, como si fueran saldinas y además nos manda labarnos las manos a caa rrato sin aver pa qué. Según le óido a un inpeutor amigo mío, que es muy letrao, esta ordenansa tiene por ojeto matarnos el piojo sistematico. Cómo si li ocurre a sus mercés que los gringos qui hacen los rrollos de boletitos ban a ser tan pallasos pa meteles piojos entre papel y papel. Además que tienen que ver las manos con las témporas”.

“Gueno; I así como ordenan tanta limpieza con los papeletos, que naiden los a usao, ¿por qué no eucijen tamién que desinfeuten con sublimao corrompio los dieses que nos pasan los pasageros o qui al meno lo anden triendo en un tarro e lata tamién? Continmá qui a niún jutre li ase farta pa compral uno. Otra, que naiden les manda a ellos labarse las manos pa pasale a una la plata y ei visto jutres y señoras con las manos arto casposas. Pero comuna es pobre toas las lelles an de ser en contra diuna.

“Desiándole que toos en su casa esten guenos y quea sus

ordenes pa lo que guste mandar.—Fautina Lago, conductora de la línea Locroçan Nataniel”.

---

No nos hacemos eco de las quejas de doña Faustina Lagos. Como hemos dicho, ellas proceden de la falta de comprensión del método del alcalde para vencer, primero, la epidemia en los puntos en que se presenta más débil; pero, tal vez, hay una observación que hacer a su procedimiento.

Hay algo que ofrece todavía menos peligro de contagio que los boletos de tranvía y que, sin embargo, no ha sido comprendido en la disposición que ordena clausurarlos en cilindros de lata. Nos referimos a las yemas de huevo, única cosa que tiene menos contacto hasta el momento de su uso, que esos rollitos de papel verde o rosado, de los cuales se arrancan los boletos tal como salen de la imprenta.

Por allí debió empezar la profiláctica labor de las autoridades.

Aunque las enfermedades y el automovilismo no dan minuto de tregua y la muerte está de moda y el oxicianuro "se lleva mucho", según me afirma un amigo que sabe de estas cosas, sería para mí una honda satisfacción llegar a una edad avanzada, a despecho de la Dirección de Sanidad y de los gajes del oficio periodístico.

Llegar a los ochenta años, esa era maravilla de la vida en que los radicales se convierten en "patriarcas", los conservadores en "patricios" y los liberales en "repúblicos"; sentarse en un sillón de brazos junto al fuego con un chal a los pies, expuesto a la veneración de las nuevas generaciones, y repetirse mentalmente, aunque no rija con uno, el distico de don Ramón de Campoamor:

"¡Las hijas de las madres que amé tanto  
Me besan hoy como se besa a un santo".

¡Oh, aquello debe ser encantador!

¡Y luego recordar y encontrar malo todo lo presente y creer en la existencia de una época feliz en que todo era bello, seductor y grandel!

Aunque nunca he sido viejo y mis lectores lo creerán bajo la simple fe de mi palabra, estoy seguro de que estarlo ha de ser una gran felicidad!

Me imagino —en una tregua de la reuma— hablar con un amigo de esos que van ahora diariamente al salón de patinar, y que ya por esa fecha —año 1970— con el motor gastado, sin carburador e inservibles, desarrollarán un andar máximo de medio kilómetro por hora.

—¡Qué tiempos aquellos! me dirá con esa originalidad de pensamientos que caracteriza a la vejez.

—¡Ah! aquellos sí que eran buenos! —exclamaré por no

quedarme atrás—. ¡Cuántos hombres de talento, cuántas mujeres hermosas! Ahora todo ha cambiado...

—Por cierto; ya no hay hombres: quedan sólo unos cuantos muchachos! ¡De las mujeres vale más no hablar! No hay una sola tentadora, y, sin embargo, qué falta de moralidad. Si es algo que realmente horroriza... Qué escándalos, qué enredos, qué bailes...

—¡No me digas! Figúrate que estos días he tratado inútilmente de conseguir que mis nietas bailen shimy, tango, en fin, cualquier baile con tal de que sea serio y decoroso. Y ¡no lo he conseguido!

Las niñas encuentran muy insulsos los bailes de nuestro tiempo.

Será vejez, chochera o lo que les parezca, pero yo no puedo transigir con que ahora en la danza las niñas tengan que ir al apa de los jóvenes, o las parejas recorran el salón dándose vueltas de carnero al compás de una música del Congo o de Sumatra...

—¡Ah! —exclamará mi amigo con abatimiento— ¡qué habría dicho Mac-Iver, si hubiera visto estas cosas!... ¡El, que se quejaba ya, de la decadencia del país, cuando todo era glorio! ¡Qué Presidente, qué gran Presidente teníamos! Con Alessandri terminó la era de los grandes mandatarios del país floreciente, del cambio a cuatro peniques. Sus sucesores no sirven para nada. ¿Dónde hay uno que haya sabido rodearse como él de hombres de la talla de Martner, de Medina, de Celis, de Maira?...

—¡Oh el señor don Arturo! —repetiré yo anonadado, inclinando la cabeza con el respeto con que los viejos nacionales recuerdan a don Manuel Montt! ¡Nunca tendremos un estadista como él, llano, elocuente, popular y sobre todo ameno! Bajo su gobierno no se pasaban penas. Siempre hablando, siempre diciendo algo nuevo y curioso... ¿Te acuerdas de su célebre frase "Sólo el amor es fecundo?" ¡Qué prodigio de síntesis y de observación!

—Y ¿qué me dices de nuestro antiguo poderío? Este país que hoy es más ancho que largo, como que gracias a las últi-

mas componendas diplomáticas está reducido sólo a la provincia de Santiago, era una franja prolongada, casi interminable.

¡En mala hora se le ocurrió al Paraguay pedir un puerto en el Pacífico y a nuestro Ministro de Relaciones acceder a semejante aspiración! Pero ya no existe en esta tierra gobierno ni opinión pública, ni prensa...

—¡Otro gallo nos cantara si tuviéramos todavía diputados como Rojas Mery y Lois, hombres de acción como Recabarren y humoristas como César Cascabel, Ramírez Frías y Mendoza y Villa! ¡Bien se ve que el elemento intelectual no encuentra ahora el ambiente y el apoyo fiscal de que gozaban antes los más humildes proletarios!...

—¡Es claro! En ese régimen dichoso, que nuestra juventud e inexperiencia no nos permitió comprender, nadie, por inútil que fuera, corría el peligro de morir de hambre. ¡Para eso existían los albergues! Allí hasta el más ocioso encontraba refugio, alimento y, sobre todo, la más amplia libertad. ¿Qué un albergado deseaba ir a injuriar al Presidente? Pues, iba y lo injuriaba. ¿Qué quería matar a un policial? Pues lo mataba con la anuencia y el respeto de los poderes públicos... Y todo andaba bien: la administración, los ferrocarriles, la Dirección de Sanidad...

—¡Si nos quejábamos de puro llenos!

—Exacto. ¿Recuerdas que más de una vez escribiste en contra del Gobierno?

—¡No sabes cuánto me pesa!

—Es natural. El presupuesto podría no guardar siempre relaciones con las entradas nacionales; pero la abnegación de los empleados públicos suplía esas deficiencias. ¿Cuándo se quejaban por estar impagos? Ahora los ferrocarriles, si no siempre tenían material, por lo menos parecía que lo tuvieran de sobra. No había día en que la empresa, dirigida por el sabio señor Trucco, dejara de dar cuenta de un choque o un siniestro. ¡Es que, entonces había qué destruir! Y además de riquezas naturales, había gente de sobra... La Dirección de Sani-

dad no daba abasto para reducir la población a sus verdaderos límites... ¡Qué tiempos aquellos!

—¡Oh, qué tiempos!

---

El lector disculpará que no siga relatando estas apacibles confidencias, pero es el caso que, en este mismo momento, el director ha venido a sacarme de mis sueños:

—Es preciso que usted escriba —me ha dicho— condenando en forma enérgica la actual administración, el desorden en las finanzas, la falta de plan gubernativo, en materia social, ferrocarrilera industrial y sanitaria... ¡Este país está perdido! ¡En esta tierra no se puede vivir!

## EL DELIRIO DEL DIVORCIO

Una señora que, según se dice, ha sido enviada por el Gobierno a Estados Unidos, para investigar las reformas industriales y políticas que es conveniente implantar en nuestra tierra, ha hecho al "Evening Telegram" de Nueva York sensacionales declaraciones sobre la situación de la mujer chilena.

—"Más de la mitad —con seguridad podría decir más del setenta y cinco por ciento— de las mujeres de Chile querrían divorciarse de sus maridos —ha declarado nuestra compatriota. Tan sólo en una ciudad hay medio millón de mujeres que querrían librarse de sus actuales lazos.

"Sus maridos no les son fieles. Tratarán tal vez con mucha política y cortesía a sus mujeres en público, pero tienen muchas otras mujeres que ellas conocen. Su cortesía de maneras no es más que un "camouflage" y sus esposas lo saben muy bien.

"Las esposas los llaman "hombres diablos", nombre muy adecuado.

Evidentemente, en estos datos hay exageración. Ni los maridos somos tan "diablos" como cuentan, ni las mujeres son tan partidarias del matrimonio como para desear el divorcio que, en el fondo, no es otra cosa que el deseo de contraer nuevas nupcias.

La prueba más evidente de que éste es el fin que se persigue al pedir el divorcio, son los cargos que se hacen a la Iglesia, que se niega a concederlo, y a la ley que, otorgándolo, respeta, no obstante, el vínculo. Si lo que buscan las reformistas no fuera un nuevo matrimonio, les bastaría con la separación de hecho.

Esto mismo es una demostración de que el feo sexo, a pesar de la infidelidad y otras monstruosidades que suelen achársele, cuenta con la más franca simpatía de parte de las pro-

pagandistas del divorcio o, más bien dicho, de la "reprise" matrimonial.

Desgraciadamente —mirando la cuestión desde un punto tan inmoral como egoísta— su número es muy inferior al setenta y cinco por ciento. Apenas habrá, tal vez, un dos por mil partidarias de la ruptura conyugal, el amor libre y las variaciones sobre el mismo tema.

La literatura moderna —especialmente las novelas francesas— han desprestigiado, por cierto, bastante a los maridos, pero así y todo, quien lea con detención esos romances, no podrá dejar de notar que lo que se ataca en ellos es el título, el cargo o la condición de cónyuge, y, en manera alguna, al hombre que en la misma obra suele ser un ideal con respecto... a otra de las heroínas.

No se crea ver en estas observaciones un exceso de optimismo, ni menos un espíritu cerrado a la evolución del sexo débil.

Todo lo contrario. Soy partidario del feminismo; y lo soy, precisamente, porque creo que traerá como consecuencia la emancipación del hombre.

Hasta ahora el varón —a lo menos desde que rige el cristianismo— ha sido un esclavo de la mujer. Para ella trabaja todo el día: por ella tiene la obligación de presentarse diariamente a su casa; renuncia al derecho inalienable de practicar la amistad con la mitad —menos una— del género humano que sigue la funesta costumbre de usar faldas, y pierde, aunque no lo renuncie, el derecho a la diversión, al bochinche, a la jerga...

La mujer permanece en la casa más despierta y vigilante que el cabo de guardia en la puerta de un cuartel, y toma nota, como un contador, de las entradas y de las salidas. ¡Ay del marido en retraso que no sabe encontrar una disculpa oportuna!

¡Y este es el amo, el déspota, el tirano, a quien las feministas tratan de pintar con tan negros caracteres!

Yo anhelo, por eso, el triunfo del feminismo. Cuando la mujer trabaje fuera del hogar, cuando vaya al club, cuando

salga a divertirse con sus amigas, ¡qué vida tan apacible y dulce será la nuestra!

La esposa estará en la oficina, y el marido al cuidado de los niños, leyendo una novela u hojeando un figurín, no pensará en el mañana, seguro de que al fin del mes ella habrá de presentarse con el dinero suficiente para los gastos del hogar.

Claro es que uno se verá a veces en apuros para cumplir ciertas labores maternas, como la lactancia de los pequeñuelos, pero, en cambio, gozará del inefable agrado de imponer su voluntad en cosas sin importancia. Poder decir a la mujer: —¡No fumes, hija, porque me molesta y te va a hacer mucho daño! O bien: He visto donde Dumas un tongo que es un encanto y que me sienta a las mil maravillas, ¿por qué no me lo compras?

¡Ah, cuando triunfe por completo el feminismo, y los hombres refugiados en el asilo tibio del hogar, sepamos que el mayor desagrado que podremos tener en el día será un disgusto con la cocinera o el chisme de un amigo o el retardo de un vestido!

¡Qué descanso ignorar en absoluto lo que está haciendo el gobierno, no leer en los diarios más que la Vida Social; y, sobre todas estas delicias, protestar del omnímodo poder del otro cónyuge, y hablar de la conveniencia de implantar el "masculinismo" en defensa de los derechos del marido!

Todo —lo bueno y lo malo, lo lícito y lo ilícito— adquirirá nuevos encantos y atractivos; porque, como diría un cocinero-psicólogo— el peligro es la salsa que da sabor a la vida; y no hay peligro donde hay dominio y fuerza superior.

Engañar, actualmente, a la mujer débil, confiada e indefensa, no tiene la menor gracia.

¡En cambio, engañar al marido, a la autoridad, al poder!

El sport toma, entonces, caracteres heroicos, porque es preciso echar mano de la inteligencia, la agilidad y la sangre fría del torero ante los cuernos de un animal embravecido.

¿Qué perdemos con el feminismo? la autoridad, que es de por sí antipática. En cambio, ganamos el papel de víctima, que

atrae todas las disculpas y todas las simpatías. Podremos, entonces, como nuestra compatriota del "Evening Telegram", decir que en Chile, el setenta y cinco por ciento de los hombres desea divorciarse, y, acaso, no faltará un diario yanqui que lo crea y lo publique para vergüenza del país.

## SUMA PARA IGUALAR

Jamás me he atrevido a hacer esta declaración por temor de que el nuevo régimen, al conocer mi competencia, me llevara a ocupar el Ministerio de Hacienda; yo no creo en la contabilidad.

Ahora, que las finanzas nacionales están en manos igualmente expertas y no hay peligro de producir perturbaciones en la administración, puedo expresarme con franqueza a este respecto. Tengo la más triste idea de la falta de carácter, la excesiva complacencia, la mansedumbre ilimitada de los números entregados, sin defensa, a los manejos de los contadores.

Todo se arregla en la contabilidad me decía un perito en la materia y si a algo no se le encuentra compostura con colocar una partida que diga "Varios a varios" o "Suma para igualar" los libros quedan a las mil maravillas.

Y no es que la contabilidad sea una ciencia de esas que pueden aprenderse en diez minutos.

Conocido es el caso de Alejandro Murillo cuando por primera vez ingresó a una oficina comercial y fué encargado de llevar los libros, a pesar de sus enérgicas protestas de ignorancia.

—Es sencillísimo —le dijo el jefe—. Aquí tiene usted el Debe y el Haber. Anote en esta columna las entradas y en esta otra las salidas.

Por la tarde el libro decía, textualmente: Entraron dos monjas. Salieron cinco pesos.

Lo anotado era verdad, pero no era contabilidad —que son cosas muy distintas.

También en los libros de la Tesorería podría a veces escribirse "Entraron dos gestores". "Salieron cien mil pesos" y ello —aunque daría una idea más exacta que todos los balances acerca de la marcha de la Hacienda Pública— no sería tolerable, ni discreto.

Al fin y al cabo, la contabilidad es a los negocios lo que la poesía a las ideas: el ropaje que las cubre y dignifica.

Lo sensible es que a veces el ropaje resulta deficiente y las cuentas aparecen al desnudo.

Es lo que está pasando ahora con los balances fiscales.

Don Guillermo Edwards Matte ha hecho notar a este respecto una curiosa anomalía. Las variaciones que, según la hora del día, experimentan los sumandos del balance fiscal no alteran el producto de la suma.

En efecto, a las 4 de la tarde del sábado el Ministro de Hacienda declaró que el déficit de 1922 era de \$ 13.487.707 y el de los años anteriores le \$ 94.426.664. Total: 108 millones y fracción.

A las 7 de la tarde del mismo día la Dirección de Contabilidad entregaba a la prensa otro balance, según el cual, el déficit de 1922 se reducía a siete millones de pesos; pero no así el resultado que seguía siempre fijo en los 108 millones, tan inmovibles como misteriosos.

¿Cómo, el transcurso de tres horas, el descenso del sol sobre el horizonte o un simple cambio de temperatura, han podido rebajar a siete millones de pesos el déficit de 1922? ¿Cómo, a pesar de esa reducción de uno de los sumandos, el total continúa siendo el mismo?

Punto es este que sólo puede encontrar explicación en los complejos y recónditos arcanos de la contabilidad.

Acaso una sola palabra haya bastado para uniformar los dos balances, o, por mejor decir, boletines que con diferencia de tres horas han publicado los doctores que atienden en sus últimos momentos a la pobre Hacienda Pública, cada vez más escuálida y enferma.

Esa palabra mágica debe ser la consabida "suma para igualar" que salva todos los obstáculos y allana todas las dificultades.

Ambos balances podrían, así, expresarse en esta forma:

Estado de la Hacienda Pública, a las 4 de la tarde, según el Ministro de Hacienda:

Déficit de 1922 .....	\$ 13.487.707
Déficit anterior .....	94.926.664
	<hr/>
Total .....	\$ 108.414.371

Estado de la Hacienda Pública, a las 7 de la tarde, del mismo día, según la Dirección de Contabilidad:

Déficit de 1922 .....	\$ 7.000.000
Déficit anterior .....	94.926.664
Suma para igualar .....	6.487.707
	<hr/>
Total .....	\$ 108.414.371

Los dos balances resultan tan congruentes, tan bien presentados, tan armónicos, que se experimenta el deseo de descubrirse respetuoso ante el contador genial que descubrió la "suma para igualar" que todo lo simplifica y acomoda.

¡Ah! ¡Quién pudiera creer en la contabilidad!

## POR PATRIOTISMO...

El señor CELIS (Ministro de Hacienda).— No tengo sino un gran amor por mi patria y un noble deseo de servir honradamente sus intereses: fueron esas consideraciones las que me movieron a aceptar, en los difícilísimos momentos porque atraviesa nuestro país, esta cartera de sacrificio, con la resolución inquebrantable de servir los intereses nacionales honradamente y en la forma más levantada.—(*La Nación*, versión oficial de la sesión de 24 de agosto de 1921).

Cada vez que en la calle, en los bancos, en la bolsa y aun en el almacén de la esquina, oigo que alguien me interpela con el acento desesperado de quien todo lo espera de la prensa: —Pero, señor, ¿a dónde vamos? ¡La libra está a más de cuarental... Yo no puedo dejar de recordarme del Ministro “que aceptó por patriotismo”.

El Ministro “que aceptó por patriotismo” es un tipo tan curioso, tan criollo y tan lamentable, que bien merece algunas líneas.

Un organizador de gabinete, inclinado al humorismo, se acerca al diputado que encuentra más cercano y le ofrece una cartera, v. gr., la de Hacienda.

Parece elemental que el agraciado, que nunca ha sido financista, si ama de veras a su patria y desea verla bien gobernada, se apresurara a responder hidalgamente: —¡Si no sé una palabra de finanzas! Le agradezco infinitamente su benevolencia; pero quiero demasiado a mi país para aceptar el Ministerio que me ofrece.

Sin embargo, el candidato no contesta en esta forma. Se

acomoda la corbata, se retuerce el bigote, infla, satisfecho, el tórax y declara formalmente que "acepta por patriotismo".

Desde ese momento, el Ministro se convierte en un ser invulnerable.

¿Que dispendia el dinero, que no se hacen economías, que no se buscan nuevas fuentes de recursos, que el cambio baja día a día y no hay fondos con que pagar a los empleados públicos?

Pues todo eso podrá ser muy sensible; pero está, sobradamente, compensado con el patriotismo del señor Ministro.

Y ¡ay! del espíritu suspicaz y malévolos que se atreva a deslizarse en la Cámara alguna duda envenenada sobre la competencia financiera del abnegado ciudadano que desempeña la cartera de Hacienda!

Este salta inmediatamente de su asiento para decir al malintencionado:

—Usted no tiene derecho a criticarme. Recuerde que yo "acepté por patriotismo".

Hace tiempo que he dejado de temblar por el gobierno; pero tiemblo al pensar que, un día no lejano, la teoría de la "aceptación por patriotismo" se extienda, de las esferas políticas, a la vida ordinaria.

Podrá suceder, entonces, que, al investigar las causas de una hecatombe ferroviaria producida por el hundimiento de un puente, se compruebe que no es posible hacer cargo alguno al constructor, que no era ingeniero, sino limpiabotas; pero aceptó "por patriotismo".

El mismo argumento servirá también para justificar al médico que hundió un barco en un día de tormenta, porque aceptó hacerse cargo del timón "por patriotismo", y al piloto que operó de apendicitis a un enfermo y lo mandó al otro mundo, también "por patriotismo".

Acaso venga, así, una reacción y se logre que la Cámara, completando las disposiciones del Código Penal, declare expresamente que, en política, el patriotismo no podrá invocarse como exención de responsabilidad.

## CUPIDO EN EL EJERCITO

La característica de la literatura política aliancista, es el amor.

A la jira electoral de viejo cuño, con críticas, ataques y hasta injurias al adversario político, ha seguido la jira con abrazos y besos, lágrimas y ramilletes, suspiros y canastillos.

El Presidente electo va dejando por doquiera una estela de amor y de romanticismo.

Las brisas del Aconcagua han llevado hasta el mar, como arrullos de paloma, el diálogo apasionado de los hermanos Alessandri.

El electo.— “Mis pensamientos, mis afanes, están impregnados de cariño, de afectos y de nobles lágrimas”.

El hermano.— “Falta a Arturo Alessandri, para ser feliz, que yo sea llevado por vosotros al Senado”.

Don Arturo llama a su hermano, “sangre de su sangre y carne de su carne”; éste pide la senaturía solamente “para hacer feliz a Arturo”!

¿Verdad que esto es muy tierno, muy conmovedor y muy dulce?



Pero si en el orden civil, la innovación del Presidente electo resulta candorosa y poética, como el primer sueño de amor, en el orden militar, la reforma sobrepasa cuánto pueda imaginar la más ardiente fantasía.

En el Regimiento Yungay, el señor Alessandri expuso su programa de reorganización disciplinaria en el Ejército por medio del amor.

“Yo seguiré confraternizando —dijo— con los soldados gloriosos de mi patria, para oír y conocer sus anhelos y aspiraciones”.

Y luego, dirigiendo una mirada preñada de ternura al comandante del cuerpo, agregó:

“La política que yo quiero, no es aquella que forma el mando con voz ronca; quiero la más fructífera, la del amor, la del corazón” (1).

El comandante, señor Montero, que tiene una voz grave y viril, debió, desde ese momento, sentirse consternado. ¿Cómo mandar con voz de pito a los soldados, “al hombro arr”, “descansen arr”, “a discreción?” ¿Cómo llevar a la práctica la disciplina del amor y del corazón?

Es claro que el comandante debe estar preocupado, porque se trata de una reforma trascendental, extraña, única en la historia de los ejércitos del mundo; pero ese no es un motivo para no llevarla a la práctica.

La fuerza armada no puede deliberar.

Si el Presidente electo ha dicho que no debe usarse en el ejército la voz ronca, sino la voz atiplada, no hay más que obedecer. El régimen del amor ha llegado también, a la defensa nacional.

La suavidad y la dulzura en el cuartel serán las condiciones del nuevo régimen. El soldado debe ser una monada por sus ademanes lánguidos, por sus miradas soñadoras, por el ondulante movimiento de sus caderas. El diminutivo será de obligación. “Soldados y soldaditos, cuidad nuestros caballitos, tenedlos muy limpiecitos —y, por supuesto, herraditos”. Se dirá respectivamente: mi cabito, mi sargentito, mi capitancito. Se permitirá a la tropa usar corsé. En el examen de los conscriptos se oirán tan dulces expresiones como estas: “¡qué bonitas pantorrillas tiene este reclutita!”

De sargento mayor para abajo, el jefe amarará a su inferior; pero todos los grados superiores se dejarán amar por sus subalternos.

El marcial toque de diana será reemplazado por la música del “Conde de Luxemburgo”: “Por favor —dame un beso de amor”.

---

(1) Este discurso fué pronunciado por el señor Alessandri, el 14 de diciembre de 1920. Los resultados de su nueva política militar los pudo apreciar en carne propia, años más tarde.

La Escuela Militar y la Academia de Guerra, viejos reductos del tosco y brutal régimen antiguo, serán reemplazadas respectivamente por el Instituto de Belleza de doña Elva de Tagle y la Academia de Baile de don Franco Zubicueta.

Los instructores, no se contratarán en Alemania ni en Francia, ni en Inglaterra, pues, en esos países la voz ronca domina en los varones; como un homenaje a Italia se les traerá de Roma, prefiriéndose, por su voz suave y melodiosa, los profesores de canto de la Capilla Sixtina.

Para no herir los delicados nervios de la tropa, se suprimirán en la banda, los tambores y todo el instrumental que da ruidos graves, dejando sólo las flautas, pitos y clarines.

Un ambiente femenino y coquetón envolverá nuestros viriles y apuestos regimientos.

Se suprimirán las paradas.

Cuando las tropas desfilen bajo los balcones del Presidente electo, lo harán con el andar grácil, desenvuelto y voluptuoso de las hetairas griegas sin más armas que un ramo de blancas azucenas y cantando los versos del Pierrot:

Amor, Amor:

¡Asómate a la ventana

Sal y ven rosa temprana

Que por ti estoy muriendo de amor!

Y acaso el Presidente electo, al escuchar ese llamado, comprenda por primera vez las enormes proyecciones de la reforma militar, lanzada en un momento de abandono oratorio en el Regimiento Yungay de San Felipe.

Diciembre, 15 de 1920.

## SU MEJOR AMIGO

“Dicen que tengo un perro, y bien: ¡cierto es que tengo un perro! Y lo considero mi mejor compañero, mi mejor amigo; es el que me acompaña en mis ratos de descanso, cuando necesito dejar reposar mi espíritu para reanudar después las pesadas tareas de mi cargo”.

(Discurso del Excelentísimo señor Alessandri, sobre el protocolo de Washington, el 10 de agosto, en el Teatro Politeama).

No tuve la suerte de estar presente cuando Su Excelencia, allegando una prueba más en favor de las negociaciones de Washington, habló de su perro Tony y lo señaló como “su mejor amigo”. Personas que asistieron, aseguran, no obstante, que al oír semejante afirmación, las caras del señor Barros Jarpa —el plural rige en este caso— y también las de varios amigos presidenciales, se contrajeron en una amarga mueca de decepción y sentimiento.

Una lágrima de profunda gratitud se escapaba, entre tanto, de los ojos de Tony, agradecido. Fué cuestión de un segundo. El “foxterrier”, correcto y severo, como un buen hijo de inglés, se llevó la patita blanca al ojo sentimental, que brillaba como un topacio en la mancha negra y redonda que le sirve de monóculo, y enjugó aquella lágrima furtiva. ¡Se le había hecho justicia!

En realidad, sin metáfora, Tony es el mejor amigo del señor Alessandri, desde que está en la Presidencia.

Menos lanudo que don Horacio Fabres, con más unidad de miras que los señores Matte y Maluenda, peor alimentado que don Cornelio Saavedra, más joven que el señor Barros

Jarpa, menos discutido que los señores Gómez Solar y Julio López, más fiel que Broughton, y menos gravoso al presupuesto que el señor Santibáñez Rojas, el distinguido "foxtierrier", compendia en sí todas las cualidades que deben adornar a un amigo presidencial: sumiso con su dueño, incapaz de decir una palabra de lo que ha visto u oído, sin ambiciones y sin planes internacionales, listo siempre para morderle los zancajos a cualquiera, cazador por cuenta propia y dispuesto a entrar en pendencia al menor signo, sin comprometer a su amo.

Claro está que no puede hacerlo todo. Un perro es incapaz de falsificar un documento internacional, aunque sepa que con ello podrá enlodar injustamente a un hombre. Cuando Tony quiere hacer esto último, procede a su manera, busca un charco adecuado al lado de la acera, y con las patitas traseras, salpica de barro al transeúnte.

Pero hasta en esto revela una alma mejor puesta que algunos de los amigos palatinos. El barro mancha menos que la tinta.

Además es franco. Cuando muestra los dientes, a diferencia de los políticos de sonrisa persistente, se sabe, sin lugar a dudas que es sólo para morder. Para halagar, mueve la cola con más gracia que don Armando Jaramillo. Cuando quiere comer, entra directamente a la tesorería, quiero decir la despensa; saca lo que puede y se lo come a solas, sin participar a nadie ni mezclarlo en sus enredos.

Si alguna vez, como suele suceder a los internacionalistas inexpertos, se encuentra en un callejón sin salida, y tiene que manchar algunas alfombras, no trata de formar ruido en torno suyo, ni de agredir a nadie, ni de culpar a otros de lo sucedido, sino que se oculta silenciosamente con la cola entre las piernas.

Tan fiel al Presidente, como desconfiado de sí mismo, sería incapaz de abandonarle para salir de paseo tras una comitiva, no digo al extranjero, sino aún fuera de Santiago.

Adornado de todas las cualidades, cuya falta suele notarse en los hombres de gobierno —larga vista, buen olfato, lealtad y nobleza—, solamente les recuerda cuando, nervioso

e impulsivo ante una cueva de ratón, mete la pata, como si fuera un canciller. Esto por lo que toca a la actuación política de Tony.

El lector me perdonará que no diga una palabra de su vida privada, que, para mí, es intangible, aunque se trate de un perro joven y soltero. La cultura, la hidalguía y hasta la reciprocidad, obligan a callar en esta clase de cuestiones, en que pocos son los hombres que no tengamos tejado, o por lo menos claraboya de vidrio.

Tony es un gran animal y un gran político —bajo el nuevo régimen, estas cualidades se confunden—, y eso basta y sobra a sus merecimientos.

Su Excelencia ha dicho de él, con razón, que es el mejor de sus amigos. Pese a las susceptibilidades de los otros, no ha tenido mejor, durante el año y medio que lleva de gobierno.

Agosto, 12 de 1922.

## LA PROTESTA DE RAPA NUI

El público se pregunta con verdadera ansiedad que se han hecho los políticos que acompañaban al señor Alessandri en las arduas y nutritivas tareas del Gobierno.

En realidad, desde que la policía les hizo abandonar la mesa de once del Congreso, no se ha vuelto a saber de ellos.

Ni van al club, ni se les ve en el centro al sol que más caliente que —sin hablar en metáfora— es el de mediodía; ni concurren a sus propias asambleas, ni a pesar de los esfuerzos de la policía de aseo, ha sido posible hallarlos en el alcantarillado.

— ¿Dónde se encuentran ahora?

Su ausencia da lugar a las suposiciones más siniestras. Hasta el extremo de que ha llegado a asegurarse que algunos de esos políticos han sido deportados a la Isla de Pascua.

Este rumor es manifiestamente falso, como lo prueba la siguiente carta de Kan Akin III rey de Rapa-Nui, cuyo texto literal reproducimos:

“A ti, Nakan Tafure —hombre que todo lo escribe— levantamos los brazos implorantes”.

“La cosecha del camote ha sido mala, la langosta huye de nuestras costas, la lepra muerde la carne de los viejos, la nariz de Akamagara —el gigante de piedra— se ha desmoronado y todos los males han caído sobre Rapa Nui. ¡No atraigas una nueva calamidad sobre nuestras cabezas!”

“Cuando el hombre que cuida el mástil con alambres, donde se posan los espíritus y le cuentan en secreto lo que ha pasado en el mundo, nos dijo que el Gran Jefe Alessandri, había sido echado del palacio por los hombres con sable, todos bailamos de alegría; pero cuando nos contó que era posible que vinieran a la isla sus amigos, los guerreros se arrancaron el casquete de plumas, las mujeres se quebraron los incisivos

en señal de duelo, los viejos se despojaron de sus ropas, y toda la población lanzó el Zamba Kanuta, que es el grito de protesta y de guerra”.

“Como tú sabes, en las épocas de hambre y de escasez, en esta isla se vive únicamente del robo y no queremos pelear con los políticos”.

“En las épocas normales, vivimos de la caza y de la pesca como los radicales, nos dedicamos al amor fecundo y no deseamos ningún cambio de régimen, porque como decía Kamai Marun —el Loro Alucinado— la represión engendra el odio y el odio nada engendra”.

“Todos los años, en la fiesta de Mataveri, cuando el mahute retoña y pone su huevo la fardela, danzamos en torno de la gran estatua pidiéndole que nos deje la lepra, pero que nos libre de los políticos”.

“Pedro Prado que fué amigo de mi tía la reina Coemata Etú —estrella en los ojos— puede decirte si no es verdad lo que te afirmo”.

“Somos pobres, no tenemos más que las ochenta casas de piedra que construyó Tukuihú, cuando la luna estaba joven, en Hutiti; pero estamos bien así, y no queremos la intervención del señor Brieba, ni pretendemos ensayar ese concreto armado que no puede deliberar y es esencialmente obediente, pero que se desmorona cuando menos se piensa”.

“Los únicos políticos que acepto, porque tienen la belleza de nuestros jóvenes guerreros son los señores Aguirre Cerda y Medina Neira. Temo, no obstante, que mi pueblo al observar su parecido con Kuriche Nay —el dios de la hermosura y de las siete caras— quisiera embalsamarlos para ponerlos en la tumba de mis mayores y rendirles homenajes sagrados”.

“El señor Subercaseaux no tendría cabida entre nosotros porque, además de rechazarlo los leprosos, y de existir sólo un partido en la isla, mis súbditos desconocen las ventajas políticas del traje y el señor Subercaseaux no encontraría la manera de darse vuelta la chaqueta”.

“En cuanto a don Víctor Celis no lo aceptamos ni regalado”.

“Recibiríamos, en cambio, con agrado a don Eliodoro Yáñez como técnico en el cultivo intensivo de la papa, y dos ministros interventores como abono”.

“Debo exigir, sin embargo, que los tres declaren bajo palabra de honor, que vienen a la isla en calidad de políticos, a fin de dar seguridad absoluta a los indígenas de que no procederán en esa forma”.

“Por lo demás aunque las aves en Rapa Nui son abundantes se desconoce en absoluto la dieta. ¡Pueda esta circunstancia más temible para ellos que la ira de Tukim Majina —el dios del hambre y la desolación— alejar a los amigos del señor Alessandri, de esta tranquila y apartada isla! ¡Bien sabes que a ellos los tememos sobre todas las plagas de este mundo! Di, no obstante, para no herirlos demasiado, siguiendo la costumbre de “El Mercurio”; que rechazamos no solamente a los inescrupulosos, sino a todos los políticos sin distinción de partido. “¡Por la memoria del presupuesto que los alimentó, por la dieta que no alcanzaron a probar sus labios ávidos, por la medalla, casi virgen, que les sirvió de amuleto en el último período, por el fuero que aseguró su libertad incondicional, rogamos a los políticos que no vengan a la isla!”

“Lo pide todo Rapa Nui; lo implora con los brazos suplicantes”.

KAN AKIN III.

Por la absurda carta anterior, se ve, pues, que los políticos desaparecidos no están, a lo menos, en la Isla de Pascua. ¿Dónde están?

Septiembre, 18 de 1924.

## VENTAJAS DE LA CENSURA

Por primera vez en mi vida escribo bajo la censura militar y les aseguro a ustedes, que no hay nada más agradable.

Desde luego se experimenta una dulce emoción: ¿Aceptará el censor esto que escribo? ¿Qué cosas borrará? ¿Tolerará que encuentre constitucionales todos los actos del gobierno? ¿Incurriré en la censura si publico la cotización del cambio, el número de oficiales ascendidos, el monto del presupuesto u otras cifras de carácter social?

Esta duda, este misterio bastan, por sí solos, para comunicar un atractivo especial a la resolución del Gobierno.

No se comprende cómo hay gente que critique la censura.

Verdad, que los que se expresan mal de ella son los que nada tienen que ver con el asunto, es decir, los que tienen libertad de imprenta.

Los diarios censurados no dicen nunca una palabra en contra de la censura. ¡Y si no protestan ellos que son los interesados!

Por otra parte hay precedentes favorables. Todos los países sudamericanos que tienen la inefable dicha de poseer un gobierno de facto, aun las naciones más modestas, como Bolivia, Perú, Nicaragua, etc., gozan de una magnífica censura periodística. ¿Por qué en Chile no va a existir este adelanto?

El ideal de todo diario es que ninguna de sus informaciones sea desmentida: y este "desideratum" se logra plenamente, bajo el control militar que sólo permite publicar las noticias oficiales y que cuenta, además, con un gobierno dispuesto a castigar con energía a quien se atreva desvirtuarlas.

¡Qué descanso! ¡Nadie podrá rectificarnos so pena de incurrir en una falta de respeto hacia la Junta de Gobierno, cuyas opiniones publicamos!

No es raro, pues, que, yo, con la censura, me sienta co-

mo el pez en el agua. ¡Es tan agradable escribir con la seguridad de que nadie habrá de contradecirlo!

Este agrado, sólo puede tener comparación con el que deben experimentar los gobernantes al saber que ningún diario habrá de criticarlos.

¡Y qué honda serenidad, qué paz del espíritu, se experimenta creyendo a pies juntillos, sin vacilaciones ni dudas, en la palabra de la autoridad!

Es evidente que la censura concede gracias especiales. De ahí tal vez que la Santa Inquisición fuera de las primeras en establecerla a pesar de las rechiflas de los judíos, los herejes, y demás elementos liberales de aquella época.

Yo —con vergüenza lo digo— antes solía dudar de la veracidad de los gobiernos.

Sus palabras de paz, sus llamados a la cooperación y a la concordia, resbalaban por mi espíritu empedernido, según la frase del Exclasiastés, “como las naves, como las nubes, como las sombras”, sin dejar huella ni rastro.

Cuando el diario fué clausurado, por primera vez —lo confieso con dolor— dudé de que se tratara de una medida estratégica; cuando fué clausurado por segunda vez no creí que fuera un llamado a la concordia. ¡Era un incrédulo, un burión, un escéptico!

Ahora, gracias a la censura, tengo fe. Ahora creo en la palabra del Gobierno, reconozco ampliamente la legalidad de sus procedimientos y aprecio los altos fines que persigue.

Más aún: Veo que las últimas prisiones han provocado “un verdadero acercamiento” entre los señores Rivas, Errázuriz, Edwards Matte y otros políticos que estaban distanciados de la Junta de Gobierno.

¡Cuánta concordia reina ahora en el país!

Los políticos de la oposición están en íntimo contacto con los jefes del movimiento militar; los diarios, sin distinción de colores políticos, publican sólo artículos que agradan al Gobierno; y los ciudadanos guardan respetuoso silencio y

se abstienen de reunirse en grupos de más de tres, en obsequio al orden público.

La censura ha producido la paz, el acercamiento y la concordia que propiciaba el Gobierno.

Mis lectores: ¡Tres ras por la censural

4 de marzo de 1925.

## CARTA A MI CENSOR

Mi estimado censor:

Le agradecería hacer llegar, si es posible en letras de molde, a la Junta de Gobierno, la siguiente protesta:

Lo que se está haciendo conmigo llega al colmo de la arbitrariedad. Van transcurridos nueve días desde la sublevación del Regimiento Valdivia y a pesar de que al Gobierno le consta que no tuve parte alguna en ella, aún no ha ordenado que me tomen preso.

Ahora que la ciudad está en estado de sitio, ahora que no rigen las leyes, ¿qué disposición legal puede alegar el Gobierno para no tomarme preso? ¿Qué espíritu lo lleva a vejarme en esta forma?

Y no es por falta de denuncios. Tres anónimos he remitido en estos días a la Comandancia General de Armas, señalándome como uno de los jefes de las tres últimas conspiraciones; me he disfrazado; he tratado de sobornar a los agentes para que lleven el cuento a la Sección.

¡Ni por esas! Los anónimos los ha tomado probablemente la censura y de ahí que no hayan llegado a su destino; los agentes reciben el dinero y guardan un silencio tan hidalgo que a veces me da miedo que de veras quieran secundar mi plan de tomarme con ellos la Moneda; y ¡el disfraz!... Créame, mi censor, que el disfraz es el mayor tormento que puede haber para un conspirador. Para ocultarme la patilla tengo que andar todo el día de bufanda y con el cuello levantado. ¡De bufanda y sobretodo, con 35 grados a la sombra! ¡El tilo me parece una naranjada!

Todos estos esfuerzos y sudores no han servido absolutamente para nada. Continúo en la más irritante libertad.

En estas situación no me queda otro recurso que denunciarme públicamente por la prensa. ¡Quiera Dios y también

usted, mi capitán, que le sigue en poder en este diario, que la censura no me impida hacerlo!

Yo vengo conspirando desde el año 1919.

La primera tentativa de motín, me sorprendió de sobre-todo y con una acta de deposición de don Juan Luis Sanfuentes en el bolsillo más oculto del vestón. Conspiraba para llevar a la Moneda al señor Alessandri, a fin de que me diera un Ministerio (1).

Es cosa averiguada, que cuando un motín resulta, los conspiradores llegan al gobierno y cuando no resulta, van a la comisaría.

Fracasé contra todos los principios: Ni obtuve la cartera, ni fui preso.

Conspiré el 5 de septiembre, en contra de don Arturo. No me llamaron al Gobierno.

Conspiré, entonces, el 23 de enero, otra vez a favor de don Arturo. ¡Siempre el mismo resultado! Ni en la Moneda ni en la cárcel!

Volví a conspirar a fines de febrero, tentandó suerte, en contra de don Arturo Alessandri. ¡Sigo más libre que el aire!

Tengo ahora en preparación cuatro motines, para traer y llevar alternativamente a don Arturo, con cuatro actas y cuatro manifiestos, a cual de todos más comprometedores. ¿Lograré ahora mi propósito?

Debía guardar reserva de estas conspiraciones por venir; pero ¡qué quiere usted mi capitán! la actitud vejatoria del Gobierno me ha obligado a denunciarme, tanto más cuanto sé que una vez preso no tendría ya ocasión de prestar declaraciones.

Considere usted, además, que aún bajo la censura, no he perdido mi carácter de periodista de oposición, interesado más que nada en poner en ridículo al Gobierno, y creo que la medida de tomarme preso sería uno de los actos más apropiados a este objeto.

---

(1) Alusión al motín fraguado a fines del Gobierno del señor Sanfuentes en favor del entonces candidato don Arturo Alessandri.

Usted que ha figurado, con más brillo que yo, en los movimientos militares del 5 de septiembre y del 23 de enero, apiádesese de este humilde colega de conspiración, que permanece hasta ahora en el más obscuro y olvidado silencio.

Su Afmo. y seguro censurado.

P.

Marzo, 8 de 1925.

## DESPEDIDA

*A mi censor y amigo el capitán don Alejandro Lazo*

Señor capitán,

El de la torcida espada  
de la tijera afilada  
y el censorador afán:

Hoy nos separamos y sería descortés hacerlo sin despedirme.

Como el famoso caballo del portugués que se murió cuando empezaba a habituarse a no comer, el Gobierno ha suprimido la censura cuando empezaba a acostumbrarme a ella.

Es difícil, al principio, precisar en qué consiste una censura militar. Se ha hablado tanto de que "la pluma no embota el filo de la espada" que uno llega a creer, por la recíproca, que la espada no embota el filo de la pluma.

No es verdad. La espada cuando abandona su alto oficio para desempeñar el modesto papel de raspador, no deja párrafo en su sitio.

¿Qué no hemos visto en estos días?

Las cosas más patrióticas y respetables, como los artículos de la Constitución, el coro de la Canción Nacional y otras manifestaciones de legalidad o civismo, saltaban de la página al primer golpe del sable.

Igual suerte corría toda observación, por respetuosa que fuera a cualquier acto del Gobierno. Item más: no se podía dar cuenta de las huelgas, de los allanamientos, de las prisiones —¿cómo diré?— "casuales", de las defensas de los reos políticos; ni pedir que se les llamara a declarar, ni mucho menos demostrar su inocencia.

A esto último no pude acostumbrarme.

Bien sé, mi capitán, que usted, en el fondo, debe encontrarme razón en este punto. No pretendo hacerle cargos. La espada es un instrumento tan poco apropiado como borrador, que es imposible al censor, por esgrimista que sea, que al raspar una línea, no se le pase la mano.

Siempre supimos, por eso, distinguir entre la mano que se podía estrechar con hidalguía, y el sable ciego que muchas veces no podía responder a sus impulsos.

Por otra parte, el instrumento era absolutamente necesario para el mantenimiento del gobierno provisorio, cuyas débiles espaldas debían soportar cada mañana un nuevo fardo de decretos-leyes sobre materias tan variadas, como el impuesto a las viñas, y los derechos femeninos, la restricción de la libertad de imprenta y el cultivo del salmón.

Desde este punto de vista la censura era una obra piadosa, no sólo para los legisladores, sino también para los legislados.

Con la cabeza oculta tras la censura, en la actitud de las perdices, el gobierno provisorio podía dar rienda suelta a los impulsos de cada retortijón legislativo. El público, por su parte, no viendo cabeza alguna, se explicaba mejor lo que pasaba.

La censura, mirada en esta forma, ha sido buena.

Ello no quita que, al dejarla, haya sentido una sensación muy parecida a la que debe experimentar el Tony cuando le quitan el bozal, y puede, si no defender la casa, por lo menos dar un ladrido de alarma que llame la atención del Presidente.

Mi capitán: nos despedimos como buenos camaradas, no del sable, sino del periodismo, que es preciso distinguir aunque a veces, dada la crisis general, puedan tener algunos puntos de contacto. Espero alguna vez poder corresponder sus gentilezas con un artículo que le parezca bien... aunque sea publicado sin censura.

23 de marzo de 1925.

## CARTA AL PRINCIPE DE GALES.

Siento no tener la suficiente confianza con Su Alteza el Príncipe de Gales, para darle en lenguaje familiar, libre de las engorrosas fórmulas protocolares, algunas indicaciones indispensables a un turista que se aventura por vez primera, en nuestro territorio.

Si tuviera más confianza le escribiría la siguiente carta:  
Estimado Eduardito:

Ignoro si el propósito que lo trae a estas tierras es el mismo que lo ha llevado a Dahomey, el Congo, Sierra Leona y otros pueblos, tan pintorescos y curiosos como el nuestro; pero le advierto de antemano que, si el objeto que persigue es cazar leones, se va a llevar aquí un solemne chasco.

"Ya sólo hay garras ogaño, donde hubo fieras antaño" como diría Don Quijote.

No hay leones ni para muestra. Si alguno llega de Europa, entre la alegre charanga de una música de circo, viene tan manso y amaestrado que da lástima mirarlo.

¿A qué hablarle de los "pumas"? Son gatos grandes y sentimentales que se suben a los árboles y se ponen a llorar en cuanto ven una jauría.

Claro es que en el país hay muchos otros animales. Hay algunos tan grandes y tan brutos que dejan muy atrás a todos los mamíferos que no han tenido la suerte de mamar con la comodidad y la holgura de ellos; pero no puedo nombrárselos, por que una ley de libertad de imprenta me lo impide so pena de prisión y de clausura.

Este detalle le hará ver que nuestra civilización no merece de la del Sudán.

Verdad que todavía, aquí, la gente anda vestida; pero ello se debe sólo a que aún no se le ha acabado la ropa que tenía hace tres años. Notará Ud., sin embargo, que ya comienza a verse gente sin zapatos y cubierta con harapos tan

transparentes, y sutiles que es imposible que le duren este invierno.

En cuanto a habitaciones aborígenes, puede ver algunos ranchos de totora en la frontera o los pasteles de yeso coloreados que sirven de morada a los magnates, y bordean el desierto artificial conocido antiguamente con el nombre de Alameda.

La confección de este desierto en el sitio que ocupaba una avenida, ha sido una delicada atención de la autoridad local hacia la real persona del turista en cuya mente desearía evocar, una vez más, las imponentes soledades del Sahara.

Los bancos que, de tiempo en tiempo, cortan la horrible monotonía de esta pampa improvisada, se han mantenido allí como una muestra de que, aún, los bancos se respetan y permanecen firmes e inmutables, mientras el hacha de la autoridad siembra la desolación en torno suyo. Esta acertada política bancaria no podrá menos de ser grata a los ojos del representante de un país capitalista que desea entrar en negocios con los aborígenes.

Como en el Congo, en Dahomey, y demás naciones de la misma índole visitadas antes por Ud., hay en Chile mucha base de negocios para todo capital que cuente, a sus espaldas, con la protección de una bandera extranjera.

La premura del tiempo, no ha permitido colocar una franja de tela blanca de más de tres mil kilómetros de largo con las palabras: "Se vende", en dos postes plantados uno en Tacna y el otro en Magallanes; pero Ud. puede hacer cuenta que existe ese letrero, y comunicárselo a sus compatriotas.

Las sociedades chilenas emigran al extranjero. Los capitales también. Todo el que tiene algo emigra, buscando mejores climas.

Aquí quedamos unos cuantos pobres. Casi no vale la pena vernos. Andamos un poco más vestidos que en el Alto Egipto; pero si Ud. tiene un corazón sensible, evítese el desagrado de observarnos.

Con la visita que proyecta no va hacer sino amargar sus recuerdos de turista. Son más alegres los espectáculos que le ha tocado ver en el Africa Central.

Hágame Ud. caso y no venga.

Suyo afmo.

P.

*Carta perdida*

Mi querido papá:

Aprovecho el cierre de la cordillera para darle algunas noticias de la nación en que me encuentro.

Chile es un país lluvioso que produce decretos-leyes y salitre. Sólo el segundo encuentra mercado fuera del país.

La población se divide en dos categorías: los que trabajan y los que jubilan.

Los primeros corresponden a la antigua clase de los siervos, sufren toda especie de contribuciones y tienen por misión alimentar a los demás.

Los ministros se diferencian de los otros ciudadanos en que pueden jubilarse entre ellos mismos.

La inmigración es escasa y se compone de técnicos extranjeros.

Los técnicos tienen por objeto contrarrestar la acción de los decretos-leyes, y arreglar los desperfectos que éstos causan en la administración.

Cada servicio de importancia consta, pues, de dos entidades contrapuestas, que luchan entre sí como Ormuz y Ariman en la mitología de Zoroastro. El principio de la desorganización es el ministro y el de la organización es el técnico extranjero. El ministro y el experto combaten entre sí, y a la larga triunfa siempre el inexperto, es decir, vence el ministro.

Esta victoria se explica fácilmente, dadas las armas de los contendores. El experto combate con informes y el inexperto con decretos-leyes.

Y como es mucho más rápido y más fácil lanzar un decreto-ley que preparar un informe, y los primeros son siempre mortíferos, el técnico termina acribillado...

El país es esencialmente belicoso y cada cual lucha con

alguien: El gobierno con los contribuyentes, los asalariados con los capitalistas, la autoridad local contra los árboles, y los servidores públicos tanto civiles como militares, contra el presupuesto.

Las revoluciones, en cambio, son pacíficas y se efectúan con regularidad.

La tuberculosis, la viruela y otras plagas son endémicas; pero los plebiscitos se presentan en forma esporádica.

Actualmente se ha realizado uno en el sur y hay anunciado otro en el norte.

Los plebiscitos tienen la ventaja de que se costean los unos a los otros. El que va más atrasado proporciona fondos al que va adelante.

Cuando el Presidente resuelve ser emperador, decreta reformas constitucionales que tienden —según dice uno de sus propios artículos— a “proporcionar a cada habitante un mínimo de bienestar”.

Este objeto se consigue por completo; el bienestar asegurado no puede ser menor.

Por otra parte, el *minimum* es la debilidad del Presidente, ya que, hasta las reformas constitucionales, se aprueban por simple minoría.

La última ha contado sólo con los votos del 42% de los electores.

Basta que haya menos de la mitad de los inscritos que deseen cambiar la Carta Fundamental para que las reformas se den por aprobadas.

El voto del Presidente, por sí solo, es suficiente para derogarla.

La Iglesia está separada del Estado; mas la fe no se ha extinguido en el país. Los civiles creen en Dios y los militares en el manifiesto del 11 de septiembre, aunque lo cumplen algo menos que los civiles el decálogo.

La culpa de todo lo que sucede en el país, se dice que es de los políticos. Realmente debía ser gente muy tacaña porque desde que se retiraron del gobierno, la ley de gastos ha subido al doble. Los quinientos millones en que se ha incrementado el presupuesto, no se sabe exactamente qué se han he-

cho, porque ya, por fortuna, no hay políticos preguntones e indiscretos que averigüen esas cosas.

Se sabe que ese dinero ha sido sacado a los contribuyentes, y eso basta.

El gobierno tiene la teoría de que las contribuciones hacen la felicidad, sino del pueblo, al menos de los gobiernos que los rigen.

¿Qué más le cuento, mi querido papá?

He andado cuerdas y cuerdas por un paseo muy bonito, con unos árboles sumamente extraños que constan de un solo palo y que, según parece, sirven a los indígenas para hacer faroles, forrándolos en papel plateado y agregándoles un foco.

Cuando crezcan todos estos faroles vegetales y produzcan en Otoño su correspondiente foco, el paseo presentará un espectáculo feérico, por no decir feísimo.

Tuve el gusto de colocar en esa misma avenida, la primera piedra para el monumento a Canning. Costó mucho hallar un sitio en que no hubiera otra enterrada. Yo no sé si los indígenas se valen de este pretexto para adoquinar el pavimento, valiéndose del trabajo gratuito de sus huéspedes, o si tienen una idea tan exagerada de la feracidad del suelo y la eficacia del salitre, que creen que basta plantar un trozo de granito para que crezca un monumento.

A propósito de obras escultóricas, le diré que las estatuas cambian constantemente de colocación, y me admira que las familias de los próceres que se interesan por la estabilidad de sus antepasados, no consigan del Gobierno que los sujeten con cadena. A alguien le hice esta observación; le pareció muy atinada, y me dijo que con el tiempo habría próceres "de amarra".

Yo encargué mucho al Ministro que velara por la suerte de Lord Cochrane, y quedó de ponerle un vigilante para que no se fuera de su sitio.

Pero esta carta ya va larga, y tengo que ir a jugar polo...

¡Adiós papá!

(Hay una firma ilegible y un membrete con una coronita).

27 de septiembre de 1925.

Los hipocondríacos, los neurasténicos, los contribuyentes, los quebrados, los comerciantes, los que han sufrido la desaparición de un deudo próximo, y en general todos los ciudadanos que, por una u otra causa, han perdido la alegría de vivir, deberían leer a lo menos una vez por semana el plan de reforma educacional.

Lo tengo sobre mi mesa y, cada vez que el mal humor me asalta, leo algunos párrafos.

Es un documento reconfortante. Una alegría sana fluye de sus páginas. Es difícil leerlo sin sonreírse. Y hay que considerar que el plan apenas comienza a aplicarse. El día que dé sus frutos, una corriente irresistible de alegría correrá por las vértebras de la cordillera.

La tierra será la primera en alegrarse, porque uno de los puntos capitales de la reforma educacional es el que se refiere a la enseñanza agrícola.

Hasta aquí la Escuela Práctica de Agricultura había tenido por objeto preparar hombres de campo: Unos tristes mayordomos, muy aptos, sin duda, para las faenas, pero sin un ápice de sentimiento artístico.

Se emocionaban ante un toro de raza Durham, pero eran incapaces de apreciar una armonía de Bach. Entre el balido de un piño de terneros y una sinfonía de Beethoven, preferían, resueltamente, los terneros.

Ahora las cosas han cambiado. A las clases de lechería, fruticultura, apicultura, etc., se ha agregado una clase de canto: Ocho horas a la semana.

El propio subdirector de la Escuela, que es ingeniero agrónomo, tendrá a su cargo esa clase y las de contabilidad.

Las lecciones de canto serán, pues, de una precisión matemática.

Un mayordomo con mediana aplicación, podrá llegar a ser un buen barítono y, una vez llegado, al campo, organizar un magnífico coro de lecheras.

Además, ¿por qué entre tantos candidatos no ha de resultar una eminencia artística? Sería bien emocionante oír a un tenor de nota, gritando: "¡Ah yegua... Ah yegua!", en una trilla.

Naturalmente el canto no puede tener un efecto inmediato en el rendimiento agrícola. El trigo es indiferente a las notas musicales, y falta a las vacas la debida preparación para apreciar las facultades líricas de los capataces. Algo semejante sucede en los dominios de la apicultura. Las abejas, con ser más sensibles a la música que las vacas, apenas logran comprender una especie de jazz band de tarros con que suele llamarse a los enjambres. Y no hablemos de la fruticultura. Es inútil que frente a un peral, el labriego haga toda clase de fiorituras, cantando con voz angelical: "qué linda en la rama, la fruta se ve" u otras composiciones agrestes parecidas. Es lo mismo que pedir peras al olmo; el árbol no se da por aludido.

Pero, si en cuanto al aumento de la producción, las ocho horas de clase de canto resultan poco eficientes, hay que reconocer que, desde el punto de vista de la alegría campestre, constituyen una innovación digna de aplauso.

La vida del campo es monótona. Faltan entretenimientos, distracciones, música, y de esta carencia de amenidad, proviene en gran parte el éxodo de los campesinos hacia los centros poblados.

La agricultura lírica vendrá a salvar, en cierto modo, la situación, compensando la falta de teatros, con el espectáculo altamente artístico de los mayordomos cantores.

Hasta la literatura criolla experimentará una transformación. Mariano Latorre dejará de mano el cantar de las avejillas, para hablarnos de los dulces trinos de los capataces, los arpegios del administrador y los gorgoros apasionados del sota.

¡Adiós cantos de gallo y ridículos conciertos de diucas! El campo lírico, el campo reorganizado conforme a las lecciones del profesor de canto y contabilidad de la Escuela Práctica de Agricultura ofrecerá cada mañana un espectáculo im-

ponente. Al alzarse el telón rosa de la aurora, surgirá el "solo" del llavero, llamando a los actores a la faena cotidiana; un coro de segadores responderá a lo lejos y la campiña entera se poblará de notas. En lo alto de una colina el mayordomo distribuirá los peones:

—Oye Leiva: tú que tenís voz de bajo, ándate al plano y éjale los cabros a Machuca que es contralto.

Y en los diarios, de vez en cuando aparecerán avisos como los siguientes

"Tiples para lechería, necesito".

"Joven tenor, especialidad en "Tosca", se ofrece para administrar fundo de rulo".

"Cuarteto de bueyes compro", etc.

Aunque los campos, con el nuevo sistema de reforma educacional no produzcan tanto como ahora, siempre se habrá ganado algo: Hacer de ellos un centro de espectáculos amenos y educativos.

Y si el rendimiento agrícola es demasiado escaso se podrá complementar la reforma educacional, estableciendo en el Conservatorio algunas clases de horticultura y ganadería. ¿Qué inconveniente habría en sembrar algo en los prosenios de los teatros?

Los árboles y la yerba suplirían con ventaja el decorado, y Chile entero, desde Tacna a Punta Arenas, podría dedicarse a la Agricultura lírica.

Abril de 1928.

Aunque parezca mentira, yo tengo una verdadera admiración por los puristas. Esos hombres que se dedican a velar por la correcta aplicación de las palabras, mientras todos los demás nos dedicamos a estropearlas, realizan una obra titánica. La desigualdad de la lucha, la certeza de que habrán de ser arrollados por el número, los nimbā con una aureola de heroísmo. Y como, casi siempre, a la aureola unen las palmas académicas, parecen verdaderos mártires.

En realidad lo son. Nadie sufre como ellos cuando un individuo que prefiere hablar mal a trueque de que le entiendan, dice "sandwiche" en vez de "emparedado" o "carnicero" en lugar de "matarife".

Pero, yo estimo que es mil veces preferible quedarse sin probar bocado a usar un anglicismo o un vocablo inapropiado, y, al efecto, trato de instruirme.

Ayer, por ejemplo, me leí los primeros capítulos del libro "Un barrido literario" de que es autor el R. P. Morales y llegué a las siguientes conclusiones:

No se debe decir "affaire", "attaché", "beafsteak", "chauffer", "football", "boy-scouts", "complot", etc. Cuando se quiera hacer uso de uno de estos términos deberá reemplazárseles por sus equivalentes castellanos.

He aquí algunos de ellos.

*Affaire*, cosa, negocio, asunto.

*Attaché*, agregado, adjunto, acompañado.

*Ardelión*: bullebulle, zarandillo, entrometido, oficioso, metemuertos, metesillas, chiquilicuatro, métome en todo, etc.

*Boy-scouts*: niños campeadores.

*Buffet*: repuesto.

*Bluff*: balandronada, fanfarronada, faramalla, farándula,

etc., sin olvidar que bluff en sentido propio equivale a "golpe de viento".

Tampoco hay que olvidar que "five o'clock" significa "las cinco" y equivale literalmente a "las cinco del reloj té"; que no hay que decir *getta*, sino mala sombra; que *a la garçon* significa "a lo mozo"; que no se debe hablar de *complot*, aunque no haya testigos, sino decir mejor "confabulación", "conchabanza" u otra palabra parecida; que *chauffeur* quiere decir "calentador" o a lo sumo "fogonero", "mecánico", "cochero", "motorista" o "piloto"; que en lugar de *comme il faut* hay que usar las expresiones, "como Dios manda", "de buen tono", "elegante", "a las mil maravillas", "como un quifatte", "de rechupete", "a medida del deseo", etc.; que la palabra *football* equivale a "juego de pelotón", "a balompié" o a "piebalón"; que a falta de *chaise longue*, en castellano, debe decirse lisa y llanamente "silla larga" y en lugar de *exaequo* "a la iguala".

Sin duda alguna la obra del purista es sumamente provechosa.

Resulta ridículo este lenguaje lleno de giros extranjeros que usamos con la mayor naturalidad.

Supongamos, por ejemplo, que un cronista cuenta que varias señoras "comme il faut", peinadas "a la garçon", han sido invitadas a un "five o'clock". Mientras los niños juegan al "football" con algunos "boy-scouts", comentan el "affaire" de algunos "ardeliones" o se divierten con el "bluff" hecha por una de ellas en el "bridge", sin acordarse para nada del "chauffeur", ni de la "getta" ni de ninguno de esos barbarismos comentados por el R. P. Morales.

La relación del "five o'clock" resulta una barbaridad. En cambio ¡qué admirable aparece dando a cada palabra su equivalencia castellana!

"La escena se desarrolla en un "cinco del reloj té". Casi todas las invitadas llevaban melena "a lo mozo".

En tanto que los chicos, en el patio, se entretenían en el "juego del pelotón" se acercaron a mirarlos dos "niños campeadores", que habían obtenido premios "a la iguala" en geografía. En el salón, las señoras comentaban la "conchabanza" del doctor, e iban a pasar al "repuesto" cuando una de ellas

fué llamada por su "calentador" quien venía a avisarle que el niño había sufrido una caída en el "piebalón" y se había zafado el pie derecho.

Al oír al "fogonero" o "maquinista" la señora dió un grito espantoso y cayó en la "silla larga".

—Este quitasol tiene "mala sombra" —dijo. —Cada vez que ando con él se produce una desgracia en "el juego de pelotón".

Entre gente "como un gerifalte", o si se quiere, de "rechupete" o "a pedir de boca", el mejor medio de tranquilizar a una persona nerviosa, es hablarle del "negocio" de actualidad.

El "acompañado" de la legación francesa, que es hombre de mundo, llevó entonces la conversación a "la cosa del petróleo". Contó en efecto que un "metesillas" famoso había injuriado en la Cámara a otro "chiquilicuatro", acusándole de ser el organizador de "la farándula" con que había logrado sorprender al Gobierno.

A la dama se le olvidó la impresión sufrida y se puso a jugar "brisca inglesa" —supongo que así se dirá "bridge" entre los puristas. En el juego una de las señoras hizo "un golpe de viento" que según el "acompañado" resultó bastante más efectivo que el del diputado "metemuertos".

Así se estilan las cosas entre las señoras "comme il faut" —perdonen el galicismo!— Debí decir "de rechupete" o "a medida del deseo".

Tal vez el lector encuentre que este segundo párrafo, a pesar de contener palabras extranjeras, es mucho menos comprensible que el primero.

No lo dudo; pero es más castizo y "al que quiere celeste, que le cueste".

Marcel Proust está de moda. En los corrillos literarios, en las revistas, en los periódicos, se habla de la obra de Proust como de algo perfectamente familiar.

Yo, en un principio, creía que toda esa gente conocía al autor del "Camino de Swan", algo más que de oídas, y les iba preguntando ingenuamente cuándo y cómo se habían leído los 17 tomos de "A la recherche du temp perdu".

—Durante una grippe muy larga —me decía uno.

—Tuve una tifoidea —me contestaba otro.

—Yo conocí a Proust gracias a la escarlatina —nos agregó un tercero.

No seguí preguntando por temor de que alguno apelara, para justificar su erudición, a la parálisis general. Sólo una cosa veía claro: que era imposible leer a Proust sin guardar cama y, como no me gusta que me cuenten cuentos, deseé de todo corazón una enfermedad instructiva y larga.



Leer a Proust no es cosa fácil. Su lectura es bastante más pesada que la de los poemas épicos, los clásicos españoles y demás obras maestras, recomendadas por la Historia Literaria con el laudable propósito de apartar a los alumnos de la senda estrecha y áspera de la literatura. Pero en estas grandes obras, como en los discursos que corrientemente se pronuncian en la Cámara, se ve la aspiración del autor a decir algo, a interesar a alguien. En Proust no existe esta finalidad: Para usar un término parlamentario, Proust es un literato "obstruccionista". Hace el efecto, no de que trata de buscar el tiempo perdido, sino de que escribe por perder el tiempo y hacérselo perder a los demás. Más aún, parece deleitarse en molestar al lector, contándole con la mayor prodigalidad los detalles

más vulgares y que más puedan aburrirlo. Su charla, muy parecida a la de esas señoras viejas que pasan largas horas comentando por qué el dulce de camote no queda ahora tan bueno como antes o por qué la sirvienta de mano se disgustó con la cocinera, se arrastra con lentitud de caracol. Hay que fijarse mucho para darse cuenta de que el bicho camina. Sólo que el caracol deja un rastro. De Proust no queda nada: el hilito sutil de la perogrullada psicológica se seca inmediatamente y, como para colmo, uno se duerme, sin alcanzar a señalar la página, y no hay medio humano de recordar lo que decía, se corre a la mañana siguiente el gravísimo peligro de leérsela de nuevo.

Este resbalar constante por una pendiente interminable, acaba por producir en el ánimo la impresión de que, en vez de adelantar, se retrocede; entonces el lector echa al demonio el libro y promete formalmente renunciar al "snobismo" y pasar por inculto, a trueque de seguir leyendo una obra que, cuando más se lee, tanto más se acerca al principio.

¡Vana esperanza! Esa es justamente la oportunidad en que el amigo, "proustiano" y conciliador, surge de pronto ante su víctima, como Mefistófeles en el gabinete de Fausto, arrepentido:

—Siga leyendo. No se dé por vencido. Proust es pesado, ¿quién va a negarlo?, pero se acostumbrará...

\* \* \*

El argumento es convincente. Es el mismo que desde tiempo inmemorial viene haciéndose, con positivos resultados, a las niñas ingenuas para que se casen con el marido cincuentón y latero, pero que, en el fondo, es muy buena persona.

"El amor se cría", piensa el lector, y vuelve con nuevos bríos a la carga; pero el segundo tomo es casi inexpugnable y no se deja tomar a dos tirones. Toda clase de defensas naturales y artificiales le protegen. El estilo de largos períodos, pesado y fangoso, impide la marcha como esos caminos en que la artillería se hunde hasta los ejes; o bien, miles de detalles —guijarros menudos y sin interés— obstruyen la carretera. Ni

siquiera el caminante puede distraerse: De cuando en cuando una pepita de oro, dejada maliciosamente en el sendero, llama su atención y lo obliga a echarse a gatas en su busca.

Así se avanza poco a poco, hundiéndose, resbalándose, o abriéndose camino a viva fuerza entre las disquisiciones psicológicas y las asociaciones de ideas, tan tontas como prolijas, que, peor que los alambrados de defensa, forman una maraña que desafía al alicate y la paciencia. Es para volverse loco.

\* \* \*

Proust, como la fotografía, no perdona detalle. No existe para él, esa selección, esa síntesis, esa estilización que distinguen el cuadro de la oleografía barata y la descripción literaria del inventario judicial.

Lo que interesa o lo que no interesa, lo que contribuye al efecto o lo destruye, está tratado con igual intensidad.

El protagonista no puede ser menos atrayente: Una sensiblería de señora histérica, en lo que se refiere a su persona, alterna con la más absoluta falta de ternura y de emoción en cuanto atañe a los demás.

Un alfiler clavado en la pared le produce escalofríos; la presencia de un inofensivo ropero de caoba basta para dejarlo sin dormir y acaba por producirle tal desesperación que, a medianoche, se resuelve a llamar a su adorada abuela, exponiéndola a una pulmonía, para que acuda en su socorro.

Todo esto, según parece, denota una sensibilidad exquisita; pero el lector, hombre normal y sano, siente impulsos espantosos de levantarse junto con la abuela y aplicarle al muy marica un par de bofetadas para que de una vez por todas, le pierda el miedo a los roperos.

Menos mal que el horror a estos pacíficos muebles está compensado en el protagonista por una admiración desordenada hacia los nobles. Ningún cursi sería capaz de sentir con mayor intensidad que él, la atracción de los títulos y los pergaminos, por más que sus portadores no dejen, en la novela, nada que desear en punto a ridiculez y falta de cacumen. Cier-

to es que la servidumbre desempeña también en el curso del libro un papel importantísimo.

Proust habla de los nobles por lo que le cuentan los criados, y de los criados por lo que le cuentan los nobles. Este intercambio de chismes, que tanto suele hacer sufrir a las dueñas de casa, es para el autor una fuente segura de investigación psicológica.

Pero el fuerte de Proust es la asociación de ideas. Un ruido, un olorcillo cualquiera, una pata de mosca perdida entre las páginas de un libro, le permiten llenar cuarenta o cincuenta páginas con disquisiciones de este jaez:

“Al abrir la puerta, sentí una mortal tristeza y estuve a punto de desmayarme, porque observé que, puesto que me había sido posible abrir la puerta, era evidente que debía estar sin llave, lo que forzosamente indicaba que ésta no había sido echada o la puerta carecía de ella, lo que en el primer caso denotaba una distracción muy explicable de parte de la persona encargada de cerrarla —que bien pudo considerar también innecesario hacerlo—, o en el segundo, un olvido del cerrajero. En un principio no comprendí cómo un detalle tan insignificante podía haberme arrastrado a tal estado de prostración moral tan sólo comparable al que me produce un papel secante verde y sin uso; pero luego recordé que una tía, que nunca seca sus cartas, tenía también una propiedad verde y sin uso, donde unos bandidos cometieron hace tiempo un crimen horrendo, y entonces comprendí que el horror que me causaba aquella puerta sin llave, no era otra cosa que el recuerdo, exacerbado por los años, del horror que sentí al leer el párrafo de diario en que se anunciaba que los susodichos bandidos se habían robado una oveja que mi tía estimaba mucho, acaso porque nunca la había visto, diferenciándose en esto para ella de todas las ovejas que había conocido”.

Hago gracia a los lectores de las cincuenta o cien páginas que podría escribir para alargar este pequeño ejemplo.

Es posible que pueda producirse una asociación de ideas de esta especie; pero, aun suponiendo que todos sus términos sean exactos, al pasarla al papel, resulta absolutamente falsa, porque la asociación de ideas es una operación esencialmente

rápida. El describirla, haciéndola durar una velada entera, resulta tan absurdo como prolongar, para mayor claridad, durante media hora, un estornudo. Parecerá un automóvil con escape libre, una ametralladora lejana, una sucesión de cohetes, cualquier cosa, menos el estornudo cuya sensación quería darse.

Algo de eso es lo que sucede al leer a Proust. El exceso de lentitud con que se desarrollan las ideas y los sucesos, les quita todo carácter de verdad o, a lo menos, de naturalidad. Por supuesto que semejante afirmación no puede hacerse en alta voz. El amigo proustiano, que ya lo ha hecho leer a uno dos tomos, puede surgir de donde menos se piensa para decirle con voz meliflua:

—¿Se ha aburrido? No importa... Es sólo falta de costumbre. Lea usted ahora el primer tomo del "Camino de Swan"... ¡Es un encanto! Verá que, una vez que se habitúe, no sólo dejará de molestarle; le gustará e irá corriendo a buscar el otro tomo.

Ante un peligro semejante, yo no me he atrevido a continuar leyendo. ¡No vaya a ser que me acostumbre! En las últimas treinta páginas ya notaba con rubor que, de cuando en cuando, el libro comenzaba a cogerme. Unos cinco tomos más y, acaso, familiarizado con la lata, habría terminado por entusiasmarme y sentir una profunda admiración por esa especie de señora que se desmaya con el olor de las flores, goza con los chismes de la servidumbre, delira por los marqueses más ridículos y llena páginas de páginas, en busca de la manera de hacer perder a los demás el tiempo que ya ha perdido.

Sé que al decir esto, corro riesgo de la vida. Los proustianos, a pesar de que no leen a Proust sino cuando están enfermos, son terribles en estado de convalecencia. Pero ¡qué le voy a hacer! Tanto han escrito de Proust sus admiradores, que no está de más que el público oiga, alguna vez siquiera, la voz de una de sus víctimas.

Julio de 1929.

Frente a mi casa hay una frutería y en la frutería un loro.

Metido en su jaula, entre las piñas y los plátanos, contribuye a dar carácter y color local a ese pequeño rincón del trópico, donde el loro con su brillante uniforme verde y rojo se pasea, perorando como un caudillo prisionero.

Sin duda, es un loro de oposición, porque, de cuando en cuando, se le escapan palabras muy poco parlamentarias.

Cada vez que esto le sucede, el dueño de la frutería le golpea la jaula, gritándole: "Calladito, calladito, el loro"; y el loro permanece algunos momentos en silencio. Vagamente, comprende que ha dicho algo que no ha caído bien; pero no sabe con exactitud cuál es la frase que se le critica y pone una cara de periodista, que da lástima.

Su perfil mismo, puntuado por el ojo azorado y parpadeante, parece un signo de interrogación.

—Es un pájaro muy raro —suele decirme el dueño—. Habla y habla que es un contento y me trae la mar de clientes a la frutería; pero, ¿qué quiere usted?, tiene esta maldita maña... De repente, cuando menos se piensa, sale con una barbaridad.

Y con el dedo en alto el dueño de la frutería le repite:

—¡Calladito el loro! ¡Calladito!

Muchas veces, por lástima al pajarraco, le he ofrecido al dueño comprárselo; pero él ha rechazado mis ofertas casi con indignación.

Hace dos semanas que el loro no chista. Tanto le han sacudido la jaula que el pobre pajarraco no se atreve a decir una palabra y ha perdido por completo su interés: parece una victrola descompuesta.

El dueño ha venido a verme: —¿Sabe? —me ha dicho—, el loro se ha callado.

—¡Hombre, lo felicito!

—No me felicite. Un loro mudo no sirve para nada. La gente lo mira y pasa de largo. Además, yo mismo me había acostumbrado: Me hacen falta sus chillidos; me parece que la frutería no es la misma. Para mayor desgracia, los clientes creen que, si el loro no habla, es porque yo le pego y me miran con mala voluntad...

—¡Dele pan con vino!

—¡Qué, señor! Si le he dado de todo y no dice, esta boca es mía.

—Véndamelo, entonces.

—¡Cómo se le ocurre! La gente es mal pensada y al no verlo en el local, pensarían que lo habría muerto a palos o que el negocio no anda bien y que he tenido que liquidar hasta el loro.

Y el hombre se alejó meditabundo.

\* \* \*

No había vuelto a acordarme del vecino; pero, ayer, al amanecer, me despertó un interminable parloteo. No entendía bien las palabras; pero escuchaba claramente que el loro hablaba como en sus mejores tiempos. Cuando me levanté, vi que un grupo de comadres y chiquillos se agolpaba a la puerta de la frutería. La cháchara no cesaba y la calle volvía a recobrar su animación de antaño. ¡Qué descanso! La frutería había vuelto a la normalidad.

Me espanté, cuando en la tarde vino a verme el propietario del negocio, y me imploró con voz desolada:

—Señor, por lo que más quiera, cómpreme el lorito. No puedo más con él.

—Pero, ahora, habla —le observé.

—Sí, señor; ¡más valía que hubiera seguido mudo! Habla, habla mucho, pero no hace más que repetir una sola frase: "Calladito, el loro! ¡Calladito, el loro!" Me tiene loco, créame usted.

Por lástima al dueño —no al pajarraco— le di veinte pe-

sos por él. He colgado la jaula en el patio y oigo, a cada momento, la voz gutural y chillona que repite:

—¡Calladito, el loro!

Es molesto; pero no estoy arrepentido. Además, puedo hacerme una reflexión consoladora:

Así como hay gente que compra un despertador que le advierta la hora en que ha de levantarse, ¿por qué no se ha de tener también un loro que le recuerde el momento de callar?

Agosto de 1929.

# TONTILANDIA

## *Viaje fantástico*

### I

## LA LLEGADA

Tontilandia, 22 de junio de 1928.

La isla de Tontilandia no aparece en ningún mapa, no por culpa de la isla sino de los cartógrafos.

Pero esto no hace al caso; baste al lector saber que Tontilandia, fiel cumplidora de todos sus deberes para con la geografía, es una extensión de tierra rodeada de agua por todas partes.

Sus acantilados son altos, blancos y llenos de agujeros. De lejos parece un queso suizo. En cada uno de estos agujeros habita una pareja de tontilandeses.

Pasan la vida jugando al emboque y no salen de sus cuevas por temor a que se les cobre impuesto.

Tampoco necesitan trabajar, porque los tontilandeses son muy optimistas y viven de ilusiones.

Sólo una parte muy pequeña de la población se dedica al laboreo y a la industria. Sobre ese corto grupo de individuos recaen por entero las contribuciones. Sudan y se afanan de la mañana a la noche; pero nunca logran estar al día en sus pagos, porque en Tontilandia existe un impuesto que grava todo ejercicio muscular que tienda a algún objeto práctico.

El impuesto ha dado tan buenos resultados que se ha podido elevar a quince veces la planta administrativa, y aun así, queda anualmente un superávit que alcanza casi a la mitad del valor de los empréstitos que se contratan para producirlos.

Todos los tontilandeses, sin excepción, llevan una barra de grillo en los pies; pero viven muy contentos, porque sa-

ben que, aunque ellos están pobres, la situación económica de Tontilandia no puede ser más satisfactoria.

\* \* \*

Llegué a Tontilandia el 28 de diciembre, día en que los tontilandeses celebran su aniversario nacional. Una tempestad me arrojó encima de un molo de concreto que los habitantes han construido con el objeto mal disimulado de recoger todos los barcos que se acerquen a su puerto principal.

Cada invierno recogen, así, veinte o treinta naves que, al estallar los temporales, no alcanzan a retirarse con la debida velocidad, de la zona resguardada por el molo, la cual, a juicio de todos los pilotos, es la más peligrosa.

Gracias a esta política portuaria, se elimina anualmente los barcos en uso, y Tontilandia dispone de una flota mercante, si no muy numerosa, a lo menos, siempre nueva.

Naturalmente estas cosas sólo he venido a comprenderlas algunos meses después. Cuando la ola me arrojó de cabeza sobre el molo, estaba tan aturdido, que en el primer momento, los tontilandeses que acudieron a salvarme, me tomaron por uno de ellos.

Por desgracia, junto con recuperar el sentido se dieron cuenta de su error.

Un hombre octogenario cuyas barbas blancas emergían del bozal, y que, a juzgar por su miopía debía ser Vista de Aduana, comenzó a olfatearme de pies a cabeza.

—¿Usted es extranjero? —dijo con voz parecida a la de los ventrílocuos— y en consecuencia, no puede entrar a este país. En Tontilandia seguimos una política nacionalista y, por otra parte en el arancel aduanero revisado últimamente por la Dieta —así llaman los isleños al Congreso— no figura la categoría de “extranjero”. A lo sumo podríamos equipararlo a la mortadela, en tarros; pero usted viene sin envase. Además no sé si le pueda considerar en buen estado. Usted parece estar un poco rancio, y en tal caso habría que arrojarlo al agua. Las disposiciones sanitarias sobre artículos alimenticios en malas condiciones no dejan lugar a dudas sobre este particular. To-

dos los días arrojamos al mar quinientas carretadas de verduras y otras tantas toneladas de pimienta, queso, etcétera, por el mismo motivo. La mitad del alimento de la población la botamos al Océano...

Yo me eché en tierra y, de rodillas, le supliqué, por lo más sagrado que buscara en el arancel algún capítulo por el cual pudiera ser importado en Tontilandia.

Al verme tan angustiado, el viejo se compadeció y comenzó a hojear el Reglamento.

—A ver... a ver... Busquemos en el rubro de los peces... ¿Qué le parece si lo consideramos arenque? Los derechos son menores que los del bacalao... Lo malo es que le falta el requisito del envase...

—Señor, ¡por piedad! —le dije— considere que mientras usted estudia el arancel me estoy helando hasta los huesos!...

Esta súplica fué para el Vista de Aduana, como una revelación. Parpadeó algunos minutos y me palpó las pantorrillas y el cuello...

—¿Sabe? ¿sabe?... ¡Yo creo que podríamos incluirlo en calidad de carne congelada!...

Así logré entrar a Tontilandia, pagando un derecho de \$ 0.20 kilo.

En cuanto a lo que allí me sucedió, mañana, si el tiempo lo permite, lo sabrán los lectores.

## HACIA EL MISTERIO

Tontilandia, 23 de junio.

Tontilandia es un país edificante: basta salir de la ciudad para ver el entusiasmo con que se edifica. Poblaciones enteras surgen como callampas en los barrios suburbanos, con tanto mayor vigor cuanto más se alejan del centro.

No es que falten casas en la ciudad, pero, a juzgar por los carteles de venta o arrendamiento, ninguno quiere habitarlas. Los tontilandeses, fieles a los preceptos de su gran médico higienista Gedeón, esperan realizar el ideal de edificar las ciudades en el campo.

Según ellos, el aire es mucho más puro, se está más en contacto con la naturaleza y se evita la despoblación agrícola. Actualmente la tendencia de los campesinos es irse a las ciudades; pero, llevando la ciudad hacia ellos, esta dificultad se soluciona.

Con el sistema de edificar en los suburbios, dejando abandonados los edificios que constituyen la actual planta urbana, se espera llegar al desiderátum de la ciudad en forma de rosca. Si las casas centrales no se arriendan ni se venden, la acción del tiempo las irá arrasando poco a poco, hasta que el sitio ocupado por ellas se convierta en un gigantesco elipse.

Esto no es un inconveniente, porque los tontilandeses son todos futbolistas.

Para ellos no hay placer comparable al de los puntapiés y pueden medirse con los jugadores de cualquier país, sin desmedro para el amor propio nacional, porque cuando ganan se llaman tontilandeses y cuando pierden se llaman "sudamericanos".

No hay memoria en los anales del fútbol de que los tonilandeses hayan sido derrotados.

Los sudamericanos si que no vencen casi nunca.

Todas estas cosas me las explicó mi guía, el viejo Vista de Aduana, a través de su bozal, en voz muy alta, "en precaución —según me dijo— de que alguien pudiera oírnos".

—Pero con esos gritos lo van a oír mucho mejor...

—No importa. Lo que aquí se castiga son las conversaciones en voz baja, los secretesos, los rumores... En voz alta se puede hablar lo que se quiere.

Yo no pude reprimir un gesto de extrañeza; pero el viejo se volvió hacia mí en actitud severa y me ordenó:

—¡No haga gestos! Si quiere decir algo, grite usted a todo pulmón.

Me puse las manos en la boca, como una bocina, y aproveché la oportunidad para preguntarle en el tono más alto que pude, adonde me conducía.

—¡No se lo puedo decir! —me gritó—. ¡Siga usted!

Ibamos por un camino hermosísimo de concreto armado, pulido y reluciente como el hierro de una plancha; pero, según el guía me explicó, el camino no tenía nada de plancha ni mucho menos de plancha económica. Había costado buenos pesos y para su construcción se había contratado un empréstito interno tomado espontáneamente por el Fondo de Periodistas.

—¿Cómo es eso?

—Sí, señor: Los periodistas tienen mucho fondo. Va a ser un gran negocio para ellos. El empréstito se servirá sobradamente. Además de la contribución de peaje, se ha pensado en imponer a los automovilistas un impuesto de choques y atropellos. Calculando un promedio de quinientos accidentes diarios a 50 centavos cada uno...

—¿Y si por desgracia para los periodistas los automóviles no chocan y el servicio del empréstito se hace imposible?

—¡Ah! Entonces ellos quedan dueños del camino. Pueden dividírselo. Les corresponde a razón de un metro cuadrado de concreto por cada periodista. Creo que no pueden quejarse.

Mi terrible guía tenía soluciones para todo.

Incliné la cabeza y continué marchando, bajo un cielo lleno de nubarrones tan negros como el porvenir que me esperaba en Tontilandia.

De pronto se descargó una espesa lluvia. El agua me calaba hasta los huesos, corría por el magnífico camino como por un cauce y amenazaba arrastrarnos.

—¿Qué vamos a hacer? Este es un verdadero diluvio...

—No le dé importancia. Deseche usted la idea de la lluvia y de la falta de paraguas. Son conceptos anticuados y anacrónicos. Cosas que echan a correr los desplazados. ¡Ríase usted de esas aberraciones!

No tuve más remedio que reírme.

A lo lejos se veía una especie de pagoda china coronada por una inmensa pelota de fútbol y un zorzal.

El vjejo me hizo una seña misteriosa y emprendimos la marcha con nuevos bríos.

## HORAS DE DIETA

Tontilandia, 24 de junio de 1928.

Sin duda alguna, el edificio más representativo de la isla es esa pagoda extraña, con sus cúpulas en forma de pelotas de fútbol, en cuya cúspide giran sendos zorzales a guisa de veletas.

Esta mezcla de zorzales y pelotas, según me expresó el guía, da una idea muy exacta de la idiosincrasia nacional.

Es muy probable; pero no sé por qué la versatilidad de aquellos pajarracos, dispuestos siempre a volverse del lado de donde sopla el viento, me produjo cierta tristeza.

Bajo ellos, en el primoroso e imponente pórtico de laca roja, se leía un letrero en gruesos caracteres dorados que decía: "Dieta Nacional".

—¿Es un Congreso o un restaurante? —pregunté al guía.

—Algo así —me respondió. —Aquí sesiona habitualmente el cuerpo digestivo o si usted quiere —lego-digestivo, porque debo decirle que en sus funciones gastronómicas hay algo de legal. La dieta y la función legislativa forman un solo conjunto. Trabajan comiendo como los rotarios. ¿Quiere usted verlos sesionar?

Subimos por una intrincada escalera de caracol a la tribuna de la prensa. El cuadro que desde allí se presentaba a la vista, no podía ser más interesante.

En un extenso semi-círculo, alrededor de una gigantesca paila de cobre, se agrupaban, cucharón en mano, sesenta y dos tontilandeses amarrados con otras tantas cadenas al fondo, donde hervía un caldo espeso.

Un penetrante olor a dieta de ave, o para ser más exacto, de gallina, hacía casi irrespirable la atmósfera del recinto.

Una particularidad de los dietarios, es que en lugar del bozal llevan en la boca una especie de corneta de caucho. De lejos parecen gramófonos.

—Cuando se lanzan a hablar deben producir un ruido ensordecedor —dije a mi guía.

—Sí, señor, antes era algo espantoso; pero ahora están descompuestos. Para no perder la bocina, la usan como embudo. Así no pierden una gota. No todos vienen, sin embargo, al comedor; los más dignos se hacen llevar la dieta a su casa. Pero calle, porque ahora ha comenzado la sesión.

Efectivamente, el caldo estaba en su punto y los dietarios, encucillados en torno del fondo común, comenzaban a agitarse.

—Señor presidente: ¿puedo meter mi cuchara en este asunto?

Lo puede, honorable dietario.

Acto continuo, el cucharón comenzaba su constante ir y venir de la paila al embudo.

De cuando en cuando un caballero de aspecto respetable sacaba del bolsillo un papelito, lo arrugaba en forma de pelotilla y, al descuido, se los dejaba caer en la paila.

—¿Y esos papelitos?

—Son proyectos de ley. Se los tragan sin saber cómo. Ya han despachado más de diez.

—¿Y si se atorán?

Mi guía se puso serio.

—No tenga cuidado. Todo está previsto.

Al que se atora una vez, se le echa para afuera y si vuelve a atragantarse, se le echa más afuera. Por eso no todos quieren venir al comedor. Por lo demás, ellos también echan de vez en cuando sus proyectitos en el caldo.

En realidad, algunos dietarios, con manifiesto disimulo, llenaban algunas carillas de papel y a la primera distracción de sus colegas, las revolvían con la dieta... por si pasaban...

De pronto, el viejo tontilandés, me apretó nerviosamente un brazo.

—¡Mire usted a ese bárbaro!

En el grupo de dietarios, casi todos morenos, se destaca-

ba un individuo rubio que, escribía afanosamente en un trozo de tabla.

—Es un proyecto de ley de matrimonio por horas —me dijo misteriosamente el guía. —Es la segunda intentona que hace, de lanzarlo... Vea usted cómo la tabla ha quedado nadando en el caldo... ¡Este rubio es un lince!

¡Ha salpicado a todos sus colegas y cree que no lo ha visto nadie!

—¡Pero piensa usted que un proyecto así puede pasar...! Mi guía se alzó de hombros.

—Yo creo que no cabe en el embudo..., pero ¡en fin!, todo es cuestión de gznate. ¡La dieta es tan buen lubricante! Le pedí que nos saliéramos.

El aroma de la dieta me había dado un apetito horrible y, contra mi voluntad, comenzaba interiormente a encontrarles razón a los dietarios.

Al salir, me encontré con uno de ellos.

—¡Feliz usted —exclamó al verme— que no está obligado a engullir como nosotros...! Pero tenemos que sacrificarnos por el país. ¡Qué sería de Tontilandia sin sus legítimos representantes! El correcto funcionamiento de los organismos lego-digestivos, es la piedra angular sobre la cual se asientan la dignidad de las instituciones, la intangibilidad de los derechos, la firme, augusta y severa comprensión de los deberes cívicos y la inconmutable, sobria, depurada y dinámica actuación de los representantes que en forma solemne, incontrarrestable, abnegada y tranquila...

Yo me alejé para no oírlo. Además, tenía muchos deseos de almorzar.

## LAS TONTILANDESAS

26 de junio de 1928.

La enfermedad nacional en Tontilandia es el bostezo crónico.

Todo el mundo anda aburrido hasta el punto que cuando un tontilandés se ríe, se presume de derecho que está ebrio y los guardianes lo llevan a la policía.

Con la permanencia en la Comisaría y la consiguiente multa el desdichado deja de reírse y toma el aire profundamente triste de sus conciudadanos. Entonces se le declara "en estado normal" y se le deja en libertad.

Esta tristeza nacional es el mayor encanto de la capital de la isla y las autoridades hacen cuanto está de su parte para mantenerlo.

Se han dictado reglamentos muy severos para que nadie ría ni converse pasado las diez de la noche. Conjuntamente se han tomado medidas para proteger el turismo.

Realmente es la ciudad ideal para turistas... de luto.

Hay que tener la vista acostumbrada para distinguir un paseo de un acompañamiento funerario. Los niños menores de un año, que no están acostumbrados al ambiente, optan por regresar al otro mundo. De ahí la enorme mortalidad infantil de Tontilandia. Muere el 50 por ciento. La población restante se la dividen por iguales partes los médicos y los autobuses.

Sin embargo, yo no sé cómo se las entienden, porque en Tontilandia hay siempre un superávit de difuntos. Esta entrada extraordinaria de cadáveres la producen los muertos de aburrimiento.

Afortunadamente, como se trata de operaciones de contabilidad, la operación queda saldada en esta forma:

Defunciones		Población
Menores de un año .....	50%	
Atropellados .....	50%	
Muertos de aburridos .....	50%	
		100
		-----
	150	100
Saldo para igualar .....		50
		-----
<b>TOTALES</b> .....	<b>150</b>	<b>150</b>

Para explicar esta diferencia, se dice que es solamente aparente, que se trata de una simple operación de caja o que los difuntos calculados no correspondieron a las expectativas que la estadística cifraba en ellos.

Los tontilandeses se dan por satisfechos y piensan que en el peor de los casos ha habido una importación subrepticia de cadáveres —¡el contrabando es tan difícil de extirpar!— y continúan bostezando gravemente.

De todos modos, para un extranjero, como yo, la capital sería inhabitable si no fuera por las tontilandesas. Son un encanto y se recortan todo desde el cabello a los vestidos. La falda y la melena siguen una progresión tan exacta que basta verles la cabeza para calcular el largo de la pollera y vice-versa.

Estas muestras de cortedad constituyen, sin lugar a dudas, el mayor atractivo femenino.

Además es un mentís a los que, fundándose en que las mujeres fuman, visten traje sastre, van al club, etc., aseguran que cada día se parecen más a los hombres. No hay confusión posible. Aun en el biógrafo, en que el teatro está obscuro, no se ha visto el caso de una equivocación.

Por desgracia para ellas suelen ser víctimas de la maledicencia o mejor dicho de la edad de los tontilandeses, porque éstos, en pasando de los sesenta años, se vuelven terriblemente moralistas.

Aprovechándose de su condición de neutrales, se mesan, indignados, el cabello blanco o se frotan la calva a ocho reflejos para exclamar en tono tétrico:

—¡Esto ya no tiene nombre! Las niñas, y aun las señoras llevan el traje a la rodilla, fuman y se pintan... ¡Cualquiera las tomaría por unas perdidas! ¡Hacen cuanto pueden por parecerse a ellas!

Lo que no ven estos tontilandeses es que estas últimas, en cambio, hacen todo lo posible por parecerse a las señoras: Visten muy serio, casi no se pintan y usan argolla de compromiso para que se las respete. La diferencia es, por lo tanto, bien notoria y se debe precisamente a que las señoras hacen lo contrario. ¿Qué sería de Tontilandia el día en que las mujeres serias no abusaran un poco del "maquillaje" para distinguirse de las otras, que tratan de pasar por tales?

Ignoro si mi calidad de turista me perturba un poco; pero creo que sería una utopía exigir que toda la población femenina fuera igualmente correcta. Así y todo, las tontilandesas son encantadoras. Sólo tienen un defecto y es que son intelectuales y económicas.

Y en Tontilandia las conferencias y el comercio minorista están en manos de los turcos.

La confusión entre ambos giros de negocio, produce resultados tan lamentables como pedir dos varas de satín a un literato o una disertación psicológica al dueño de una paquetería.

Es posible que con el tiempo esta dificultad se solucione con conferencias de distintos géneros —lana, seda o algodón— que lleven títulos tan pintorescos como: "La filosofía del terciopelo" o "El subconsciente del lienzo".

Entre tanto la situación literaria y comercial de la ciudad sufre una crisis. El comercio mayorista cierra sus puertas, porque no resiste la competencia de los árabes, y éstos se dedican a conferencistas y arruinan a los literatos. Total que nadie vende y todos hablan.

Todo por culpa de las tontilandesas. ¡Y pensar que, sin ellas, Tontilandia sería inhabitable!

## UN HOMBRE DICHOSO

Tontilandia, 9 de octubre de 1928.

Cretinópolis es una maravilla. se eleva al centro de la isla y cuenta con un cerro en miniatura, dos rascacielos de juguete, y una infinidad de casitas de adobe imitando yeso, de yeso imitando cemento y de cemento imitando piedra.

La imitación es tan perfecta que Cretinópolis, de lejos, semeja una torta de pastelería y de cerca no cabe la menor duda. Cada seis meses la pintan de otro color y queda como nueva.

Parece que en otro tiempo ha habido en la ciudad bastantes árboles; pero la autoridad los ha cortado para hacer "parques ingleses". Esta manera de fabricar parques, talando todos los árboles y plantas hasta dejar la tierra reducida a una copia fidedigna del desierto, es una especialidad de Tontilandia. Se da para ello como razón el que los tontilandeses son muy enamorados, y, en viendo un árbol cuya fronda los sustraiga a la mirada del guardián, no resisten al deseo de besar-se; pero lo probable es que la autoridad corte los árboles por temor a que se los coman, porque hay muchos naturistas y la caza de animales mayores sólo se permite durante los meses de invierno.

Además en Cretinópolis, reina el hambre, porque cada tontilandés tiene un automóvil y una casa, comprados, sin dinero, a treinta años plazo, y como todos tienen ambas cosas, y todos se sienten "clavados", no hay nadie a quien vendérselos.

Entre tanto la administración local necesita dinero, porque es buena y lo bueno cuesta caro. En consecuencia, hay un déficit que deben pagar los tontilandeses, que también tienen un déficit.

Para obviar esta serie de dificultades, la autoridad, con muy buen criterio, y bajo pretexto de celebrar el día de los inocentes —festividad nacional de Tontilandia— procedió a ordenar una nueva tasación de las propiedades.

Era lo único que quedaba por hacer. Es un hecho averiguado que la renta guarda íntima relación con el capital que la produce.

Si los propietarios no pueden pagar bastantes contribuciones, es porque no tienen suficiente renta y, si no tienen suficiente renta es porque las casas no son todo lo valiosas que debieran serlo. A fin de remediar el mal en sus mismas raíces, se alzó, pues, al cuádruplo la tasación de los inmuebles.

Esto ocurrió el 28 de diciembre a las 12 de la noche. El 29 de diciembre en la mañana, todos los tontilandeses amanecieron millonarios.

Para que no murieran de alegría se les subieron las contribuciones. Realmente la felicidad fué tan grande que un tontilandés que estaba en el octavo piso de un rascacielos de su propiedad, al sacar la cuenta de su riqueza por el impuesto con que había sido agraciado, se dejó caer de salto al suelo.

En lo más profundo del corazón de cada tontilandés, duerme el anhelo oculto de ser expropiado.

El 30 de diciembre, no pudieron funcionar las oficinas públicas. Todos los hombres de Cretinópolis —en la capital no hay más que funcionarios— subidos en lo alto de una escala, pegaban papeles blancos: “Se vende”, “se alquila”, “se permuta”.

Un comerciante norteamericano que, previendo las consecuencias del nuevo avalúo, había hecho el “trust” de la goma de pegar, quebró ruidosamente, porque los tontilandeses, en su precipitación por vender, pegaron los papeles con saliva.

Parecía que una inmensa nevada hubiera caído sobre la ciudad.

Trepado como una gallina, en el último peldaño de la escala, un tontilandés, en un raptó de expansión, me saludó sin conocerme.

—¿Verdad que estamos salvados? ¿Qué le parece a usted

que es extranjero? ¡Estoy ofreciendo en venta este palacio por la mitad de su valor! ¡Ahora sí que estoy seguro de venderlo!

Pero en Cretinópolis, las alegrías duran poco. Una semana después los ciudadanos habían vuelto a tomar ese aire grave y pungido, que es la característica de la raza.

Solo como un oasis en medio de la tristeza general, vi el rostro pálido del gordo que pegaba los papeles.

Se acercó y me dijo al oído.

—¡Estoy salvado!

—¿La vendió?

—No; la regalé.

Lo miré con espanto.

—Sí; mi amigo —la regalé...

Y con aire mefistofélico agregó: Se la obsequié a un enemigo, y cayó en el garlito... Ahora él es propietario... Cada seis meses tiene que pintarla: Si no, multa de cien pesos diarios. Y tiene que pagar contribuciones, y poner bandera. Si no, intereses penales, amenazas de embargo, pago de gastos judiciales... Y han duplicado nuevamente los impuestos y me avisa el corazón que van a tasar otra vez las propiedades! ¡Pobre prójimo! Pero lo tiene merecido: ¡El me hizo a mí una muy grande! ¡Qué la pague! Ahora él es propietario... y yo, feliz, no poseo un metro de terreno... no tengo donde caerme muerto... ¡Me río de los peces de colores! ¿Ha visto suerte más grande que la mía?

Y el gordo se alejó tarareando una canción.

## UN HOMBRE CON SUPERAVIT

Tontilandia, 14 de octubre de 1928.

Cuando llegué a la isla en calidad de náufrago, con sólo quince pesos en el bolsillo y sin tener idea de las costumbres del país, confieso que me sentía realmente preocupado.

Para pasar esta nerviosidad, mi guía me aconsejó que me instalara en el mejor hotel de Cretinópolis, me mandara hacer ropa y no me preocupara ni mucho menos hablara de la cuestión económica.

Como en algunos países los comentarios sobre las finanzas suelen ser mal mirados por la autoridad, el consejo de mi guía me pareció perfectamente razonable y me decidí a seguirlo.

Así he vivido un mes delicioso.

Sólo ayer, en vista de las reiteradas alusiones del dueño del hotel y del notable aumento de la correspondencia sastre-ril, comprendí que era llegado el momento de consultar a un abogado.

En mi país, cuando una persona debe cierta cantidad y está resuelta a no pagarla, consulta invariablemente a un abogado; pero mi guía me disuadió:

—No haga tal —me dijo— los jurisconsultos no entienden una palabra de estas cosas. Su caso es netamente financiero. Consúltelo con un economista.

En Tontilandia, por fortuna, todos son economistas: Los que no saben critican a los que saben y viceversa; pero como nadie sabe cuáles son los que saben, no hay manera de entenderse. De ahí que hasta la fecha nadie haya podido averiguar jamás en qué se diferencia un superávit de un empréstito, una entrada extraordinaria de un déficit de arrastre, o una suma

para igualar de un presupuesto financiado o de una deuda flotante.

Para mayor seguridad busqué, pues al primer economista de la isla; una verdadera maravilla de hombre —ex profesor, ex bombero, ex político desplazado, etc.—, que ha logrado vivir sin renta alguna, mediante un movimiento de letras y de cheques sin fondos que viene prolongándose desde hace cuarenta años. Es además autor de un texto, “La deuda como fuente de entradas”, considerado clásico por los financistas.

Tardó un momento en recibirme, porque estaba empeñado desde la mañana en una serie de emboque que no podía interrumpir.

—Enteré 4.030 —me dijo sacándose las gafas y dejando el emboque sobre el escritorio—. ¡Cuatro mil treinta! ¡Tres más que el director del Tesoro y uno más que el Ministro! ¡Un verdadero record! ¿En qué puedo servirle?

En dos palabras le expliqué mi situación: Dos mil cien pesos de deudas y quince pesos a favor.

Meditó un momento:

—¡Ah! ¡Ah! Entonces usted tiene superávit.

Le miré con ojos de espanto.

—No ponga usted esa cara —agregó— su situación es perfectamente clara. Sólo que usted la ha expuesto mal; mejor dicho, su ignorancia de nuestras costumbres, le ha hecho aplicar a sus finanzas privadas un criterio individualista, estrecho, y, por lo tanto, inaceptable. No le hago cargos a usted en particular. Los economistas de todos los países —Tontilandia es una honrosa excepción— aplican a las finanzas públicas un criterio diametralmente opuesto que el que ellos mismos aplican a sus propias finanzas. Así, por ejemplo, ellos rigen sus gastos por sus entradas, en vez de adaptar sus entradas a sus gastos, como lo hacen todos los Estados. Además, si no tienen con qué pagar recurren a una serie de subterfugios indignos. En cambio, los Estados lanzan billetes, contratan empréstitos, pagan con bonos y efectúan una serie de operaciones que los coloca en una situación muy ventajosa con respecto a los ciudadanos. Esto es absurdo. Los ciudadanos, que en conjunto

forman el Estado, no tienen por qué ser menos que él. Felizmente en Tontilandia hemos reaccionado...

—¿De modo que usted cree que la situación de mis finanzas no es sin remedio?

—Lejos de eso. Usted tiene un superávit.

—Pero si tengo sólo quince pesos y debo dos mil cien...

—Por lo mismo. Pero —¡por favor!— desentiéndase usted de ese prejuicio de mirar sus negocios propios desde un punto de vista diferente que el del Fisco. Usted tiene quince pesos. Bien: póngalos en el bolsillo derecho. Ese es su presupuesto ordinario.

Los otros dos mil cien forman el presupuesto extraordinario.

La exposición de sus finanzas puede usted hacerla en la siguiente forma:

Presupuesto ordinario .....	\$ 15
Presupuesto extraordinario .....	2.100

Los quince pesos no los ha gastado y son, en consecuencia, un superávit; los 2.100 los debe usted al sastre y al dueño del hotel y constituyen, por lo tanto, la contra partida de esos gastos.

Anote usted:

Presupuesto extraordinario .....	\$ 2.100	
Al dueño del hotel .....		\$ 1.200
Al sastre .....		900
		<hr/>
Sumas iguales .....	\$ 2.100	\$ 2.100

Como usted ve, le bastaría presentar así las cosas para mostrar que tiene en su presupuesto total un saldo a favor de 15 pesos; pero yo no se lo recomiendo.

Lo más práctico es que usted anuncie desde luego un superávit de 200 pesos. Con eso puede servir desde luego también un empréstito de tres mil pesos. Contrate usted ese empréstito y pague los 2.100 que debía y el superávit de doscientos

tos pesos que anunció. Le queda entonces un saldo líquido de 700 pesos; más los 15 que tenía, son 715 pesos. Ahora bien, con esos 715 pesos, puede usted servir sobradamente un nuevo empréstito por diez mil pesos al 7 por ciento. ¿Ve usted? Tiene ya por de pronto diez mil 15 pesos... Con esa suma está usted en condiciones de anunciar otro superávit...

—¡Basta! —le grité— ¡basta, por Dios! y huí de la oficina del economista con el andar torpe del que por primera vez anda en la cubierta de un barco. Los oídos me zumbaban y sentía una especie de mareo.

¡Realmente nunca había estado tan rico!

## HORAS FELICES

No es posible imaginarse la alegría que reina en Tontilandia. Antes parecía un país de tontos, pero ahora parece de locos. En realidad todos están locos de felicidad. Se abrazan unos a otros, o, para ser más exacto, unos a "otras" —en las calles, en las plazas, en donde se encuentran, y prorrumpen en unos vivas estentóreos al Gobierno.

—¡Viva Tontilandia! ¡Viva el Rey! ¡Mueran los mudos!  
¡Abajo los tenores!

Para comprender el alcance de estas exclamaciones, es preciso advertir que los tontilandeses son muy aficionados a la ópera y desde hace varios años contratan a precios inverosímiles todos los saldos de celebridades que encuentran en el mundo. El teatro de Tontilandia ha contado siempre con los más ilustres afónicos. De ahí su funesta costumbre de confundir a los tenores con los mudos.

Pero ahora la alegría de los tontilandeses no es a humo de pajas. En obsequio al décimo aniversario de su Dependencia, el Gobierno los ha autorizado para sacarse el "bozal". Tontilandia recobra el uso de la palabra. Cincuenta mil bozales han volado por los aires entre aplausos y vítores.

Es claro que no todos han podido hacer uso inmediato de la voz.

Un periodista me confesó, por señas, que estaba tan acostumbrado al silencio que le daba miedo hablar. Y otro que firma con el seudónimo de Trampolín, me dijo en voz perfectamente natural:

—Compañero, yo tengo un gran criterio práctico. ¿Qué se saca con hablar? Molestias, únicamente. En cambio el silencio es oro. ¿Entiende usted? El silencio es oro y un bozal bien administrado da más que una cantina... Yo no pienso sacar-

me el mío. Esto no quiere decir que no aplaude, como siempre, la medida del Gobierno.

En realidad, todo el mundo está contento. Hasta Gandules Serión que ha escrito varios libros en favor de "El Grillete obligatorio" con la esperanza de obtener un puesto público, y que a sí mismo se llama pomposamente "El filósofo de la represión", me tomó confidencialmente de un brazo:

—Por el momento puedo serle franco —me dijo. Un Gobierno dispuesto a proceder honradamente no necesita censura de prensa. Ella es útil simplemente para las autoridades secundarias que quieren abusar y tienen vergüenza de que se lo digan; porque, eso sí —hay que reconocerlo—, la censura es siempre una muestra de vergüenza. Como manifestación de pudor, yo la he aplaudido en mis obras anteriores. El bozal es el taparrabo de la arbitrariedad. Sobre esto escribiré, ahora, un nuevo libro. Se llamará: "La vuelta de Chaqueta". A ver si ahora sale el puestecito...

Y Gandules Serión se alejó meditabundo, entre una lluvia de bozales.

—¡Qué alegres están los tontilandeses! Por todos lados se ven caras sonrientes, murmuradores profesionales que buscan en vano auditorio para contar "el último rumor" y periodistas que sacan la lengua al sol para que no se les apolille.

Solamente, en un sitio apartado se ve a unos quince o veinte individuos que lloran a lágrima viva.

—Y esos, ¿qué son?

—Contribuyentes.

Me acerco a ellos, con lástima; pero mi guía me tranquiliza:

Lloran de felicidad. Creen que, al fin van a poder quejarse; y no hay manera de calmarlos. Cuando se les dice que las quejas se admitirán, pero sólo a condición de que sean "en forma levantada", se ponen de pie y siguen llorando.

Ha sido preciso advertirles que hay en estudio un proyecto de contribución a las lágrimas inútiles, para que repriman un poco sus sollozos.

Parece que el impuesto en cuestión, se asemeja un poco al de contribución de herencia, y grava las lágrimas vertidas

en los duelos, según el grado de parentesco de los deudos. Por los padres, el diez por ciento; por los abuelos, el veinte; por los tíos, el cuarenta, y, así, sucesivamente. Hay casos en que el impuesto sube de 120%. Esto por lo que toca a los deudos, hay otro impuesto especial para las lágrimas vertidas por las deudas.

—Pero si nosotros lloramos de alegría, exclaman. ¡Es tan delicioso lamentarse!

Total, que, a primera vista, en Tontilandia no hay nadie que no está agradecido y feliz con la nueva resolución gubernativa. Nótese, sin embargo, que digo “a primera vista...”. En el fondo hay dos clases de personas que no lo están sinceramente.

Los primeros, son los fabricantes de rumores: con prensa libre, no hay mercado posible para sus productos; y los segundos, son los memorialistas.

Hay en Tontilandia, por lo que he podido observar, alrededor de cinco mil ciudadanos que han estado aprovechando el régimen del bozal para escribir “memorias”. Estas memorias íntimas, destinadas a ser publicadas “algún día”, servían por el momento a sus autores de válvula de escape para que no les reventara el hígado y estaban destinadas, como es lógico, a formar la base de la historia del régimen. Con prensa libre, los historiadores futuros podrán disponer de otras fuentes y... ¡qué irá a ser del trabajo acumulado por los memorialistas!

Menos mal que algunos de ellos son escépticos y continúan sus memorias “por si acaso...”.

Por lo que a mí respecta, el entusiasmo me ha dominado en tal forma que me siento tontilandés de veras y aplaudo junto con todos.

Septiembre, 24 de 1928

"Siguiendo unos cursos especiales, hechos por profesores universitarios, ayer han recibido su título de profesionales especializados en cazar ratones y combatir la bubónica, seis inspectores sanitarios que prestarán utilísimos servicios".

"El Diario Ilustrado", enero 24 de 1929.

Hay mártires de la ciencia, y entre ellos deben contarse esos seis caballeros, que según la prensa han recibido su título de ratoneros, porque esta calificación que es honrosa en un foxterrier no tiene el mismo prestigio cuando se aplica a un ser humano.

A nadie se le ocurriría, en efecto, para hacer resaltar los méritos de un pretendiente decir de él a su futura suegra:

—Es un joven muy ratonero. Vale más que cualquier gato. Recíbalo usted en la casa y verá que, a la semana, no encuentra un ratón ni por casualidad. De las ratas no le aseguro nada, porque el joven no es "ratero"; pero, en cuanto a lo demás, es una eminencia...

—Pero, ¿es realmente bueno?

—Mejor que una trampa; ya le digo. Además no hay que molestarse en ponerle queso, ni en dejarlo armado. Funciona por sí solo, automáticamente, como un gato...

—¡Ay, señor! —suspirará la suegra emocionada— ¿y no maullará mucho en la noche?

—Señora ¡qué me dice usted! El joven es una alhaja: serio, silencioso, reservado y... con un gran porvenir.

—¡Así será, pero yo, para mi hijita, quisiera algo más que un gato!

El patrocinante tendrá entonces que entrar a demostrar

a la señora que no hay mucha diferencia entre un muchacho cazador y un muchacho casadero; que es una verdadera ganga tener un yerno que cace los ratones; que la caza de estos últimos es un sport tan respetable como la de perdices o conejos y que tiene sobre ésta la ventaja de ir acompañada de un buen puesto en la Dirección de Sanidad.

Por otra parte, la caza del ratón es sólo el primer paso, el peldaño inicial en su carrera, porque el ratón tiene pulgas, y las pulgas tienen microbios de peste bubónica. El ejercicio cinegético se va haciendo así cada vez más minucioso y complicado. De la caza mayor, que es la de la rata, se pasa a la menor que es la de la pulga, para llegar a la minúscula que es la del microbio, último fin que se persigue.

Porque los ratones no se pillan por el gusto de cogerlos, sino por incautarse de los parásitos, portadores del contagio.

Esta superposición de cazas sucesivas, marca etapas perfectamente definidas y justifica, a mi juicio, la creación de un Departamento de Ratones. El grado más bajo del escalafón corresponderá a los expertos ratoneros y el más alto a los cazadores de microbios. Entre una y otra sección, estará el personal encargado de pillar las pulgas. En esta oficina es probable que se pueda dar ocupación al elemento femenino que, sin duda alguna, es el más apto para esta clase de trabajo.

No faltará, pues, en el servicio, cuya creación insinúo, ni siquiera el encanto de los ojos soñadores y las boquitas con "rouge". El personal de técnicas pulguistas, suplirá la falta de dactilógrafas, y la oficina será un ideal y ofrecerá amplias y seguras expectativas de ascenso.

Naturalmente, el público tendrá que familiarizarse con la idiosincrasia de la nueva repartición.

En un principio el visitante extrañará un poco.

—¿Está el señor director?

—Espérelo un momento. Está cazando ratones.

—¿Y la señorita secretaria?

—Está pillando pulgas.

—¡Caramba! Por lo que veo aquí no trabaja nadie.

—Todo lo contrario: Cada cual está cumpliendo su deber. Y efectivamente, si el visitante piensa un poco, se con-

vencerá de que su interlocutor tiene razón y que esos hombres que, cazando pulgas y ratones, se exponen a las bromas de sus conciudadanos, cumplen una misión más efectiva en favor de la salud pública que muchos que llevan títulos más llamativos que el de perito ratonero o experto en pulgas infestadas.

Enero de 1929

A cualquiera se le ocurre que el Código Penal ha de ser una cosa seria.

Este prejuicio, si bien ha limitado la criminalidad, ha envuelto, en cambio, a la legislación penal en una atmósfera de temor y antipatía.

Es preciso agradecer al proyecto de reforma basado en el principio de Ferry: "no hay delitos sino delincuentes", el haber sabido dar al nuevo código esa nota risueña que tanto se echaba de menos en el otro.

Por de pronto, uno lo lee y se convence de que en Chile hay criminales, pero no criminólogos, lo que hasta cierto punto no deja de ser una ventaja, pues en la vida normal es más fácil escapar de un delincuente que ponerse a salvo de un criminalista.

Ajenos a las actividades de unos y otros, los autores del proyecto han podido redactar el nuevo código con absoluta independencia, no sólo de los principios jurídicos corrientes, sino también de la gramática.

El antiguo delincuente aparece reemplazado por el "agente culposo", término que, como se ve, es tan bien hallado como el de "culpable agentoso", "culposo agentable" y otras variaciones por el mismo estilo.

La pena de muerte ha sido suprimida, en vista, según dice el mensaje, de que ella no lograba asegurar la "inocuidad" del delincuente. A primera vista parece que no hay nada menos agresivo y por lo tanto más inocuo que un reo difunto; pero este temor un tanto supersticioso de que el delincuente pueda reincidir después de fusilarlo indica, en todo caso, un alto espíritu de previsión. A lo mejor, a un tipo lo fusilan y comienza a cometer asesinatos para vengarse de la sociedad

o de los jueces que lo condenaron. Y hay que reconocer que un "delito culposo" —así lo llama el nuevo código—, cometido por un muerto reincidente y contumaz, debe dar mucho que hacer. Es claro que la Sección de Investigaciones daría fácilmente con su paradero, pero, ¿cómo castigarlo nuevamente?

Sacarlo del nicho para llevarlo a la cárcel sería mejorar-lo de celda, sin provecho alguno para la colectividad.

El espíritu humanitario de que el código da muestras con respecto a los grandes delincuentes, candidatos al patíbulo, queda, en cambio, compensado con una gran severidad en contra de los que aun no han cometido actos punibles.

"Los individuos que, con motivo de la ejecución de hechos que los hagan socialmente peligrosos —dice el artículo 53— "sea de temer que delincan", serán sometidos a las medidas de seguridad de que trata este título".

Esas medidas, que varían desde el internamiento en un manicomio hasta la sujeción a la vigilancia de la autoridad, sin olvidar la "expulsión de extranjeros", que maldito lo que debe importarle al detenido criollo, parecen destinadas a demostrar a éste la conveniencia de cometer pronto un delito, en vez de quedarse en meras intenciones.

"La medida de internamiento será absolutamente indeterminada —dice el artículo 66— y durará hasta que el sujeto esté sano o corregido, o rehabilitado para la vida social".

La prisión preventiva reemplaza, pues, admirablemente al presidio perpetuo. He aquí una enérgica lección para aquellos que, estando predispuestos, no han delinquido todavía.

La única manera práctica de poner término a la reclusión parece ser, en efecto, la de cometer un acto delictuoso que lleve aparejada una pena razonable.

Esta tendencia natural del proyecto a propender al desarrollo de la criminalidad por medio de sanciones adecuadas a la falta de "culposidad", queda bien de manifiesto con el conjunto de sus disposiciones: así, la pena de muerte que se suprime para los culpables, rige en todo su esplendor para

ciertos inocentes que, sin culpa alguna de su parte, parecen manifestar cierta curiosidad de asomarse a la vida (1).

¿No es una crueldad privar a esas criaturas del placer de leer, andando el tiempo, esta reforma del Código Penal? ¿Qué tienen de "culposos" esos niños para impedirles ese pequeño esparcimiento?

Mayo de 1930.

---

(1) El proyecto permite a la mujer, en ciertos casos, recabar del juez autorización para poner fin al embarazo.

No es una ganga ser rotario: Colocarse la ruedecita simbólica en el ojal y exponerse a la curiosidad malsana de los transeúntes, es todo uno. La gente no se explica la idiosincrasia de esos hombres grandes que se estropean mutuamente las horas de almuerzo con latas insoportables acerca del mejor medio de exterminar el gorgojo o evitar el flato en los recién nacidos.

No piensa el público que el ser rotario, implica una gran bondad de corazón, unida a una modestia casi franciscana, que da por colmadas sus aspiraciones con decirse a sí mismo "Soy rotario", como pudiera decirse: "Soy inofensivo" o "Me gusta jugar a las bolitas".

El solo hecho de figurar entre los rotarios, hombres inteligentes que no se ríen ni por asomo de sus demás colegas, manifiesta hasta qué punto es seria la institución, que tan bien sabe armonizar los esfuerzos del cerebro y del estómago, en un movimiento unísono de mandíbulas y de beneficencia.

La ruedecilla dentada no es un símbolo de redondez y buenos dientes, sino un distintivo que señala la enorme diferencia que existe entre la turbamulta que trabaja para comer y el grupo abnegado y selecto que come para trabajar.

No es extraño, pues, que atraídos por ese curioso método de actividad, los hombres de las profesiones más variadas, —médicos, ingenieros, comerciantes, gastrónomos y políticos—, figuren en sus filas.

Ni siquiera faltan los héroes.

En la última sesión del "Rotary Club", en Valparaíso, a pedido del presidente, don Juan Manuel Valle, ingresaron, de hecho, a los rotarios, Arturo Prat y demás héroes de la epopeya de Angamos.

"Mediante el heroísmo demostrado en Iquique —dijo el señor Valle— el mundo se dió cuenta del valor real de esta ra-

za, capaz de los más grandes sacrificios por el común bienestar del país; manifestó que esos valientes marinos, al dar su vida por los demás, hicieron obra rotaria al darse por entero, sin pensar en sí”.

Sin duda alguna, ni Prat, ni Condell, ni Serrano, se dieron cuenta en el momento mismo de su sacrificio de que estaban haciendo “obra rotaria”, y la noticia del señor Valle debe haberles caído como bomba en el sereno sueño de la Inmortalidad. El entusiasmo bélico no les permitió darse cuenta de la feliz coincidencia entre la frase “¿Ha almorzado la gente?”, de su capitán, y la acción heroica en que tomaban parte; pero es claro que esa simultaneidad entre el almuerzo y el sacrificio por la patria, justifica de sobra la atinada observación del señor Valle: Esos hombres que almorzaban y padecían, a un mismo tiempo, por el triunfo de un ideal, hacían “obra rotaria” sin saberlo, como aquel personaje de Molière que hablaba en prosa sin darse cuenta de ello.

—¡Desventurados héroes que murieron sin saber que eran colegas de don César Cordovez y don Juan Manuel Valle! De seguro habrían tenido un verdadero agrado en conocerlos y llevar sobre sus flamantes uniformes la ruedecilla dentada como la más cara y preciada de sus condecoraciones.

Menos mal que la justicia histórica se ha impuesto al fin, y cuando llegue al otro mundo un hombre ilustre que se interese por conocer al heroico capitán de la Esmeralda, éste podrá darse el gusto de confundir al curioso, con la importancia de su nuevo título.

—¿Usted, señor Prat, es héroe?

—No, señor: Soy rotario.

Y ante tal contestación, la preguntona sombra, se descubrirá con respeto ante su colega de inmortalidad. Salvo que el otro sepa lo que es un rotario y se ría en las propias barbas —esas barbas negras heroicas—, del audaz marino.

Mayo de 1930.

## CARTA A MI COMPADRE

Hacienda "Las Alforjas".—Junio 28 de 1929.—Señor don Hilarión 2º Rojas.—Peleco.

Mi apreciado compadre:

No sabe el gustazo que me ha dado verlo salir de nuevo a cancha con la voz tan clara, después de esa media ronquera que lo tenía más callado que mula en tiempo de moscas. Créame que cuando lo veía mudito junto al brasero, o bien, haciéndose el leso por la orilla del empapelado para no contestar lo que le preguntaban, sin asomarse ni a la puerta, porque decía que estaba resfriado y no quería salir para más afuera, me daba una pena que, no le miento, ni cuando se me murió el toro roano he tenido una parecida.

Perdóneme que se lo diga, pero yo no encuentro cosa de hombre andarse cuidando tanto y pasarse los meses enteros, como usted se lo pasaba, calladito y tomando dieta que no sé cómo a usted mismo no le repugnaba.

En fin; gracias a Dios que se alivió, aunque no pueda gritar mucho. Con que le salga la voz, yo me conformo.

Aquí, fuera de la muerte de la señora y tres chiquillos que me los agarró esa epizotia nueva que llaman escarlatina, estamos sin novedad. Por fortuna, este mal no le da al ganado porque, como los pacientes se despellejan lo mismo que si les pasaran lija, los cueros quedan inservibles y sería mucha pérdida.

Al fin, por el ingeniero que vino a tasar el fundo, tuve noticias de la Petronila, que no sabía nada de ella desde la primavera y la daba por perdida. Pero no es así. Está en Santiago empleada de "bataclana" y aunque el sueldo no es muy bueno, está contenta, porque no tiene que gastar ni cobre en ropa, y el trago se lo paga un caballero de respeto. Lo malo es que la chiquilla, como ha salido a mí, no quiere que la pasen por el Civil.

Por lo que a mí toca, con el préstamo de la Caja, voy a quedar muy rico y no sería raro que este año me resulte con "superávit", como dice el boticario cuando puede feriar a los amigos.

La semana pasada anduvo por aquí don Isma (1). Venía a cazar leones, que es una maña que agarró cuando era joven.

Yo le dije que por estas serranías no quedaba ninguno, porque el último se lo guindaron hace más de tres años; pero él me dijo que eso no importaba, porque con la guerra europea las cosas habían cambiado mucho y a lo mejor el león resucitaba, así es que había que seguirle disparando. Y se largó como un celaje cerro adentro, largando tiros al aire, por si acaso, y espantando a los zorzales y demás "plumarios". Esta palabrita se la aprendí a D. Isma, cuando era periodista. Yo me quedo con el alma en un hilo, porque tengo mucho aprecio por D. Isma. Ahora, con tanto tiro al tún-tún, a lo mejor va acriminarse.

Mucho me he alegrado de que usted, mi querido compadre, esté ahora en tan buenas amistades con la autoridad: A nadie le falta algo que pedir; "contimás" que las contribuciones nos hacen humear y los gringos no quieren comprar trigo.

Tengo que pedirle, también, que me consiga un empleo para mi hijo Roque, aunque más no sea en una superintendencia, en la prensa o en la claqué de algún teatro. En lo que toque. La cuestión es que gane algo. El chiquillo es harto bueno: Le funciona la mollera, escribe como caballo, tiene unas manos macanudas para aplaudir y donde usted lo ponga no lo dejará mal puesto.

La cosa es que usted se acuerde del pedido que le hace su compadre y no lo eche en saco roto.

No voy a verlo personalmente, porque aquí el vecino acaba de perder el juicio —ese juicio que tenía desde hace más de treinta años con don Lepe— de resulta de lo cual, don Lepe, que es el ganancioso, va a tener que devolver nada más que medio potrero y nosotros vamos a darle una comilona pa-

(1) D. Ismael Edwards Matte.

dre para celebrarlo (2). Ya tengo un chanco listo para la fiestoca. En cuanto se lleve a efecto y se me pase la mona, voy a verlo.

Entre tanto, disponga como siempre de su compadre.

*P. LILLO.*

---

(2) Se preparaba en aquellos días un banquete para celebrar la solución del problema de Tacna y Arica, mediante la entrega de una parte de ese territorio al Perú.

Hace poco, Daniel de la Vega, en un ingenioso artículo, comentaba las diversas expresiones de los que, al visitar el salón de Bellas Artes, sufren el primer contacto con la pintura moderna. Los rostros de esos desdichados —desde el que abre los ojos con espanto, hasta el “macuco” que toma la cuestión con buen humor, pasando por el que trata de entender y el que se indigna ante la estafa de que se cree víctima —han sido maravillosamente delineados; pero Daniel de la Vega se ha olvidado de uno: El semblante bobalicón y satisfecho del tipo que mira sin gran entusiasmo, pero con delectación no exenta de filosofía, los progresos del arte moderno. Ese soy yo.

Sería un cobarde si, por temor de ser tildado de “incomprensivo”, dijera que me emocioño ante los innumerables tios de uso doméstico —teteras, platos y botellas, raudal de inspiración para nuestros artistas— no mucho menos que comprendo por qué aquellos artefactos colocados en una mesa con una inclinación de treinta grados no ruedan y se hacen trizas para bien de sus autores y de quienes van a contemplar sus obras.

La teoría de “dar importancia a los volúmenes” y de buscar nuevos rumbos al arte, aún cuando por el momento, siguiendo la senda se llega sólo a esa estación que antes llamábamos el mamarracho, no logra convencerme de que las mujeres para merecer los honores del retrato, deban ser color pizarra o verde nilo, poseer a lo sumo un pecho, y tener la cabeza ligeramente menor que el dedo grande del pie. Pero todo esto no impide que reconozca en tales cuadros otras cualidades que compensan de sobra esas molestias.

Por de pronto, el cuadro moderno, especialmente el de forma alargada, tiene más aplicación en el hogar. Como no se sabe con mucha exactitud desde qué punto está enfocado el tema y los planos se entrecruzan con una velocidad de cin-

co a seis "whisky-sours", no existe ese antiguo prejuicio de las verticales y las horizontales que tanto dificultaba el ornato doméstico. El cuadro moderno se adapta mejor a los espacios libres. Si el trozo de pared es grande, pueden colocarse a lo ancho; si es estrecho, con cambiarle el cordel y colgarlo verticalmente, todo se arregla.

La pintura moderna, como que está calculada para una época de lucha de clases, soluciona en gran parte la cuestión social.

Ante las nuevas obras de arte, no se producen esos resquemores que engendraba el arte clásico. La mayoría de los visitantes que van a una exposición, no son hombres de fortuna. El mundo está arreglado en tal forma, que los que aman la pintura no tienen dinero para comprar cuadros, y los que tienen dinero no gustan de la pintura.

Gracias a este sistema de compensación, los artistas no ganan un centavo, los aficionados al arte se repelan y los millonarios compran las pinturas peores y se ponen en ridículo.

¡Cuántas veces he visto en los salones a los pobres "amateurs" mirando con ojos de envidia la obra de arte que nunca será suya!

Ahora es distinto. Uno mira las producciones modernistas y mentiría si dijera que siente el menor deseo de poseer alguna.

Hasta llega a bendecir la pobreza que lo libra de todo compromiso con el amigo que ha pintado el cuadro.

—¡Con tal de que a éste bárbaro no se le ocurra regalármelo...! se piensa. Es el único sobresalto.

Y en cambio, ¡con qué vil satisfacción de amargado, se mira al "snob" o al nuevo rico que, por dárseles de entendido, "se ensarta" con la telal

Nada: digan lo que digan yo estoy por el arte moderno. Es el único que evita las diferencias inherentes a la naturaleza humana, que en vano trata de borrar el comunismo. Es la solución de la cuestión social; es el arte democrático por excelencia.

“La elección parlamentaria última, por ejemplo, implica un alto grado de cultura cívica, y puede ser exhibida como un caso ejemplarizador de progreso democrático.

“La Nación”, 6 de marzo de 1930”.

Ha hecho bien “La Nación” en señalar este “caso ejemplarizador de progreso democrático” para dar un mentís a toda esa turba de ingenuos que no creen que el 2 de marzo hubo elecciones y siguen esperándolas con la paciencia de los judíos que aguardan la venida del Mesías.

Gente prosaica y materialista presta crédito tan sólo a sus sentidos y como no vió a nadie ir a las urnas, duda de que el electorado nacional haya elegido en una forma tan ordenada y silenciosa a sus legítimos representantes.

Los que así piensan desconocen el espíritu altamente democrático de la ley electoral de 1925, cuyo ideal fundamental parece haber sido aliviar tanto a los candidatos como al electorado de las molestias inherentes al sufragio popular, encomendando esas funciones a los cinco presidentes de partido y al director de Registro Electoral.

“No fué voluntad del Gobierno —dice “La Nación”— que el acto electoral último quedara finiquitado con la presentación de candidaturas. Ello se produjo automáticamente como consecuencia ineludible de una de las disposiciones de la Ley Electoral que rige a este respecto desde 1925”.

Producida automáticamente la elección y prestigiada a mayor abundamiento con el arbitraje del Ministro del Interior, “el Gobierno aun en el caso de haber deseado provocar una lucha en las urnas no habría podido hacerlo”, como dice con mucho acierto “La Nación”.

Ahora bien: ¿Se ha visto algo más perfecto que una elección que se produce automáticamente sin que nadie, ni el Gobierno ni los propios electores, puedan impedirlo?

Yo creo que a lo menos desde el punto de vista del progreso mecánico, no es posible imaginar nada mejor. No interviniendo en el acto electoral ni el Ejecutivo ni los ciudadanos, no puede hablarse de intervención gubernativa, ni de cohecho, ni de fraude, ni de ninguno de esos vicios que podían malear una elección o falsear sus resultados y los nuevos congresales pueden entrar al Parlamento, limpios como una patena y con la frente muy alta.

Es posible que el país no los conozca; pero eso no quiere decir nada, porque se los imagina desde luego.

Por otra parte, el hecho de que esos diputados no deban su elección sino a un número muy reducido de personas, los libra de infinitos compromisos. Nada tienen que agradecer al resto de los ciudadanos y como en la mayoría de los casos éstos ignoran hasta la existencia de sus representantes no podrán importunarlos con peticiones y empeños.

El diputado sintético, a diferencia de aquellos diputados naturales que llegaban a la Cámara cargados de compromisos, procederá con suma independencia.

No existirá para él ese espíritu de estrecho regionalismo que hacía a los otros preferir el interés de su departamento a las conveniencias generales del país. Dentro del automatismo que los ha generado no hay razón para creer que representan a Arauco o a Copiapó, a Chonchi o a Melipilla.

Ayer me presentaron a uno de ellos:

—¿Usted es diputado por...?

—Por Bermúdez —se apresuró a contestarme. Comprendí que se trataba de un hombre excepcionalmente verídico y sentí de todo corazón no haber podido ayudarle con mi voto.

A mí me gustan estos congresales surgidos espontáneamente como las callampas que se alzan blancas y puras entre el fango negrusco o la paja descompuesta de las eras. El sufragio popular no los ha contaminado y se elevan por sobre la decantada podredumbre de la politiquería con esa gracia efi-

mera e ingenua de los hongos, que pueden ser dañinos, pero son siempre gratos a la vista. Al mirarlos uno se olvida de dónde y cómo nacieron y piensa con "La Nación" que "al hablar del funcionamiento democrático que importan las elecciones en Brasil, Colombia y Argentina, no es justo ni menos patriótico silenciar el acto cívico de elevada cultura que implica también la renovación del Parlamento de Chile".

Tengo la satisfacción de comunicar a los lectores que dentro de poco, gracias a la iniciativa del doctor Orellana, tendremos una epidemia.

Será una epidemia rara, al alcance de todas las personas cuyas pantorrillas sean del agrado de los perros locos.

Cualquiera podrá contraerla. Para ello no se requiere tener piernas tan elegantes y bien perfiladas como las que pinta Kitchener. Basta tenerlas simplemente: Los canes son menos exigentes que los hombres en materia de pantorrillas. Puede, pues, el lector cooperar, a la medida de sus carnes, al establecimiento de la nueva enfermedad.

Sería injusto, sin embargo, culpar al doctor Orellana y aún a los perros hidrófobos, de la epidemia en perspectiva. Estos últimos, en calidad de locos, son irresponsables, y, en cuanto al facultativo, no ha hecho sino cumplir con su deber.

Se trata de una epidemia producida por ministerio de la ley.

Como lo ha manifestado el doctor Ferrer, el artículo 158 del Código Sanitario establece que cuando haya más de cien personas mordidas por perros locos, puede declararse la existencia de la epidemia de hidrofobia.

Las víctimas pasan ya de cuatrocientas, y el doctor Orellana, en cumplimiento de la ley, pide que se declare la epidemia.

Es evidente que si el artículo 158, en vez de fijar el máximo de cien hidrófobos, hubiera señalado el de quinientos, la epidemia no existiría todavía. Por culpa del artículo 158 vamos a tener ahora una epidemia.

¿No convendría derogarlo?

Yo comprendo la utilidad de las enfermedades que son la única razón para no rebajar el presupuesto de los servicios sanitarios; pero es preciso confesar también que, en este país

en que desde hace un año se busca desafortadamente una epidemia, va a ser ridículo estrenarse con una de hidrofobia.

Po otra parte, no sé hasta qué punto los canes se van a dejar intimidar por la declaración gubernativa que solicita el doctor Orellana. Es posible que los perros —a fuer de locos— no hagan en un principio el menor caso del artículo 158 y sigan mordiendo con igual ahinco a los inofensivos transeúntes; pero luego verán las consecuencias.

La manera de evitar estos mordiscos, según el artículo 158 es, como ha dicho muy bien el Dr. Ferrer, "colocar avisos en los diarios y lugares más concurridos por el público, indicando las medidas precautorias que deben adoptarse contra los perros"... Todo esto, naturalmente, sin perjuicio de otros ardidés más anticuados, pero tal vez más efectivos, como los de advertir a los dueños de los canes "que no deben permitir que éstos salgan a la calle o, en último caso, deberán colocarles morrales a fin de impedirles que muerdan".

Ve, pues, el lector, que la declaración de epidemia no es una cosa tan inofensiva. ¿Qué perro, por loco que sea, se atreverá a morder cuando sepa que se van a publicar esos avisos en las calles? ¿Qué animal, por ignorante en leyes que se le suponga, no comprenderá la gravedad de las medidas precautorias que van a adoptarse en contra suya? Y por último, para los contumaces, queda el recurso del "morrál", que equivale, en términos parlamentarios, a la clausura del debate.

¡Qué gran artículo es el 158! Sin él no tendríamos epidemia; pero sin ésta no tendríamos perros con bozal.

Y puesto que para poner bozal a los perros es requisito indispensable la epidemia, venga ésta sin tardanza.

¿Quién no acepta el cambio de un "morrál" por una epidemia?

Eso si que la Dirección de Sanidad debe estar atenta a la estadística de los mordiscos; pues, desde el momento en que éstos bajen a noventa y nueve debe derogarse el decreto de epidemia, ya que no sería justo seguir manteniendo disposiciones que, sin lugar a duda, molestan a los perros.

La epidemia sería entonces ilegal.

## AYER Y "HOY"

Ahora resulta que los amigos del señor Ibáñez tenían ideas claras de Gobierno y sabían al dedillo la manera de salvar al país.

Si no las pusieron en práctica en cuatro años de autoridad sin contrapeso, fué sólo por darse el gusto de vernos reventados, y si no explicaron antes sus teorías fué únicamente por urbanidad: Carreño aconseja no hablar cuando se está con la boca llena.

Raspada la olla y terminado antes que el apetito, el suculento almuerzo, pueden ahora dar consejos al señor Montero.

Es una lástima que no lleguen hasta el público. Los hombres nuevos han quedado con más fama de gastrónomos que de periodistas, y la gente se desentiende de sus interesantes opiniones en materia política y administrativa.

Es un error.

En "Hoy", revista fundada por un grupo de personas interesadas en hacer olvidar el ayer, esos consejos al Gobierno aparecen prestigiados con el encanto de lo inédito.

Como una primicia, entregamos al público las opiniones de los expertos autores de la bancarrota nacional.

\* \* \*

Según "Hoy", la genial obra de don Carlos Ibáñez amenaza derrumbarse. Hay déficit y el Ministro no lo confiesa: Falta el hombre que diga que hay superávit.

Vamos por un plano inclinado hacia la inconversión: Se echa de menos un Ministro que contrate unos tres mil millones más de empréstitos, enajenando al extranjero los últimos saldos del país.

La paz industrial está otra vez quiebrada: A los obreros

que defienden sus derechos no se les fondea, ni siquiera se le envía a Juan Fernández.

La especulación ha vuelto a tomar su sitio en la Bolsa de Comercio: Se lamenta la ausencia de los hombres públicos, que la suspendían oportunamente, entregaban la venta de los bonos a un corredor determinado, y tramitaban en reserva negocios, como la Cosach.

Las leyes sociales han sido reformadas: Ni siquiera se ha dejado a los pobres erogantes que acaben de perder lo que depositaron en las Cajas de Previsión Social.

Los presupuestos ¡qué horror!, penden todavía en febrero de la aprobación del Congreso elegido libremente por el señor Ibáñez.

Es claro que en estas condiciones el país no puede marchar. La obra del señor Ibáñez ha quedado inconclusa como el rascacielo del Ministerio de Hacienda.

Para colmo de desdichas, como le faltan las ventanas, el monumento se ve hueco.

Hace bien la revista "Hoy", en cubrirlo con unas cuantas frases:

"El concepto económico en la dirección del Estado ha sido desplazado por un borroso concepto político".

"Los partidos que emanan estas reacciones —¿se refiere también al Radical, que tiene influencia decisiva en el Gobierno?— no pueden llamarse conservadores. Mejor podrían denominarse provocadores".

"Los verdaderos partidos conservadores son los moderados de médula socialista...".

Bueno: A la revista "Hoy" todo esto le llega a la médula. ¿Cómo solucionar tales problemas?

\* \* \*

El quid de la cuestión, según los estadistas en receso, está en la distribución de la riqueza.

"No debiera haber en nuestro país —dicen— una cuestión de capital y anticapital. La discrepancia de fondo está en cómo debe usarse el capital para que cumpla sus fines sociales".

Parece que el mejor medio, es que el Gobierno acapare a fuerza de contribuciones, empréstitos extranjeros y concesiones más o menos raras, todo el dinero posible y proceda a repartirlo entre sus adeptos. Así el capital cumple sus fines sociales a entera satisfacción de los beneficiados.

El señor Ibáñez tuvo solucionada la cuestión, y de ahí la admiración que todavía despierta su administración.

El "Gobierno de elementos políticos disociados de la ciencia económica" como llama "Hoy" al del señor Montero, no supo apreciar las ventajas del sistema intensivo de reparto, puesto en práctica por su antecesor.

Sin reparto o, para hablar en términos más pulcros, sin "good will" no hay popularidad posible.

Cierto es que esta "buena voluntad" resultaba un poco cara. El "good will" a Guggenheim costó 300.000.000; el "good will" del señor Ibáñez, un millón, además de lo que él se asignó en sueldos; el "good will" de diversos senadores, se tradujo en una compra general de propiedades; el "good will" de los periodistas oficiales, dejó una pérdida de más de diez millones a la Empresa de "La Nación"; y así por el estilo.

Esta justicia distributiva es la que ha dado por resultado la abundante producción de cesantes con que cuenta el país.

Con lo que recibió uno solo de los redactores de "Hoy" en los últimos seis meses de la Dictadura, habría para alimentar varios centenares de desocupados.

Los que están en la miseria encuentran, tal vez, que el capital no ha cumplido sus fines sociales: pero los que lo gastaron no piensan del mismo modo. ¿Cómo van a discutirles que no tenían fines sociales, puramente sociales, sus palacios, sus fiestas y sus automóviles?

Por lo demás, este desacuerdo es sólo aparente. Como observa muy bien "Hoy", el capitalismo y el comunismo no se oponen entre sí. "Los términos antagónicos son en realidad individualismo y colectivismo, y la práctica de los ensayos que estamos presenciando, demuestra que con ambos está conviviendo el capital. En Italia como en Rusia, y en el programa Nazi de Alemania, se destacan formas de un gran capitalismo de Estado".

Aunque los ejemplos no son tentadores, ya lo sabe el público: La verdadera solución está en el capitalismo del Estado.

¡Lástima que después del paso por las esferas del Gobierno, de los estadistas que aconsejan la medida, el Estado no tenga capital!

Los estadistas en receso han hablado un poco tarde: Las soluciones de ayer habrían podido servirnos para hoy; pero las de "Hoy" no nos sirven ni siquiera para olvidar lo sucedido ayer.

25 de febrero de 1932.

## PANEGIRICO

Sucede con la ironía lo que con la navaja de afeitar: Hay que verla en manos de un inexperto para apreciar debidamente sus terribles consecuencias.

Con la mejor intención del mundo, el desdichado figaro pasa a llevar al cliente las orejas, se corta él mismo los dedos y provoca un espectáculo que, en fuerza de grotesco, no alcanza siquiera a trágico.

Las almas mejor puestas, los corazones más sencillos, no pueden contener la hilaridad a la vista del desdichado peluquero y su inocente víctima.

Es lo que ha sucedido a don Arturo Merino Benítez, ex jefe de Aviación y actual inventor de un salero automático, al caer en manos del autor de "Ironía y Sentimiento", don Angel Custodio Espejo.

El improvisado Fígaro, pretendiendo embellecerlo no ha hecho otra cosa que sacarle el cuero.

\* \* \*

Es probable que el señor Merino Benítez no haya elegido a su defensor. Si ha caído en el autor de "Ironía y Sentimiento" ha sido, de seguro, contra su voluntad.

La especialidad del señor Merino Benítez son los aterrizajes forzados.

Hay hombres que cuando van en hidroavión amarizan en la tierra, y cuando llevan tren de aterrizaje se dedican a la navegación; pero estas equivocaciones, aunque suelen costar algunas vidas al Ejército y algunos millones de pesos al Erario, son tortas y pan pintados comparados con caer violentamente de las nubes y pasar de Subsecretario de Aviación a defendido de don Angel Custodio.

Ni los pingües sueldos, ni los viajes de turismo a costi-

llas del Estado, ni las gloriosas travesías en Junker submarino, pueden compensar una desdicha semejante.

Don Angel Custodio es un hombre implacable. Ni siquiera se escatima el ridículo a sí mismo.

“Merino —dice— surge de repente en el escenario de la política nacional, como una flor de fango en aguas estancadas. Y yo diría, ampliando la figura, después de leer su hermoso reportaje visado por el experto Barros Lynch, como uno de esos cardos que en la cúspide señalan con la boca roja el camino de las águilas”.

Pase aquello de confundir los quiscos con los cardos, error en que no incurren los vacunos. Esos cardos con flores rojas son quiscos; de igual modo que los quiscos de flor morada y que dan pencas, son cardos; pero, ¿qué le ha hecho el señor Merino para compararlo con un cardo boquiabierto? ¿Hay acaso en esto una sutil ironía a las frecuentes distracciones de que daba muestra en sus aterrizajes?

El señor Merino —según don Angel Custodio— “es de los hombres que interesan con sólo un gesto”; sin embargo, este gesto de la boca no parece que fuera para interesar a nadie.

“Llega al escenario —agrega— flagelado por un decreto que quita su pensión de retiro, que es como decir que un malhechor lo asaltó en el camino, robándole la cartera”.

Sin duda, los verdugos, menos benévolos que don Ventura Maturana, eligieron para torturarlo el punto que más le dolía. Es un perseguido de la post-dictadura, como diría don Eliodoro Yáñez; pero, “en estos tiempos de parapetos en que los hombres pierden una vida emboscados o tirando con la cara tapada desde alguna trinchera invulnerable, es eficiente ver que se levanta, a pecho descubierto, un nuevo Mosquetero que muestra su airón, desafiando al terrible enemigo de todos los tiempos, que a veces fué llamado realista, después gestor, y ahora traidor al sentimiento de la soberanía”.

Esta serie de realistas y gestores trae al recuerdo del señor Espejo el “molde de Byron y de Lafayette”, el alma de Cochrane, “la efígie de acero turbulenta y fantástica” de Carrera, don Quijote, Manuel Rodríguez, Sancho Panza, Ariel, Cali-

bán y otros personajes, cuyo parecido con don Arturo Merino Benítez salta a primera vista.

¿Quién, al verlo en la calle, con su genuino tipo inglés, no lo confundiría con Byron? ¿Quién, al mirarlo volar por los aires y caer maltrecho, no lo hallaría igual a don Quijote? ¿Quién, en los tiempos del señor Ibáñez, no habría dicho que era Sancho Panza? ¿Y quién, al divisarlo a altas horas de la noche, saliendo de casa de don Carlos Dávila, no lo habría tomado por Carrera?

"Tipos así son los que necesitábamos", como dice don Angel Custodio; pero, el ex Subsecretario de Aviación, es algo más que todo eso: Es torero.

"Merino Benítez es el lidiador que salta a la pista, y con bandera roja en mano desafía al toro enfurecido, que, al parecer, es de Miura; éste le embiste, y, levantándolo en el aire..., lo deja sano y salvo en el redondel. Le ha tocado en la cartera. ¡Desilusión! Ha debido clavarle los cuernos en el corazón y éste era invulnerable!"

Como se ve, por esta reseña tauromáquica, también el toro creyó que el punto vital del señor Merino era la cartera; pero ésta resistió el golpe y la cornada se embotó. No es la primera vez que una billetera le salva a un hombre la vida. Mas, si el señor Merino Benítez ha librado del toro, no ha andado con la misma suerte para escapar de don Angel Custodio.

Y la razón es muy sencilla: La cartera puede defender a veces de ciertos ataques, pero no de ciertas alabanzas.

¿Quién resiste a que le digan "flor de fango", cardo, tipo, hombre de aire, flagelado en la cartera, Sancho Panza, torero y otras lindezas parecidas? ¿Quién aguanta a pie firme un pánegírico de don Angel Custodio?

10 de marzo de 1932.

Es una buena práctica la de los prófugos políticos que mandan cartas al Gobierno por intermedio de la prensa.

En tiempos del señor Ibáñez, no se podía hacer esto, porque las cosas estaban arregladas en tal forma, que si uno echaba una carta al correo, cualquiera que fuera su destinatario, la recibía indefectiblemente don Ventura Maturana.

El ingenioso procedimiento, además de dejar sin defensa al prófugo, privaba al Gobierno de sus luces en la solución de los problemas nacionales.

Con criterio más amplio, el régimen civil, aún en estado de sitio, permite la publicación de esas esquelas.

Gracias a esta libertad, el público ha podido conocer las impresiones del señor Merino Benítez, sus nuevos ideales políticos, su evolución democrática y sus planes de salvación nacional.

Por de pronto, se sabe que el señor Merino ha renunciado al ibañismo:

“No soy “fetichista” por un hombre —dice; aún más, creo que Ibáñez ya no debe volver y que hay hombres civiles mejores que él para gobernar la República. ¡Yo trabajo por eso, Excelentísimo señor!”

Sin duda, este retorno al civilismo es un consuelo. Alarmaba un poco a la opinión la vuelta del señor Ibáñez, porque si, en cuatro años de gobierno, logró endeudar al país hasta dejarnos sin crédito en el extranjero y con el cambio a la mitad, con unos cuantos años más, nos elimina del planeta.

\* \* \*

Otra evolución notable producida en el espíritu del señor Merino, es su amor por el pueblo.

El, que durante la administración Ibáñez, aceptó sin pro-

testa las deportaciones de obreros a Juan Fernández, la supresión del derecho de huelga, la organización de la Cosach con su cortejo de cesantes, los opulentos viajes de turismo, y la acumulación de sueldos y automóviles en los favoritos de la dictadura, vierte ahora tiernas lágrimas al encontrar en los caminos, ganando sólo un modesto jornal, a las víctimas del régimen al cual sirvió con tan ciego entusiasmo.

Porque no hay recuerdo de que nunca el señor Merino mandara la más mínima carta de censura al señor Ibáñez, mientras éste repartía entre una casta privilegiada el presupuesto, asociaba el Estado con los señores Guggenheim, entregaba el país a los capitalistas extranjeros y perseguía a los obreros que no se dejaban reducir o amedrentar.

Jamás publicó entonces el señor Merino una carta a su amigo, don Carlos Ibáñez, en la cual le dijera, como hoy al señor Montero:

"El carácter de reacción oligárquico que le fué impreso a su Gobierno, su alianza con el capital nacional y norteamericano, su olvido de los intereses de la clase proletaria, etc., hicieron nacer, lógicamente, en mi conciencia ciudadana, el deseo de mover la opinión contra el régimen de S. E."

El feliz cambio operado en el espíritu del señor Merino, desde que no goza del favor oficial, hace abrigar las mejores esperanzas respecto a su abnegación y su civismo.

Nadie puede ser partidario del estado de sitio; pero cuando se vé a un hombre, hasta ayer mudo y complaciente ante los errores de una dictadura, convertirse de súbdito en un fiscalizador, ¡caramba! hay que convenir en que el estado de sitio ofrece, a lo menos, sus compensaciones...

Sin él, quizás nunca hubiéramos leído una carta del ex jefe de aviación, tan impregnada de civilismo y democracia, en defensa de las libertades públicas.



El ardor de neófito con que el señor Merino Benítez, de-  
fiende las garantías constitucionales y el mejoramiento de las

condiciones del proletariado, lo hace, acaso, incurrir en exageraciones.

“Por eso, Excelencia, —dice— por temor a las medidas policiales de su Gobierno, es que me alejo de los míos y debo esconderme como un malhechor vulgar”.

Si el señor Merino hubiera seguido con cierta atención la marcha del Gobierno del señor Ibáñez, habría visto que no eran, precisamente, los malhechores vulgares los que tenían que ocultarse. Estaban generalmente en el Gobierno.

Si en esta administración, se le persigue, sin tener culpa sobre su conciencia, debe ser por un error. Hay que ver que las ideas libertarias y civilistas del señor Merino, eran poco conocidas. Sus declaraciones anteriores le habían hecho pasar por ibañista resuelto a conspirar. Algún soplón sobreviviente del antiguo régimen, lo ha visto en reuniones sospechosas y ha llevado el soplo... Pero, si el señor Merino no ha pretendido alterar el orden público, ni atentar contra el Gobierno constitucional, no tiene por qué temer que se le mire como un vulgar malhechor.

Exagera, también, cuando, obcecado por su súbito amor a los desheredados, escribe al señor Montero:

“En mi andanza aventurera suelo tropezar con seres que no despiertan la atención de su Gobierno: son los pobres, los humildes, los que fórman la médula de nuestra raza, que mueren hoy por montones, de hambre y frío”.

El señor Merino fecha su carta “en el aire” —¿Quién no está un poco en el aire en estos tiempos de crisis y privaciones?— y de ahí que no se sepa exactamente en qué punto del territorio nacional, tiene lugar esta macabra escena que le ha tocado presenciar al prófugo.

¡Cuánto habrá lamentado ahora el señor Merino Benítez, lo que el régimen pasado gastó en enviarlo a Europa! Con la mitad de ese dinero, ¡cuántas de estas defunciones en masa, tan sólo vistas por el señor Merino en sus andanzas, se habrían evitado!

Porque lo más grave del caso es que sólo él ha visto esos horrores.

El Gobierno del señor Montero, arbitrando dinero don-

de nada había, ha conseguido reunir ciento cincuenta millones para impedir la cesantía y mal que mal, lo ha logrado.

Si el señor Merino ha hallado en el territorio un solo rincón en que la gente muere por montones, de hambre y frío, debiera anticiparse a señalarlo.

De otro modo es expuesto que, con ese dato, el Gobierno por buscar el sitio trágico, dé con la pista del señor Merino.

Y sería lamentable. Nadie puede tener interés en aprehender a un hombre tan amante de la libertad, tan civilista, tan buen fiscalizador, y, sobre todo, tan eficaz cooperador de la acción gubernativa.

Porque hay que hacer notar, que desde hace pocos días, el señor Merino Benítez ha encontrado una solución para salvar el país, cosa que no se le ocurrió en los cuatro años del pasado régimen.

Honradamente la ha comunicado al señor Montero.

Se trata de que todos los chilenos, "convencidos ya de su inutilidad para defender los intereses de la nación, lleven al Gobierno a hombres dinámicos que sientan estremecerse su ser ante la injusticia social del régimen en que vivimos, que sientan vibrar su espíritu contra los problemas que afectan a la colectividad nuestra, tan digna de mejor suerte; que no obren por odios o pasiones mezquinas, sino, atentos siempre, obsesionados por el interés de los más que son los humildes, que son la Patria".

Según se ve, la solución no puede ser más nueva.

¿Cómo no se le había ocurrido antes al señor Merino?

Los franceses tienen una frase para expresar esa idea súbita, esa respuesta genial, no pronunciada, que surge en el individuo cinco minutos después de haber salido de la casa, con la cola entre las piernas entre las burlas de la concurrencia. A esa ocurrencia inédita, luminosa y definitiva, la llaman el "ingenio de la escalera".

Al señor Merino, junto con bajar el último peldaño de las escalinatas del poder, se le ha ocurrido también la idea salvadora: "Que vayan al Gobierno hombres dinámicos, que hagan la dicha del país".

Ya otros hombres muy dinámicos lo habían dejado como chupa de dómine; mas, el señor Merino quiere que se repita la experiencia.

Es una idea notable y, seguramente, él mismo se lamenta de no haberla puesto en práctica cuando estaba arriba: pero, ¡qué demonios! el "ingenio de la escalera" sólo viene cuando se llega al último peldaño!

27 de abril de 1932.

El mundo está viejo. El mundo comienza a ponerse chocho.

A medida que se nota la deficiencia del Estado para atender a sus deberes primordiales —mantener el orden, administrar justicia, etc.—, la humanidad se encarga de encomendarle funciones cada vez más complicadas.

Al Estado-policía, que mal que mal lograba asegurar la tranquilidad pública, ha seguido el Estado comerciante, el Estado industrial, el Estado-especulador en cambio, el Estado-estancadero, etc.

El Estado pesca, el Estado vende cigarrillos, el Estado negocia en letras, el Estado contrata seguros, y a veces, en sus ratos de ocio, compra imprentas y redacta periódicos.

Cuanto peor desempeña estas ocupaciones, con más entusiasmo y fe se le encomiendan otras.

No hay actividad humana en que el Gobierno no meta su cuchara. Todo lo dirige, todo lo controla y todo lo complica.

Por cierto que esto no es una novedad. En tiempo de la Colonia, las leyes españolas señalaban el largo de las basquiñas, los libros que podían leerse y las clases de género que debían comprarse.

En su eterno afán de sentirse mejor, la humanidad cambia de tiempo en tiempo de postura. No se mejora, pero experimenta cierto alivio.

Nuestro pobre país, que durante cuatro años ha estado amarrado y con camisa de fuerza, al verse libre siente mayor inquietud y sigue los movimientos de los demás países, con tal furia, que cualquier día va a caerse de la cama.

Nada tiene, pues, de extraño que, al discutirse hace poco en la Cámara el control de precios, algunos diputados demócratas propiciaran la creación del Estado-cocinero.

En el contra-proyecto presentado sobre el establecimiento de la Dirección General de Subsistencias, figuraba, en efecto, esta disposición:

"Art. 7º. La Dirección General de Subsistencias, atenderá directamente o por medio de organismos públicos competentes, el estudio del valor nutritivo de los artículos de consumo y determinará las necesidades alimenticias de los diversos grupos de individuos, habida consideración a las condiciones climáticas de la zona en que habitan, a las actividades que desarrollan y a los medios de vida de que disponen".

"Compondrá asimismo fórmulas o menús de alimentación racional, basados en las condiciones anteriormente enunciadas a fin de que sean difundidos en la población".

"Propenderá también a la formación de una Sección Bromotológica que efectúe el análisis completo de los artículos que se sometan a su comprobación y ensayo y evacue los informes, peritajes, pruebas y demás consultas que se le soliciten".

A pesar de la Sección Bromotológica, es claro que no se trata de broma. Tan convencidos estaban los diputados de que el Gobierno debiera tomar a su cargo la confección del menú de cada ciudadano de acuerdo con su carácter, zona y aptitudes, que insistieron en hacer triunfar su tesis en la comisión informante, y es, sin duda, una gran lástima que la ceguera de la Cámara impidiera este ensayo de las aptitudes culinarias del Gobierno.

A primera vista se comprende que para obtener un máximo de eficiencia en el trabajo, la alimentación de un intelectual no puede ser la misma que la de un gañán, o la de un pescador de caña. Si puede ser suficiente un "Chateaubriand con papas fritas" para un poeta romántico, o un plato de frejoles para un fabricante de explosivos, la nutrición de un orador no puede reducirse a un poco de pan con vino y a unas cuantas papas mal condimentadas.

La inconveniencia de proporcionar a los diputados dieta en lugar de sesos, es algo que queda de manifiesto con la simple lectura del proyecto. Dar a un especulador o un usu-

rero, pecho de chanco, es algo imprudente como dar corazón de pollo a un militar o ensalada de patas a un logrero.

En cambio, el país entero está interesado en que al Gobierno no le falten hígados, ni carne de gallina a los conspiradores, ni leche a los ruleteros, ni pejerreyes a los congresales.

Naturalmente que el menú tendría que cambiarse, como dice el artículo 7º, de acuerdo con las condiciones climatéricas de la zona en que cada cual está domiciliado. Sería un crimen obligar a tomar helados a un habitante del Aysén o ponche caliente a un nortino, asado de calor.

Ahí estaría precisamente el trabajo de la Dirección General: Pedir informe a la Sección Bromotológica, penetrarse de las condiciones económicas de cada sujeto, saber a qué punto del territorio se dirige, calcular si tendrá calor o frío y hacerle un menú apropiado a sus actividades.

En otros términos, ser el "maitre" que atiende al cliente, y coopera a la gran obra social del Estado-cocinero.

Por cierto que esto no es fácil, y se explica que uno de los diputados, con muy buen acierto, pidiera que las personas que integraran la Comisión Central y los Consejos Departamentales que tuvieran a su cargo estos servicios, fueran bien remuneradas, ya que no van a recibir propinas; es lo justo.

Hay que recordar que sólo hemos llegado, en nuestra evolución social, al Estado-cocinero; cuando lleguemos al Estado-mozo, la cosa se arreglará con un "pourboire" que el cliente irá a dejar a la Tesorería, junto con levantarse de la mesa.

30 de abril de 1932.

## UN MEMORIAL

Se ha hecho una costumbre nacional que cada ciudadano que por efecto de las crisis se vea obligado a renunciar a alguna comodidad o algún agrado de procedencia extranjera, se apresure a hacerlo presente a la Comisión de Control.

Si ésta, también por falta de recursos, no procede a otorgar de inmediato los dólares necesarios, el interesado recurre a la prensa, inicia una campaña periodística, reclama del control, amenaza con un paro general, protesta contra el Gobierno y da pruebas manifiestas de izquierdismo, hablando pestes del señor Izquierdo.

Todo esto está sancionado por la costumbre. Fiel a ella, presento a la Comisión de Control, el siguiente memorial sobre un asunto que me atañe personalmente:

“Honorable Comisión:

La Asociación de Fumadores en Pipa que aunque no está constituida legalmente, cuenta con numerosísimos adeptos a lo largo del territorio nacional, no ha podido menos de ver con justa alarma el alza del tabaco “de cachimba” que se expende en artísticos tarritos, cuyo precio ha subido de \$ 3.20 a \$ 7.80.

“Esta alza injustificada que, para colmo, coincide con la desvalorización de la moneda a la mitad, ha preocupado hondamente a los fumadores —economistas casi todos— que no aciertan a explicarse por qué si la moneda vale menos, no vale menos el tabaco, siendo que este es un producto que se hace con la misma facilidad que los billetes.

“Para no pensar mal del Gobierno y en especial de la Honorable Comisión de Control —como lo haremos oportunamente, si ésta no se apresura a conceder los dólares que pedimos—, tenemos que suponer que se trata de una especulación desvergonzada de parte de los importadores.

"Nada más fácil que llegar a esta conclusión, basándose en la escasez de tabaco que se nota en plaza; porque si bien en épocas normales, la carencia de un artículo es signo de que no abunda en el mercado, en tiempo de crisis pasa lo contrario, ya que cuanto mayor es el stock retenido por los acaparadores, tanto más limitado es la existencia que se ofrece al público.

"Por la falta de tabaco puede, pues, la Honorable Comisión, calcular la abundancia de este artículo e imaginarse nuestra desesperación al no dar con los acaparadores, los cuales es muy probable que tampoco hayan logrado dar con el tabaco.

"Esto demostrará a la Honorable Comisión hasta qué punto el stock está escondido.

"En tales condiciones no nos queda otro recurso que solicitar se conceda a dichos honrados comerciantes la moneda extranjera necesaria para que puedan adquirir a un precio más razonable su mercadería.

"Demás está advertir que la difusión de un vicio seco, como el del tabaco, que no sólo complementa el del alcohol, ligado tan íntimamente a la vinicultura nacional, sino constituye, a la vez, una eficaz ayuda para la industria maderera, puesto que las cachimbas se podrían fabricar en el país.

"Aunque no existe estadística oficial al respecto, puede calcularse en más de cinco mil el número de fumadores distraídos que pierden una pipa a la semana.

"Agregue la Comisión que los miembros de nuestra Asociación son particularmente amistosos y casi no hay onomástico en que no reciban cinco o seis pipas de regalo. Añádase a estos sumandos ya crecidos, el número de cachimbas que se inutilizan o quedan fuera del comercio humano, ya sea porque la señora en un momento de impaciencia o en acto de represalia contra su marido le arrojó todas las pipas a la calle, o porque éste sorprendió al mozo fumando en una de ellas, y podrá llegarse a cifras siderales.

"No es, pues, exagerado asegurar que la industria cachimbera está llamada a la mayor prosperidad y que de ella depende en gran parte el porvenir de la zona sur del país.

"No se escaparán, por otra parte, a la Honorable Comi-

sión de Control los gravísimos trastornos que la supresión de la cachimba podrá acarrear al arte y, en especial a la literatura.

"Es un hecho comprobado que lo que ha dado en llamarse creaciones de la imaginación no pasa de ser un subproducto de la nicotina. Cuadros, esculturas, libros, y hasta simples artículos de diario, no son sino el resultado de la destilación del tabaco en el pequeño alambique de la pipa. De la materia prima destilada depende la producción. El tabaco francés produce "esprit"; el inglés "humour" y el chileno estornudos.

Este memorial, como puede observarlo la Honorable Comisión, está escrito con tabaco nacional.

Un país puede prescindir de ciertas comodidades materiales; pero no del alimento espiritual.

"Hasta ahora el Control se ha preocupado de dar fondos para algunos artículos superfluos, como el azúcar, el café y la bencina.

"Todo el azúcar del mundo no bastaría a endulzar las amarguras de un fumador sin tabaco. El café altera los nervios, y su efecto de hacer perder el sueño puede obtenerse con ventaja suscribiendo un pagaré o una letra de cambio. En cuanto a la bencina, no tiene la menor utilidad. Nada se saca con andar ligero cuando no hay nada que hacer.

"La situación actual requiere conformidad, resignación, paciencia, y eso sólo el tabaco puede darlo.

"No es nuestro ánimo crear dificultades al Gobierno; pero un deber de patriotismo nos obliga a señalar a las autoridades el peligro de dejar a muchos miles de fumadores sin trabajo, en los precisos momentos en que su única actividad se reduce a echar humo y que no tienen otra cosa que llevar a la boca que la pipa.

"La Comisión de Control tiene en su mano el medio de evitar tan lamentable cesantía o, lo que es mil veces peor, que todos esos ciudadanos, apremiados por la necesidad, carguen sus pipas con tabaco nacional, lleguen hasta la Moneda y produzcan en torno del Gobierno un ambiente intolerable.

"No dudamos, por lo tanto, que la Honorable Comisión se dignará prestar oído a nuestras justas peticiones".

4 de junio de 1932.

## LOCURA BENEFICA

De todos los proyectos anunciados por el actual gobierno socialista para solucionar la cuestión económica, ninguno me ha producido mayor satisfacción que aquel que otorga al Estado la facultad de heredar a los insanos.

Hasta ahora el loco había sido un ser inútil, por no decir perjudicial, a la colectividad. Sacarlo de ese estado, obtener de él provecho cierto, convertirlo en factor de progreso y en elemento de riqueza fiscal, es algo tal beneficioso que nadie puede excusarse de aplaudirlo.

A lo menos de mí puedo decir que la idea de arreglar las finanzas nacionales a base del elemento menos cuerdo del país, me venía escarabajando desde hace tiempo el cerebro. Es un hecho, que dadas las condiciones del mercado, los locos son los únicos que en Chile logran reunir una fortuna. Las personas razonables se consultan con los economistas y al cabo de pocos años acaban por perder hasta la camisa. No se puede contar con esa gente para equilibrar el presupuesto; pero, ¿cómo obtener tal equilibrio, precisamente por medio de los desequilibrados?

En el régimen pasado, el problema ofrecía dificultades infranqueables. La Constitución, las leyes, los prejuicios de todo orden, levantaban en torno del demente una barrera tan difícil de salvar como los muros de la Casa de Orates. La expropiación del loco se hacía difícil. Declararlo bien nacional, como los lagos navegables por barcos de más de cien toneladas, habría parecido una aberración. Recabar de la Cámara una ley para declararlo de utilidad pública, tasarlo por hombres buenos, y adquirirlo luego, por una persona más o menos elevada, fuera de ser harto engorroso, habría suscitado comentarios y acaso interpelaciones: ¿Para qué quiere el gobierno tantos locos? ¿Qué pretende hacer con ellos? ¿Desde cuán-

do la chifladura se puede considerar beneficiosa para la economía nacional?

Asediado a preguntas, tal vez el Ministro habría desistido.

En régimen socialista, la cuestión es más sencilla: Basta con declarar que el insano es propiedad del Estado y que la locura es una función social.

La prensa ha adelantado ya la noticia de que el Consejo de Gabinete "estudió la idea referente a los casos de interdicción, en los cuales por la circunstancia de considerar a la persona interdicta, muerta civilmente, sería de toda conveniencia que el Estado tomara en dicha herencia la participación legal que le corresponde desde el momento de ser declarada en interdicción".

Esta forma de muerte civil es la más segura de todas, porque si el loco mejora —vale decir resucita— al saber que le han quitado cuanto poseía se volverá loco furioso.

Ahora, si el que se torna demente es padre de familia y el Fisco pasa a heredarlo en lugar de ésta, no hay que preocuparse de los hijos, porque seguramente se pondrán más furiosos que su padre.

El gobierno, por lo demás, según se ha dicho, ha tenido buen cuidado de dejar plenamente establecido en sus disposiciones generales sobre herencias, que sólo pueden heredar los descendientes legítimos. En los casos de interdicción, se entenderá, pues, que el Estado es hijo legítimo de los dementes.

Cuanto más sean estos últimos, tanto más rico será el Fisco.

Hay, como se ve, un interés social en que los locos aumenten.

Otros países podrán jactarse de la cordura y buen sentido de su pueblo; nosotros, cuando oigamos tales cosas, nos sonreímos con desprecio: —¿Desdichadas naciones! —pensaremos— ¡Con tan escaso número de insanos sus finanzas deben marchar de un modo desastrosol

¡Con qué orgullo detendremos en la calle a los turistas para enseñarles las estadísticas de la Casa de Orates!

—Observen, ustedes, cómo progresa la nación— le dire-

mos— Chile tiene este año, tres mil dementes más que el anterior. ¿Se dan cuenta exacta ustedes, de la riqueza que esto significa? Los cuerdos no valen nada, porque no tienen un centavo y no pueden pagar contribuciones; pero los locos... ¡los locos son una fuente inagotable de recursos! No nos til-den ustedes de optimistas. El día que este país sea un inmenso manicomio, no habrá nación civilizada que nos llegue a los talones!

Y es posible que los turistas extranjeros al oírnos este discurso abran tamaños ojos, prorrumpán en gritos incoherentes y acaben por figurar entre los "muertos civiles", cuyos bienes pertenecen al Estado.

25 de junio de 1932.

## CARTA DE UN BUEY

Un caballero, que por haber sido largo tiempo diputado, entiende perfectamente el lenguaje de los animales, nos envía para su publicación la siguiente carta que, según nos asegura, le dictó un buey de trabajo:

"Señor Director:

Por razones de carácter íntimo que no es del caso señalar, desempeño desde joven un puesto de buey en el fundo "Los Queltehues", con la ejemplar resignación que es propia de todo empleado.

No necesito decirle que soy sobrio y honesto. Me he conformado siempre con el talaje que me dan, y las terneras jamás me han quitado el sueño. En cuanto a las vacas, las he mirado siempre con el respeto que merece toda señora casada, especialmente si es madre de familia. Sobre este punto puede preguntarle al toro, que aunque tiene un carácter irascible, enamoradizo y pendenciero, nunca ha tenido el más leve desagrado conmigo.

Con mansedumbre ciudadana he inclinado la nuca a todo yugo —soy de raza chilena— sin entrar a discutir las aptitudes del que me amarra las coyundas. No se escapará a su penetración, señor Director, que los bueyes vivimos desde tiempo inmemorial bajo un régimen de fuerza, contra el cual es inútil protestar. Que sea éste o aquel el carretero que nos unza a una carreta o a un arado, que cambien cada semana al capataz, que nos saque a trabajar un día un viejo, y al otro día un chiquillo, para nosotros viene a ser lo mismo. Ni nos mejoran la comida, ni libramos el cuero de los picanazos.

El potrero de engorda tan tentador para los novillos inexpertos, no nos seduce en lo más mínimo. De sobra sabemos que esa jubilación —como todas las jubilaciones— es precursora de

la muerte. Y nosotros —debe ser cuestión de raza— preferimos vivir hambrientos y enyugados, a correr el peligro de perder la vida.

En esta filosofía me he criado, señor Director, y en ella he vivido desde que tengo uso de razón, sin un mugido de protesta. Me parecía ese orden de cosas, lo más natural del mundo.

Pero, he aquí, señor, que el jueves llegó a estas tierras un joven boticario, que venía de Santiago a trabajar como colono y se puso a conversar con el capataz. Ignoro si el farmacéutico que traía el proyecto de sembrar pastillas para la tos y píldoras de quinina en la parcela que acababa de regalarle el Gobierno, sería o no muy animal; el caso es que le entendí perfectamente.

—Las cosas han cambiado por completo —le decía al capataz—. La ideología moderna exige un ritmo más dinámico y sobre todo más acelerado en la marcha funcional de los equipos...

—¡Me embromé! —pensé para mi pellejo— creyendo que me iban a hacer andar al trote; pero el colono farmacéutico, explicó:

—El concepto agrícola debe depurarse de toda conexión con el "yo" íntimo para convertirse en un aporte altruista a la geometría de la evolución. El suelo es un sustituto monetario; la cebada un succionante de letras ex-tra-nacionales; y el trigo es una función social. De acuerdo con los modernos postulados, la propiedad no tiene dueño. La tierra no es del propietario, sino del que la trabaja.

Esto último se lo entendí bien claramente.

El capataz abrió tamaños ojos. Parecía no creerle; pero el farmacéutico volvió a repetirle:

—Sí, mi amigo: La tierra es del que la trabaja.

Yo dí una coz de puro gusto. Créamelo, señor Director: Por primera vez en mi vida de buey manso y explotado, veía abrirse un horizonte luminoso.

—Yo soy el que trabajo la tierra. La tierra, en consecuen-

cia, será mía —me dije lleno de entusiasmo. Y, ante el concepto moderno de “animalización” de la propiedad agrícola, no pude reprimirme y reteniendo el paso para acercarme al hombre del arado, intenté darle una patada. ¿Con qué derecho seguía picaneándome, injuriándome, poniéndome sobrenombres y explotándome, a mí que soy el que trabajo, a mí que soy el dueño de la tierra? ¿No es ridículo que un labriego inculto, por no estar al tanto de la evolución social, se empeñe en aguijonear y en faltar al respeto al verdadero propietario del fundo?

Pues bien, señor Director, ¿sabe lo que hizo el bandido? Empezó a echarme maldiciones y me dejó el pellejo como harnero. Parece que el muy cretino no había comprendido una palabra de todo lo dicho por el farmacéutico.

En silencio y con paciencia —por algo soy buey— he esperado estos dos días con la esperanza de que las nuevas tendencias ideológicas se abran paso en el obtuso y rutinario cerebro del rústico; pero ya no soporto más. Por eso, aprovechando el concurso de un caballero de buena voluntad, me he decidido a escribirle esta carta.

Quiero saber a punto fijo en qué quedamos. Quién es el que trabaja realmente la tierra. ¿El buey, el labriego, el capataz o el dueño? ¿El que arrastra el arado, el que esgrime la picana, el que vigila o el que dirige la explotación, saca las cuentas y les paga a los demás? Para mí, señor Director, todos trabajamos; pero si la idea moderna es que el esfuerzo físico es lo único que vale, yo tengo mejor título que nadie para considerarme propietario. En ese caso no estoy dispuesto a soportar injusticias. Todas las excepciones son odiosas; pero, más que ésta que se hace con nosotros, los bueyes de trabajo, no hay ninguna.

Así se lo dije muy alto, anoche en el corral, a todos mis colegas.

Además, ha de saber usted, señor Director, que los bueyes estamos agremiados en rebaño, y, como somos analfabetos y no pertenecemos a ningún partido político, tenemos derecho,

de acuerdo con las nuevas normas representativas, a ser oídos con preferencia a los demás.

Nuestra situación es insostenible y estamos dispuestos a todo.

Haga algo por nosotros, señor Director, y disponga de su enyugado.

*Picaflor*  
(por la copia)

P.

24 de julio de 1932.

Un joven me escribe para pedirme algún consuelo en sus tribulaciones:

“Desde hace treinta y un días —me dice— soy lo que puede llamarse un socialista convencido. Me convencí el 4 de junio, cuando mi jefe, cediendo a una lealtad mal entendida, a ciertos principios ideológico, presentó la renuncia de su empleo y se la aceptó el Gobierno.

“A contar de esa fecha, no he omitido sacrificio por instruirme. He leído cuanto se ha publicado sobre cuestiones sociales, desde la revista “Hoy”, hasta las Encíclicas. He socializado mi modesto hogar, estableciendo el salario mínimo de la servidumbre y ofreciéndole participación de las utilidades una vez que éstas existan. He socializado varios libros que me habían prestado los amigos y he tratado, en una palabra, no sólo de adaptarme al régimen, sino de compenetrarme con su espíritu, saturarme de sus idealidades y hundirme en sus experiencias. Cada punto del programa, es para mí un dogma. Creo en el resurgimiento del país con la misma fe que los católicos creen en la resurrección de la carne. Creo en la mano ordenada y todopoderosa del Estado; creo en el término de la cesantía, creo en el auge del salitre, en el bonotierra, en la remisión de las deudas, en los lavaderos de oro y hasta en el “Alcanasul” de Salamanca. Soy, como acabo de decirle, un socialista convencido; pero ¡aquí viene mi tragedia!, no he podido aprender a hablar como los socialistas. La lengua se me traba, estimado señor. Cuando oigo hablar al boticario de este pueblo, de la “ideología infra-demagógica y trans-capitalista, del engranaje funcional que caracteriza la orientación del momento sociológico” —no sé si esto está bien dicho—, se me hace agua la boca; pero me hallo incapaz de continuar la frase. Tal vez esto se daba a mis escasas dotes de escritor. No puedo hablar así; ¡no puedo! En vano trato de aprenderme de memoria los

discursos más notables que se han pronunciado sobre el particular, a ver si logro familiarizarme con su estilo. ¡Inútil! El lenguaje socialista, es más difícil que el griego, para mí.

¿No podría usted, señor, indicarme algún libro o darme alguna receta para poder expresarme en una forma que esté de acuerdo con mis convicciones?

"Cuanto haga en este sentido se lo agradeceré infinitamente su seguro servidor.—P. Sillo Rubio".

Me he apresurado a contestarle:

"Atribulado joven:

No se amargue la existencia por un asunto de carácter secundario, por una mera cuestión de palabras.

Usted ha conseguido ya lo más, que es hacerse socialista: el resto vendrá por añadidura.

Cierto es que el lenguaje con que se visten las nuevas ideas, parece a primera vista un poco complicado; pero, a poco que usted estudie la materia, verá que es sencillísima.

Por de pronto, observará que las palabras destinadas a producir el resurgimiento económico del país no pasan de una docena: "Ideología, ritmo, equipo, química, engranaje, función, periferia, física, orientación, aporte, evolución y arteria".

Agregue usted a estas palabras, ya consagradas por el uso otras diez de su elección, como: "psicosis, rumbo, admonición, cateto, hipóbole, célula, adobe, ptialina, pantopón" u otras por el estilo, teniendo especial cuidado de elegir las en los campos más opuestos de la ciencia, los oficios manuales y la literatura y ensaye construir una frase cualquiera con ellas, en la seguridad de que habrá de resultarle un pensamiento muy moderno y de marcada tendencia socialista.

Si intenta una metáfora y le resulta mal, puede usted darse por dichoso, porque, entonces no cabe duda que el concepto traducirá del modo más preciso las aspiraciones de la colectividad.

Diga usted, por ejemplo, que la "química de las ideologías influye como una arteria en el ritmo de los equipos sin comprometer en nada la periferia del engranaje funcional" y verá usted que todo el mundo se da por enterado y satisfecho.

La sola palabra "función" es un tesoro. Cuando usted quie-

ra hablar de cualquier cosa, lo mismo de un aparato mecánico que de una virtud, diga que es una función social y no errará en lo más mínimo.

El teléfono es una función social. La caridad es una función social. Un baile es también una función social.

Ahora, si al utilísimo vocablo, le agrega algunos derivados, el concepto le resulta de una eficacia incalculable. ¿Quién le impide, por ejemplo, asegurar que la función de la constituyente es obtener el funcionamiento funcional de las funciones funcionales?

Esta expresión, además de desvanecer todo recelo respecto a la actitud futura de dicho cuerpo colegiado, aclara plenamente el objetivo que se ha tenido en vista al convocarlo.

Me dirá usted que con tan escaso número de palabras es difícil sino imposible producir la cantidad de pensamientos necesarios para cimentar la nueva ideología. ¡Profundo error, amigo mío! Esos vocablos, barajados convenientemente, se prestan a infinidad de combinaciones distintas, de igual modo que las cinco notas del pentagrama bastan y sobran para producir las más variadas armonías.

Por otra parte, su iniciativa privada no ha de sentirse coartada por la estrechez del léxico. Usted es dueño de bordar alrededor de cada idea todo un mundo de caprichos sociológicos. Cuanto menos clara sea la expresión, tanto más nuevo y atrayente resultará el concepto. Nada como el circunloquio y la metáfora para evitar desilusiones.

En lo posible trate de no llamar a ninguna cosa por su nombre.

Así, a las emisiones, las designará usted con el título de "tonificación del circulante", "papelorragia salvadora", "oro sintético" u otra expresión de esta naturaleza.

Llamará usted al bono-tierra, "salvavida-hipotecario", "paracaída de morosos" u "oxígeno-agropecuario". Titulará a la tierra, "padrón de emergencia"; a los impuestos "transfusiones" y a los cesantes "superávit demográfico".

No necesito insistirle en la eficacia de un lenguaje semejante para la resolución de los problemas nacionales. Su apren-

dizaje es menos difícil de lo que usted cree, y, una vez familiarizado con sus términos, ya no será usted quien no les entienda a los demás, sino ellos quienes no le entiendan a usted.

No se amargue. Trate de aprender los doce vocablos que le he indicado y disponga como siempre de su atto. y S. S.

P.

Agosto 15 de 1932.

No es la primera vez que un animal tiene que sacrificarse, sin ser el marido, por mantener la elegancia de la mujer.

Desde el gusano de seda hasta el mono, pasando por el conejo, el gato, la marta cibelina, el zorro azul, etc., toda la escala zoológica ha ofrecido humildemente sus peldaños para que la belleza femenina ascienda hasta ese trono tan efímero y tan ambicionado de reina de la moda.

Ahora le ha tocado el turno al lobo marino.

Un industrial ha descubierto que su piel —no la del industrial, sino la del lobo— se presta admirablemente para el calzado de lujo, y la Inspección General de Pesca y Caza, condescendiendo con el capricho de las hijas de Eva, ha decretado el exterminio de la especie.

Naturalmente, como sucede siempre en estos casos, para justificar la cruel medida, se ha acumulado infinidad de cargos en contra de la víctima.

Se acusa al lobo marino, de ser inútil y glotón, de romper las redes y de oponerse sistemáticamente al desarrollo de la industria pesquera. El y no los comerciantes minoristas, tan calumniados por la opinión pública, sería el culpable del alto precio del pescado. Su apetito salvaje de acaparador, se burlaría del Comisariato y destruiría los benéficos efectos de la derogación de la ley de la oferta y la demanda. En una palabra, el lobo sería un animal rutinario e intratable, de una glotonería pantagruélica, que según la Dirección de Pesca y Caza, devoraría diariamente una cantidad de peces igual a su propio peso. ¡Sesenta kilos de pescado al día!

Por tratarse de un animal tan comedor y no por satisfacer los gustos refinados de las señoras oligarcas, la Dirección General de Pesca y Caza, lo condena a muerte.

Ni un solo lobo marino ha contestado a las graves inculpaciones que sirven de fundamento a la sentencia. Acaso por

sus cabezas, peinadas a la gomina, ha pasado más de una vez la idea de publicar un memorial en descargo de sus procedimientos; pero el instinto de conservación les ha advertido que no son los tiempos para publicaciones y que es menos peligroso correr los riesgos de una ley que discutirla. Ellos son ágiles, el mar es ancho, saben sumergirse y esperan sacar el cuerpo a las disposiciones del decreto; pero, en privado protestan; ¡vaya que protestan!

En la tarde, cuando los pescadores están lejos y el ruido del mar apaga el rumor de las conversaciones y los inspectores sestean dulcemente en la orilla, las focas sacan del agua sus cráneos de alquitrán, se aproximan a un peñón, suben arrastrándose a la viscosa superficie cubierta de verde "luche", y hablan periquitos de la Dirección de Pesca.

—¡Habrás visto! ¿Desde cuándo es un crimen el buen apetito? ¡Condenarnos a muerte porque no nos dejamos morir de hambre! ¡Castigarnos porque pescamos! Y ¿qué otra cosa, sino eso, es lo que pretende hacer la Dirección de Pesca y Caza? En vez de perseguirnos, debiera tomar ejemplo de nosotros. Nadie podrá decir que el pescado escasea. Sobran peces; lo que falta es gente que sepa atraparlos. Nosotros lo hacemos; los pescadores no. Por eso nos envidian. Comprenden que somos más inteligentes que ellos y tratan de suprimirnos. Los mediocres proceden siempre de ese modo. ¡Así anda el mundo! So pretexto de igualdad, hostilizan al que tiene más aptitudes que los otros, trabaja con mejor éxito y se gana la vida por sí mismo. Al que logra vivir, gracias a su esfuerzo, algo mejor que los demás, le critican, le esquilmán, le sacan el cuero. Sin metáfora eso es lo que quieren hacer con nosotros: sacarnos el cuero para complacer a unas cuantas señoras elegantes. ¡No hay paciencia! Y todo porque nosotros comemos mucho pescado. ¿No lo comen ellas también? ¿En qué queda la justicia social? ¿Dónde están los ideales democráticos? ¿Cuándo se ha declarado que el pellejo es una función social? Bien está que si pescamos demasiado, se nos quite una parte de las utilidades, en bien de los que no pescan. Aunque en el mar no se estilan así las cosas, porque está de moda el individualismo, sabemos que en la tierra el que trabaja debe alimentar al que

no trabaja; pero ¡caramba!, que no nos saquen además el cuero.

Por otra parte, ¿en qué le molestamos a la Dirección de Pesca? ¿Le faltan peces que pescar? ¿Se le hace chico el océano para echar sus anzuelos y sus redes? Si no hubiera tanta abundancia de pescado se comprendería que nos molestaran; pero no hay tal escasez. Nos matan únicamente por un capricho femenino. ¡Con razón dicen los hombres que en todo crimen hay siempre una mujer!

El auditorio de lobos marinos agita con entusiasmo las aletas:

—¡Bravo, bravo! ¡Eso es hablar! ¡Abajo las mujeres! ¡Mueran los industriales zapateros! ¡Abajo la Dirección de Pesca y Caza!

Claro está que nada de esto, lo oyen los inspectores; pero no cabe duda de que las focas lo dicen.

Entre estos malditos animales existe la costumbre inveterada de la murmuración. Todo lo juzgan con criterio egoísta y no comprenden que sea buena una medida cuando está de por medio su piel. No les entusiasma la reglamentación. Lo único que les preocupa es salvar el pellejo.

1932.

## CARTA A UN CHINO

No se si ustedes conocieron a Chang-Fu, al chino que tenía en Iquique una pequeña casa donde vendía cajitas de sándalo, palillos para los dientes, ceniceros de laca y otros artículos no menos importantes, y que desapareció inopinadamente hace años a raíz de una campaña contra el opio.

Nadie al verlo insignificante y sonriente tras el mostrador hubiera imaginado que la suerte le llamaba a altos destinos. ¡Así son las cosas de este mundo!

Ayer he recibido en un imponente sobre rojo, con timbre dorado y olor a menta insoportable, una esquila de papel de arroz en que mi amigo Chang, después de advertirme que está vivo, me cuenta que ha tomado parte en cuatro revoluciones, ha llegado a general, ha sido nombrado Gobernador y ha recibido el "honroso encargo" de acabar con toda la población de una provincia rebelde.

Su deseo —"el colazón del comelciante es bondadoso", según dice Chang— sería exterminar a los revoltosos por medio del hambre, que es el procedimiento más barato; pero como son cuatro millones y la provincia es muy productiva, no encuentra la manera de proceder en forma rápida al logro de su propósito y apela a mi sabiduría de chileno —"nadie como los chilenos pala hacel un mal gobierno"— en demanda de consejo.

Le he contestado a vuelta de correo:

"Honorable señor Chang:

Permítame felicitarlo por su nombramiento de Gobernador y agradecerle, al propio tiempo, la confianza con que me honra al solicitar la ayuda de mis modestas luces para indicarle la manera de hacer más pésima administración en la provincia de su digno cargo. También yo estoy vivo, a despecho de media docena de revoluciones y de un hambre y una cesantía que ya se quisiera usted para sus súbditos.

Al hambre y a la cesantía las llamamos aquí en Chile "conquistas ideológicas" y espero que no olvide este eufemismo, cuando tenga que dar cuenta de cosas parecidas en sus publicaciones oficiales.

Si estuviera en mi mano, le enviaría un lote de hombres nuevos que nos sobran y que tienen ya la suficiente práctica en el ramo. Desgraciadamente están tan ocupados, dando los últimos retoques a la obra de destrucción ya terminada, que no hay manera de apartarlos de su empeño.

Pero si no puedo mandarles los especialistas puedo enviarle, a lo menos, la receta: use usted el sistema socialista.

Creo ver que arruga la naricilla y se alza de hombros como diciendo: —¡Qué sé yo de socialismo!— Pues, mejor. El socialismo tiene la rara particularidad que no requiere ciencia alguna. Para abrazar con entusiasmo su doctrina es condición "sine qua non", a lo menos en Chile, no conocer la historia, ni la geografía, ni la estadística, ni las finanzas, ni siquiera el carácter, netamente individualista, de la raza. Desde el momento mismo que uno sabe que Chile es un país pobre y pequeño; que necesita capitales para su industria incipiente; que vive del crédito; que sobre un total de dieciocho mil millones en que puede estimarse su riqueza, once mil están en manos de extranjeros, y de los siete mil que restan a los criollos, se adeudan cuatro mil a otras naciones, el socialismo resulta una ridiculez. Es posible que en su provincia suceda lo mismo. Aproveche, usted, entonces la ignorancia enciclopédica de que está dotado y afirme que va a aplicar el régimen socialista sin contemplaciones.

Al solo anuncio de que los bienes ajenos son una función social y serán respetados sólo hasta cierto punto, los capitalistas extranjeros recogerán su oro y pondrán pies en polvorosa. Los que no puedan llevárselo, lo ocultarán.

Con la baja del cambio consiguiente a este primer triunfo ideológico, los productos subirán al doble y el hambre comenzará a hacerle cosquillas en el estómago a la población.

Es el momento que usted debe utilizar para establecer el control de precios.

Ante la risueña expectativa de renunciar a sus ganancias

en obsequio de la colectividad, los almaceneros recurrirán a una serie de artimañas más o menos fraudulentas que les permitan resarcirse, no solo de las pérdidas, sino de los peligros de multa y de prisión con que usted les amenaza.

De ese modo, los artículos subirán un poco más.

Pero si el control es enérgico y verdaderamente efectivo, los comerciantes no tendrán otro recurso que ocultar la mercadería, dejándola para el consumo de los suyos, o cerrar sus almacenes.

Con esto el hambre subirá de punto.

Naturalmente, las medidas de control las aplicará usted sólo a sus connacionales. Con los extranjeros tendrá que hacer la vista gorda para no verse envuelto en una serie de reclamaciones diplomáticas que le costarán más indemnizaciones que pelos tiene en la cabeza. No dé importancia a esta cuestión, porque es cosa sabida que las conquistas ideológicas, a la inversa de las territoriales, arruinan generalmente al vencedor.

Una vez que haya acabado con el comercio nacional y los cesantes no le dejen a sol ni a sombra, pidiéndole un mendrugo, publique usted que va a impedir la exportación del trigo y a fijarle un precio bajo, a fin de que los agricultores renuncien a sembrarlo.

El resultado no es inmediato, pero en cambio, es seguro: al año siguiente no habrá pan y se presentará a sus súbditos la agradable disyuntiva de nutrirse de cebada —alimento que pone muy nervioso— o estirar la pata.

Todo esto debe usted combinarlo con disposiciones en contra de las personas que tengan un pariente loco, con fuertes contribuciones a los que trabajan, persecuciones a los que compran a buen precio el oro de los lavaderos y otras medidas encaminadas a desesperar a la población y aumentar la cesantía. El dinero que logre recoger por estos medios, gástelo usted sin tasa ni medida en proteger a sus amigos, en banquetes, en soplonos, en diarios que lo aplaudan y en otras inutilidades más o menos gratas a su autoridad.

Con todas estas conquistas ideológicas es probable que el valor de la moneda baje a cero y sus súbditos mueran a montones; pero, si a pesar de todo subsiste aún alguna industria

que dé trabajo a varios individuos, aséstele el golpe de gracia socialista. Llame al más torpe de sus inspectores y dígame que imponga al industrial la obligación de pagar a los obreros un salario tres veces superior.

La medida es segura: o el industrial cierra el negocio y deja a todos en la calle o reduce el personal a la tercera parte, con lo cual los restantes pasan al albergue.

Otro recurso que usted también puede intentar si la industria está en manos nacionales —porque si el propietario es extranjero no encontrará oro suficiente para resarcirlo— es la expropiación por el Estado. Es una idea muy socialista, y tiene la ventaja de apresurar los acontecimientos, pues, no hay nada más indicado que el Estado para acabar con un negocio.

Espero, honorable Chang, que no tenga que recurrir a estos extremos; con las indicaciones que le he dado, reforzadas por la experiencia de tres meses —¡si viera usted cómo ha quedado la ex República Socialista de Chile!— confío en que no salve en su provincia un solo chino para contar el cuento.

A mayor abundamiento le acompaño los treinta puntos del Programa de Acción Inmediata que trató de poner en práctica la revolución. Es mejor que el sublimado.

Aplíquelo sin miedo, y disponga como siempre de su afmo”.

1932.

Estimado señor Smiling:

Su deseo de suspender su viaje al Congo, para venir a visitar nuestro país, me ha llenado de legítima satisfacción.

Me dice usted que, si bien está seguro de no encontrar aquí rinocerontes, hipopótamos y otros mamíferos tan grandes como en Africa, está cierto de que el carácter pintoresco de los aborígenes, le compensará con creces de esa deficiencia.

Lo creo, Mr. Smiling; pero debo advertirle que, en punto a especies zoológicas no sufrirá usted tampoco ninguna decepción. ¡Si supiera qué animales tan grandes hay en Chile! Y, en materia de mamíferos, no hablemos. Los mamíferos más expertos en el ramo, los encontrará usted en estado de domesticidad vagando alrededor del presupuesto. Si quiere verlos enfurecidos y salvajes, puede ir a los mitines populares, a ciertas asambleas y a la redacción de los pequeños diarios. Los mirará devorarse unos a otros o prorrumpir en largos aullidos, en tanto se revuelcan en el fango; pero no le recomiendo el espectáculo porque pueden salpicarlo, como les pasó hace poco a los señores Labarca, González y otros.

Lo mejor para un turista es dedicarse a la observación de los indígenas, que acuden cada quince días con pintorescos uniformes a apoderarse de algunos puntos estratégicos que han descubierto en la ciudad.

Aunque, por lo general, la casta de los guerreros no es muy disciplinada, los asaltos se efectúan en estricto acuerdo con el escalafón.

Los coroneles y mayores se toman la Moneda; los capitanes y tenientes el Lucerna; y los cadetes, la Plaza Brasil.

En los ratos de ocio puede frecuentar los almacenes de minuta donde se venden los cubiertos escapados del Palacio de Gobierno, en el tumulto revolucionario o bien los Tribunales

de Justicia donde se aplican los decretos leyes que tienen un origen semejante.

Ahora, si le interesa conocer la forma en que los aborígenes afrontan la crisis, no deje de frecuentar la Dirección General de Cesantía, llamada a dar considerable impulso al desarrollo de la desocupación, y el Comisariato de Subsistencias, que gracias a una acertada política de amenazas a los productores, espera acabar en corto tiempo con las siembras de trigo en el país.

Me agrega usted en su carta que, siendo, un hombre de acción, acostumbrado a los peligros y fatigas de la caza, teme no encontrar en Chile, campo apropiado a su afán de actividad, tanto más cuanto que ignora las costumbres y puede incurrir en algo prohibido.

Si es por eso, no debe usted alarmarse. Las sanciones sólo existen para el pequeño delincuente: Vr. gr. el que despoja a un solo ciudadano, le secuestra o le asesina. Pero, si usted procede a perpetrar estos delitos en forma colectiva, no tiene nada que temer.

¿Le gustaría, por ejemplo, apoderarse del Gobierno?

Ahí tiene usted una buena distracción. Asaltar la Monedera no es delito. Tampoco lo es expulsar al Presidente constitucional, saquear las arcas fiscales, esquilmar a los ciudadanos, deportarlos o someterlos a torturas.

Lejos de ser castigados, estas tropelías son recompensadas, no solo en dinero, sino con toda clase de manifestaciones honoríficas.

—¿Y la justicia? —dirá usted. Ríase de la justicia. Hay un Fiscal Militar que, según dicen las crónicas, evacuó —este es el término preciso— el 12 del mes pasado, un informe según el cual, los atropellos de los asaltantes han producido la plena eficacia jurídica que “normalmente” tienen las resoluciones del Ejecutivo y el Legislativo, eficacia que ha sido reconocida por el Poder Judicial, lo que excluye toda idea de responsabilidad penal.

Y debe ser cierto, porque el Fiscal no ha sido aún tomado preso. Ya ve usted que es tentador este país.

Venga míster Smiling, y no se arrepentirá.

Suyo afmo.

P.

7 de diciembre de 1932.

Claro está que en Chile no es fácil hacer fortuna.

A excepción del negocio de las conspiraciones, que produce una renta segura, pagada en forma de jubilación por el Estado, las actividades comerciales no dan para sustos y mucho menos para contribuciones.

El productor que libra del Comisariato no escapa de los impuestos, y el industrial que sobrevive a la legislación social no salva de la "economía dirigida", mediante la cual los que han fracasado antes que él en los negocios, son indemnizados con un puesto fiscal e investidos de atribuciones especiales para hacer fracasar a los demás.

Pero, así como es difícil hacer buenos negocios, es casi imposible hacerlos malos. Las cosas están arregladas en tal forma que ni se gana ni se pierde. Si el comerciante obtiene alguna utilidad, se la arrebató el Fisco; pero si pierde dinero, también el Estado se hace cargo del desastre.

Cuando el quebrado es agricultor, le compra el fundo para dedicarlo a la colonización agrícola; cuando el fracasado es dueño de autobús le compra el vehículo y se lo cambia por una parcela.

Esta es la transacción que, por el momento, está de actualidad. Cien autobuses, que constituían una verdadera ruina para sus dueños, van a ser entregados al Estado, con lo cual se espera que el Gobierno pueda hacer uno de los peores negocios de la temporada.

Es de suponer que, si las expectativas no fracasan y la negociación resulta tan desastrosa como se presume, el Estado procederá, a continuación, a comprarse las victrolas, los aparatos de radio y los abrigos de pieles, adquiridos también durante el período de las vacas gordas, y que constituyen para sus dueños otras tantas inversiones casi tan funestas como los autobuses.

No seremos nosotros quienes critiquemos esta ingeniosa política económica. El día que el Gobierno se haga cargo de todos los errores financieros de sus subordinados, se habrá dado un gran impulso a las transacciones mercantiles, desterrando ese temor a equivocarse, que es la rémora del comercio, con lo cual el impuesto a las operaciones subirá a cifras increíbles.

Por otra parte, una vez que el Estado sea dueño exclusivo de todos los negocios malos del país, la situación de los particulares estará definitivamente asegurada, los Bancos otorgarán sin vacilar sus créditos y una corriente inagotable de turistas inundará nuestro territorio.

¿Qué hombre de negocio dejará de venir a tentar suerte en este campo de actividad en que —como ciertas rifas de beneficencia— se advierte de antemano que todos los números serán premiados?

Lo único que no hay que contarles es que estos buenos negocios tienen que pagar las pérdidas que dejan los del Estado y resultan al final bastante peores que los malos.

Afortunadamente este detalle no perjudica al turismo, sino todo lo contrario. ¿Quién no sentirá curiosidad por conocer un país en que los únicos comerciantes que no salen muy perjudicados son los que hacen negocios malos?

9 de marzo de 1933.

## PURA MUSICA

Ahora si que pueden decir los maldicientes que las economías del Ejército han resultado pura música: De las seiscientas cuarenta plazas suprimidas para encuadrar los gastos en el presupuesto, cuatrocientas corresponden, en efecto, a miembros de las bandas militares.

No cabe duda que tenemos muy mal ojo para hacer economías.

Entre tanto el personal del Ejército, el elemento que contaba con mayores simpatías de parte del público, era incuestionablemente el de las bandas militares.

No puede decirse que fueran muy quitados de bulla, según la expresión corriente; pero el hecho es que jamás se habían tomado la Moneda. Este solo motivo, les hacía ya acreedores al respeto de sus conciudadanos.

Inofensivos y pacíficos, su actividad profesional se ha reducido a tocar aires patrióticos, cuando más escaseaba el patriotismo, y a amenizar con sus alegres notas estas tristes horas de crisis.

Si han deliberado alguna vez —¿qué militar no delibera?— para resolver qué piezas musicales habían de tocar en la retreta, la gente no ha tenido que inquietarse por sus deliberaciones. Lejos de amargar la vida de la población, han cooperado a distraerla de sus preocupaciones y a hacerle menos penosa la existencia. Sólo momentos de solaz les debe el público.

¡Ojalá que se pudiera decir lo mismo de todo el resto del Ejército! ¡Ojalá todos los regimientos hubieran estado compuestos pura y exclusivamente de músicos!

La dolorosa experiencia de los últimos años ha demostrado que para la seguridad de los países es mil veces más útil un orfeón que un batallón en pie de guerra. Un pueblo con un ejército armado de tambores y de pífanos, tiene más pro-

babilidades de existencia, que otro cuyos soldados cuentan con rifles y ametralladoras.

Desde que los ejércitos han dado en la costumbre, harto cómoda para ellos, de luchar con sus compatriotas desarmados en vez de batallar, como lo hacían antes, con las tropas enemigas, resulta una solemne tontería seguir dando preferencia al armamento sobre los instrumentos musicales.

¡Qué distinta hubiera sido nuestra suerte si hubiéramos invertido el presupuesto de guerra en comprar cornetas en lugar de rifles y acordeones en vez de ametralladoras!

Por cierto que, dada nuestra falta de espíritu combativo, no por eso se habría evitado que el Ejército se tomara la Moneda. Es posible que don Pedro Lagos, blandiendo una batuta al frente de cuatro pianos, ya que no de cuatro tanques, hubiera entrado triunfalmente al Palacio de Gobierno, sin mayor resistencia de sus defensores; pero a lo menos, la escena habría tenido carácter más artístico. En todo caso, habría dado una impresión de concierto, y no de desconcierto como la dió entonces.

Sin duda que nuestra conveniencia habría estado en dar a las instituciones armadas un carácter musical, tratando de eliminar, en lo posible, de las filas a todos los elementos que, por su condición netamente militar, constituyeran un peligro para la seguridad de la población.

Pero se ha hecho todo lo contrario. Se ha dejado al personal más alarmante y se ha sacado, en cambio, al que contaba con mayores simpatías, al que no hacía mal a nadie, al único que llegaba tarde a tarde a la Moneda sin que jamás se la tomara. ¡No hay derecho! Lo único que no había para que suprimir en el Ejército eran las bandas de músicos. Decididamente, ¡ni con las economías la acertamos!

9 de abril de 1933.

## DRAMAS PARLAMENTARIOS

Hay en la Cámara tragedias silenciosas que pasan inadvertidas para el público de las galerías, que no aparecen en las versiones de la prensa y que apenas asoman a las páginas casi ignoradas del boletín de sesiones.

Entre esos dramas ocultos, ninguna más conmovedor que el del diputado que "tiene discurso adentro" y no encuentra ocasión de pronunciarlo.

Un día tras otro, la suerte o mejor dicho la fatalidad que decide en el sorteo diario quiénes hablarán a la hora de los incidentes, se ha ensañado en el infeliz representante del pueblo.

Pálido, desesperado, sintiendo en lo más profundo de su ser las palpitaciones del discurso inédito que considera ya fuera de tiempo, el diputado se agita en el sillón y pide una vez y otra la palabra.

¡Nada! Los oradores se suceden sin dejar entre ellos el más leve vacío. Quiere colocar el discurso como interrupción: —"Permítame una observación, su señoría". ¡En vano! El que tiene la palabra no acepta interrupciones.

Por fin, en un instante de silencio, el desventurado logra hacerse oír:

—¡Pido la palabra, señor Presidente!

—El honorable diputado no está inscrito para esta sesión.

—Pero, señor Presidente...

—Sólo con la venia de la Honorable Cámara, podría hablar su señoría.

—Yo rogaría al señor Presidente... ¡Se trata de una cuestión tan importante!

—Bien, honorable diputado... Voy a solicitar el asentimiento de la Cámara para que el honorable...

En la sala estalla una tempestad de voces.

—¡No, señor!

—¡Me opongo!

—¡No faltaba más!

—¿Con qué derecho?

—¿Y nosotros? ¿Cuándo vamos a hablar nosotros? ¡No hay paciencia!

El Presidente agita la campanilla:

—No hay acuerdo, honorable diputado.

—Pero, ¡señor, por piedad! ¡Si no hay oposición! Pregunte usted quien se opone... ¡Nadiel! ¡Nadiel!

Varias voces:

—¡Yo, me opongo!

—¡Y yo también!

—¡Y yo!

El diputado se enjuga la frente.

—Pero colegas ¡sean más deferentes! Yo en mi vida me he opuesto a que hable nadiel! Y se trata de una cuestión tan importante... Decisiva para la suerte del país... ¡Se los juro!

El Presidente se conmueve:

—Yo rogaría a los honorables diputados que se sirvieran retirar su oposición...

—¡No, señor!

—¡De ningún modo!

—¡Es un abuso!

—Honorables diputados, dice el Presidente, sean gentiles. Yo les ruego que accedan a mi pedido, como una deferencia hacia la Mesa.

A la voz de "mesa", que les recuerda la del té, los diputados se dejan convencer:

—¡Que hable!

—¡Sí, señor Presidente, siempre que sea por cinco minutos!

—Y siempre que se prorrogue la sesión por igual término...

El afectado lanza una súplica que es casi un gemido:

—¡Cinco minutos es tan poco, honorables colegas! ¡Concédanme siquiera un cuarto de hora! Piense la Honorable Cámara que tengo que decir algo tan grave... El porvenir, la vida misma del país, están en juego.

—¡Hable mañana!

—¡Mañana sería demasiado tarde, y sólo pido quince minutos, doce minutos, once...!

—¡No, señor, ¡Cinco minutos!

El Presidente vuelve a intervenir:

—Como una transacción, yo pediría a los honorables diputados que aceptaran conceder la palabra al orador por siete minutos.

—¿Se entendería prorrogada la sesión?

—Si la Honorable Cámara así lo desea...

—¡Me opongo, señor Presidentel

El Presidente deja caer los brazos con desaliento:

—Hay oposición, honorable diputado.

—¡Pero los cinco minutos estaban ya concedidos!

—¡No, señor!

—¡Sólo ha habido un debate sobre la material!

En fin, después de una discusión que dura más o menos media hora, se llega al acuerdo de conceder el uso de la palabra al diputado por el término de cuatro minutos, siempre que la sesión se prorrogue por veinte, a fin de que los diputados restantes, que no saben los que va a decir, puedan contestarle.

Así queda resuelto y gracias a ello la sesión puede continuar en la siguiente forma:

El Presidente.—Tiene la palabra el honorable diputado, señor Fuláñez.

El señor Fuláñez.—Señor Presidente...

Un diputado.—¿Me permite una interrupción, su señoría?

El señor Fuláñez.—Lo haría con sumo gusto, honorable diputado, pero es el caso que...

Un diputado.—¡Esto es inicuo! Gracias a la benevolencia de estos bancos su señoría está haciendo uso de la palabra, y ahora se niega a oír una observación de fondo que puede contribuir a esclarecer en forma definitiva este debate...

El señor Fuláñez.—¡Pero, señor!

Otro diputado.—¿Cómo se entiende esto, señor Presidente? Va transcurrido ya minuto y medio...

El Presidente.—Sólo un minuto, honorable diputado.

Otro diputado.—¿Un minuto? Le aseguro a su señoría que van tres.

Otro diputado.—¡Lo que pasa es que la Mesa se desentiende del reloj; no obra con imparcialidad!

El Presidente.—¿Reclama el honorable diputado del procedimiento de la Mesa?

El diputado 1º.—¡No haga caso de lo que dicen los idiotas!

Otro diputado.—¿Lo dice por usted mismo?

Varias voces.—¿Qué se ha figurado? ¿Hasta cuándo vamos a seguir oyendo inepticias?

El Presidente.—Llamo al orden a su señoría... Puede continuar el honorable señor Fulánez sus interesantes observaciones.

El señor Fulánez.—Señor Presidente...

Un diputado.—Permítame, honorable diputado...

El señor Fulánez.—¡Pero, señor!

Un diputado.—Aun no ha contestado su señoría a la pregunta que le formulé al comenzar su brillante discurso, acerca de si aceptaría o no interrupciones...

Otro diputado.—¡No insista, honorable diputado!

Un nuevo diputado.—¡Usted no tiene nada que ver en este asunto! Es el honorable diputado que está haciendo el uso de la palabra, el único que puede en este caso...

Una voz.—Pero deje su señoría contestar al honorable señor Fulánez.

El señor Fulánez.—Voy a contestar...

El Presidente.—Un momento, honorable diputado: Debo advertir a su señoría que el plazo de cuatro minutos que se le había concedido ha transcurrido con exceso.

El señor Fulánez.—¡Pero...!

El Presidente.—Ha terminado ya su señoría.

El señor Fulánez se desmaya en el sillón. Hasta la fecha, sigue con el discurso adentro.

28 de mayo de 1933.

La entrada de elementos jóvenes o, si se quiere el rejuvenecimiento del Senado, producido por la última elección, comienza a dar sus naturales resultados: Los senadores se han empezado a preocupar de la mujer.

Por 21 votos contra 10, la Alta Cámara aprobó, ayer, el voto femenino en las elecciones de municipales.

Es, aún, un paso tímido, vacilante y pudoroso en el camino de las concomitancias con el bello sexo. Se explica esa cordedad, por el temor reverencial que inspira a los actuales senadores la sala augusta del Senado donde vagan las sombras venerables y decrepitas de sus antecesores.

Los viejos padres conscriptos, anquilosados de alma y cuerpo, por los prejuicios y los años, se habrán estremecido en sus sepulcros.

Pero, tímido y todo, el paso dado en aproximación del sexo débil, tiene una enorme trascendencia.

Desde luego, ha permitido al público satisfacer una gran curiosidad: Saber cuál es el tipo de mujer preferido por los señores senadores.

Porque no todas las mujeres han sido favorecidas con el derecho a sufragio. Ha habido sus preferencias. ¿Cuáles son las elegidas?

El ideal femenino de los padres conscriptos —relativamente jóvenes o en buen estado de conservación que ahora tenemos— ha quedado precisado en la sesión del martes.

La mujer preferida por los senadores es "la contribuyente que no está bajo la potestad de padre o marido y que no está ni debe estar bajo guarda".

Más de dos tercios de los votos se pronunciaron en favor de este encantador tipo de hijo de Eva.

La niña, ingenua y pobre, la esposa alegre y confiada, la mujer en la plenitud de la belleza que no tiene ni padre ni marido, pero que no es contribuyente, quedaron tristemente eliminadas.

A primera vista llama la atención la repugnancia de los actuales senadores, hacia los padres, tutores y maridos o sea hacia todos esos elementos que puedan significar una defensa, una guarda o un obstáculo... Prefieren la mujer independiente y que además, disponga de una renta... El proyecto hace hincapié muy especial en que ha de ser "contribuyente".

¿No es esta una prueba de la madurez de juicio de nuestros legisladores?

Veinte años antes, acaso esos mismos hombres habrían exigido condiciones muy distintas: Belleza, ingenio, juventud, elegancia... Quizás ninguno de ellos se habría preocupado de que tuvieran bienes imponibles...

La edad, el buen juicio, "La crisis económica porque atraviesa el país", y una serie de circunstancias igualmente dolorosas, han debido, sin duda, informar el criterio de los miembros del Senado.

El ideal elegido por ellos, no es el del muchacho recién salido de la Universidad, pero sí, el del ciudadano con los 35 años de edad que exige el disparate constitucional que ahora nos rige, para ingresar a la Alta Cámara.

La mujer que vota, se confunde, de este modo, con la indicada para los matrimonios de razón.

Los senadores han hecho bien al elegirla así, desentendiéndose de los fútiles encantos de la juventud, la gracia y la belleza.

Las agencias matrimoniales podrán también modificar, con positivas ventajas para la concisión y claridad, la redacción de sus anuncios.

"Señorita con derecho a sufragio —dirán ahora los avisos—, desea contraer matrimonio con caballero serio, etc."

O bien:

"Viuda estilo senador aspira a perder sus derechos políticos, con joven de tales o cuales condiciones".

Por primera vez el amor y el derecho a sufragio, entrarán en lucha abierta.

¿Triunfará el corazón o la política?

¡Qué inmenso campo de experimentación psicológica va a ofrecer el proyecto de los senadores!

1933.

La gente es muy injusta con el pobre bichito del exantemático.

Abusan de él porque es chico, vive en barrio modesto y carece de protectores influyentes.

Las señoras, especialmente, le hacen ascos. El desdichado no tiene suerte con las mujeres. Si hablan de él —¡y caramba que lo hacen a menudo!— es para zaherirlo con las peores injurias. Ni siquiera se atreven a llamarle francamente por su nombre, y, tan pronto como alguien lo recuerda, todas comienzan a agitarse, presas de una verdadera comezón; las manos, después de algunas hipócritas evoluciones para distraer al observador, jugueteando con el manchón o la cartera, desaparecen con rumbos desconocidos; los rostros se congestionan, y los ojos dirigen miradas llenas de desconfianza e inquietud.

Claro que el animalito es algo intruso y esto le resta simpatías. Nacido en un medio humilde, no siempre se conforma con rozarse con la gente de su clase. Un concepto muy acentuado de lucha social —en esto se parece a los radicales— lo lleva a atacar a veces a la oligarquía, aunque pertenece a los explotadores “que chupan la sangre al pueblo”, como dicen los oradores comunistas. Sin embargo, es muchísimo menos peligroso de lo que vulgarmente se cree.

El número de sus víctimas es inferior a la de los automóviles, a los cuales nadie mira con repugnancia.

Si el pobrecito causa daños, lo hace únicamente cuando está enfermo. En estado de salud es inofensivo. ¿Qué culpa tiene de enfermarse? A él también le da tifus y lo natural sería tratarlo con la misma humanidad que a los demás enfermos. En vez de eso, se le persigue y se le mata. ¿No es una crueldad, un salvajismo?

Para justificar tan insólito proceder los médicos han te-

nido que achacar al desventurado díptero, con las más aviesas intenciones.

Un doctor amigo me explicaba hace poco, cómo un exantemático, dejado por cualquier cesante en el umbral de una casa podía llegar al tercer piso con el propósito malsano de picar al propietario o a su señora.

—Es cosa averiguada —me decía— que el bicho vive seis días sin comer y que camina a razón de diez metros al día. Antes de la semana ha andado, pues, sesenta metros y lo tiene en el dormitorio más alto de la casa. ¡Hay que tener mucho cuidado!

No me atreví a preguntarle si el bicho tenía brújula para no perderse en tal expedición, pues lo probable es que se desoriente y deshaga al día siguiente el camino que ha hecho el anterior; pero en tiempo de epidemia la gente no está para reflexionar.

Si lo hiciera, llegaría a la misma deducción consoladora de aquel soldado que en la guerra veía siempre una probabilidad de salvación o por lo menos de resignación.

Usted, querido lector, como el soldado, tiene en esta epidemia dos expectativas: O se halla con un cesante o no se encuentra con ninguno. Si no se topa con él, no tiene por qué preocuparse; si se topa, tiene dos expectativas: O se le pega el bicho o no se le pega.

En el segundo caso, no tiene por qué preocuparse. En el primero, tiene nuevamente dos expectativas: O le pica o no le pica.

Si no le pica, no tiene por qué preocuparse. Si le pica tiene, siempre, dos opciones: O el bicho está infestado o no lo está.

Si no lo está, no tiene por qué preocuparse. Si lo está, tiene otras dos alternativas: O contrae el tifus o no lo contrae.

En el segundo caso no tiene por qué preocuparse. En el primero, otra vez tiene dos opciones: O sana o se muere.

Si sana, no tiene por qué preocuparse y si muere... no puede preocuparse.

Pero ni siquiera hay que apelar a este género de consuelo. Basta abrir los ojos y mirar con un poco de calma lo que

está pasando. Al lado de unos cuantos ciudadanos fallecidos y que tarde o temprano habían de morir, vemos una infinidad de acontecimientos gratos, en los cuales sería grave injusticia no reconocer la benéfica influencia del bichito.

Los niños tienen asueto; los cesantes se bañan en agua caliente; los pobres reciben obsequios de ropa; los médicos perfeccionan sus instalaciones sanitarias; infinidad de ciudadanos encuentran nuevo campo para sus actividades; la gente practica la caridad; los comerciantes venden toda clase de productos químicos; los inventores descubren nuevos desinfectantes; las costureras encuentran trabajo; las litografías imprimen volantes, las industrias progresan...

Como siga la epidemia, el país se irá a las nubes, ¿a quién deberemos este resurgimiento?

Tengamos la valentía y la honradez de confesarlo: Al piojo.

El bicho, con su picada, ha sacudido nuestra inercia, nos ha despertado.

No lo ofendamos; no seamos injustos.

1º de agosto de 1933.

En materia de divorcio las reflexiones son casi tan inútiles como la ley misma.

Baste pensar que ellas se dirigen a personas que no están en pleno uso de sus facultades, tal es el caso de los enamorados, o a gente que no se deja convencer ni siquiera por su experiencia personal e insiste en practicar nuevos ensayos.

A estas personas hay que agregar el caballero de escasa imaginación que no encuentra manera de cambiar de señora sin destruir su hogar, la señora que sólo se siente "comprendida" por los que la conocen bastante menos que el marido, y otros ejemplares no tan abundantes en la fauna conyugal como para merecer los honores de la ley.

¿Habrá manera de convencerlos?

\* \* \*

Una de las particularidades más curiosas del proyecto es que se trata de una ley esencialmente oligárquica.

Sólo la gente rica podrá acogerse a sus beneficios. Ella es, en efecto, la única que se encuentra en situación de seguir manteniendo dos señoras, una jubilada y otra en servicio activo como lo manda la ley, a fin de que el divorcio no equivalga al abandono liso y llano de la víctima.

El pueblo, que suele practicar este sistema, alejándose sin mayores trámites de la casa no necesita para nada de la ley.

Los cónyuges escasos de recursos tampoco pueden hacer uso de ella, so pena de quedar a ración de hambre.

La ley es en beneficio exclusivo de los ricos, es decir, precisamente de los que no la necesitan. Sabido es que sin divorcio, ya habían encontrado la manera, mediante un buen abogado y unos cuantos testigos no tan buenos, de anular el matrimonio por cualquiera triquiñuela de procedimiento.

En realidad, no parecía necesario desprestigiar la institución del matrimonio y poner en peligro la natalidad, para que unos cuantos oligarcas economicen unos cuantos pesos.

\* \* \*

Tampoco la lógica anda muy bien en el proyecto, al permitir dos divorcios por cabeza.

¿Por qué esa cifra y no otra cualquiera?

Si el objeto de la reforma es dar facilidades de rehacer su vida, a los que se han equivocado en la elección de cónyuge, lo natural sería darles opciones hasta que encontraran la cara mitad que fuera de su agrado.

¿Se conseguirá este objeto, permitiéndoles tomar sólo una vez nuevo boleto en la lotería del matrimonio?

Es probable que el individuo que ha dado pruebas de tan mala suerte en el primer sorteo no tenga mejor fortuna en el siguiente. Más aún, puede pasar que la segunda señora le salga peor que la primera. Igual cosa le puede suceder a la señora con respecto al nuevo marido. ¿Con qué lógica el proyecto de divorcio declararía este segundo matrimonio indisoluble?

Si el fin de la ley es mejor la condición de los casados y no agravarles sus desdichas, ¿por qué se les limitan las expectativas?

\* \* \*

Un aspecto inmoral, pero agradable del proyecto de divorcio es la protección que presta al "flirt", o si se quiere, el reconocimiento del derecho de conquista.

Actualmente, el marido que sorprende a un tenorio a los pies de su señora, tiene derecho, a lo menos, a increparle su conducta, sin que éste tenga nada que objetar.

El galán está en la situación del individuo que intenta cometer un delito.

Pero, dictada la ley de divorcio, se cambian los papeles, y el enamorado puede llamar al orden al marido.

—¿Con qué derecho usted que ha sido partidario del divorcio, usted que ha propiciado el proyecto que permite casar-

se con la esposa de cualquiera, me impide que me prepare al cumplimiento de la ley? ¿Cómo va a divorciarse la señora si no la deja ni siquiera enamorarse? ¿O quiere usted que esta segunda vez se case sin amor, lo mismo que la primera? El propósito manifiesto de cumplir una ley de la República, lejos de ser un delito, me parece que es un acto de civismo, digno del mayor encomio. Le ruego no interrumpirme en mis labores cívicas”.

Y si el marido no es un testarudo, tendrá que darse por vencido.

\* \* \*

Los únicos que en definitiva están reventados con la ley, son los hijos.

Si los padres no son bastante precavidos para suprimirlos en previsión de un posible divorcio, corren el grave peligro de pasar una vida muy desagradable.

El proyecto les nombra curadores, cuando la separación de los papás se ha producido y las cosas no tienen compostura.

Hasta ese momento ellos no tienen medios de defenderse ni de hacerse oír en un asunto de tan capital importancia como tener o no madrastra.

¿No sería muchísimo más útil para esos pobres chicos, tener alguien que abogara en favor de su derecho a no cambiar de padres?

De seguro, si fueran escuchados, el divorcio no llegaría a realizarse.

1º de agosto de 1933.

Cuentan de un cura de campo que no sabía bien sino una plática. Era un discurso sobre la confesión.

Cierto día le tocó hablar de San José:

—Como sabéis hermanos míos —dijo— San José era carpintero; siendo carpintero, lógicamente podría hacer confesionarios, y, a propósito de la confesión... Y se lanzó con la homilía.

El recuerdo de este cuento, que no tiene más gracia que sea corto, me asalta muchas veces en la Cámara.

La gran masa ciudadana, el respetable público, como lo llaman en los circos; el electorado como se dice en el Parlamento; en una palabra, la gente que no tiene pase libre en los Ferrocarriles del Estado, cree con deliciosa ingenuidad que para que una ley sortee con éxito las escolleras del Congreso es requisito indispensable que los más expertos dirijan a grandes voces la maniobra.

Nada, nada. La dirección siendo muy útil ne es del todo indispensable, porque, como recuerda Anatole France, cuando un barco está sin timón es guiado por los escollos.

En la Cámara los escollos suelen ser de efecto decisivo.

Rara vez un buen discurso en favor de un proyecto, puede atraerle tantas voluntades como uno malo en contra suya.

¡Que enorme poder de convicción tienen los malos argumentos!

El fenómeno se observa día a día en la Cámara. Caracteres enérgicos que habían resistido incólumes la dialéctica y las cifras elocuentes de los defensores de un proyecto, se dan por convencidos de su conveniencia al oír las líricas impugnaciones de los adversarios.

Si no fuera pecar de suspicacia se creería que algunos discursos de la oposición han sido hechos a pedido del Gobierno.

El prototipo del defensor "malgré lui" es el diputado "de un solo discurso" como el del cura de marras.

La Cámara se sabe casi de memoria el discurso único. Trátese de un proyecto de fomento agrícola, educacional, filatélico, salitrero o económico su infeliz poseedor no pierde la ocasión de pronunciarlo.

En el actual debate sobre la Cosach, ya el lector habrá tenido o tendrá seguramente oportunidad de oírlo.

Para que no le pase inadvertido, conviene darle un esquema de su texto; erizado de ataques al Gobierno, al sentido común, a la estadística.

El discurso único es más o menos el siguiente:

“Entro a este debate, señor Presidente, sin más armas que las sinceras convicciones que han guiado siempre mi actuación política y parlamentaria.

Me refiero a las convicciones izquierdistas que bebí en mi infancia —el diputado ha sido criado con leche de burra— y he seguido bebiendo infatigablemente en el curso de mi vida. No necesito, señor Presidente, conocer el proyecto en debate para tomar parte en esta discusión, cuyas tristes consecuencias han de pesar seguramente sobre las débiles espaldas de los eternos explotados (Aplausos en la galería). No sé de qué se trata ni deseo saberlo, señor Presidente. Modesto hijo del pueblo condenado desde mis primeros pasos, por obra del capitalismo, a la miseria y la ignorancia, me basta y sobra con alzar mi más enérgica protesta. ¿Qué significa este proyecto, señor Presidente? ¿De qué se trata, qué busca, qué persigue? No me lo explico, honorable Cámara. El imperialismo extranjero ha hecho ya demasiadas víctimas en el país. Falta la conciencia social que imprima un rumbo definido a la deshecha nave del Estado. Mientras existan explotadores y explotados, débiles y fuertes, grandes y pequeños, enfermos y sanos, jóvenes y viejos, yo seguiré gritando, señor Presidente, que la redención integral de las masas, por las masas y para las masas es una palabra vana. ¿De qué sirven las masas si no hay pan? ¿De qué sirven los proyectos si los proyectos no se comen? (Frenéticos aplausos en las galerías)... Se habla de justicia, señor Presidente; pero ¿qué cosa es la justicia? Se habla de desorden, pero ¿qué cosa es el desorden? Se habla de crímenes y dictaduras. Pues bien, señor Presidente, yo aplaudo el

crimen y la dictadura! ¡Si, honorable Cámara, yo los aplaudo y los venero, porque en la férrea nebulosa de nuestro yo íntimo, una de cuyas ramas más preclaras, resuena con el perfume de las velas desplegadas en el gredoso y fecundo surco del progreso, ellos son la mancha que redime, el sol que canta, la esperanza que boxea, y la muerte que sana. Por todas estas razones, señor Presidente, me veo en la dura y cruel necesidad de oponerme al proyecto del Gobierno. Yo no puedo permitir que los audaces sigan medrando sin que nadie los vea ni los sorprenda. No acepto que mediante algunas de esas disposiciones sibilarias que seguramente no están en el proyecto, pero que están en la conciencia pública, la banca internacional, el imperialismo, el judaísmo, en una palabra, la burguesía imperante continúe tratándonos como esclavos al implorarnos que no los estafemos, como lo exige nuestro deber de nación honrada y respetuosa de sus compromisos. Porque yo, señor Presidente, puedo afirmarlo por propia experiencia, los ciudadanos más honestos, sin excepción alguna, han vivido, viven y continuarán viviendo de la coima, que les cobran a esos inmorales y mezquinos usurpadores extranjeros. Creo que no es necesario agregar más, después de este concienzudo y sereno estudio crítico, para demostrar los errores de derecho y los graves inconvenientes de orden financiero e internacional de que adolecen cada uno de los artículos del proyecto en discusión. Por eso votaré en forma negativa. He dicho”.

¿Se explica, ahora, el lector que una pieza oratoria semejante sirva para impugnar lo mismo un proyecto de control de cambio, que de fomento del lobo marino o de reorganización de la industria salitrera? ¿Comprende también, ahora, el efecto persuasivo del “discurso único” sobre los oyentes que aún no han perdido por completo el juicio?

Octubre de 1933.

Está de moda ensañarse con el socialismo. Escritores y economistas, sin duda, agriados por el hambre, parecen haberse puesto de acuerdo para atacarlo en todo el mundo.

Y no hay derecho a hacerlo: El socialismo es en todo caso, una de las más nobles manifestaciones de la tontería. Es decir, de acuerdo con la frase bíblica: "Infitus est stultorum numerus", es el sistema más apropiado y más conforme con el gusto de la mayoría de la humanidad.

La economía dirigida, la intervención del Estado hasta en la sopa, la burocracia, las leyes sociales para mantenerlas y la fijación de precios, son cosas que no requieren recomendación.

Nada más apto que el socialismo para producir el hambre. Es un aperitivo y desde ese punto de vista hay que mirarlo.

Lo malo es que no se le sabe utilizar.

Si provoca crisis hay que recomendárselo a los pueblos que están excesivamente robustos y necesitan bajar de peso o mejor dicho de pesos, y no decir por eso que es malo. Una temporada de pobreza es muy educativa y sienta tan bien a los ricos como a los obesos.

Por otra parte, hay que reconocer que al pueblo le encanta la ideología socialista. A trueque de este agrado, se le puede sacar mucho dinero y dar ocupación a costa suya, a innumerables jóvenes de la burguesía que quieren dedicarse a empleados.

No hay que reírse tampoco de la economía dirigida. El sistema actual de que manejen los negocios los interesados, es funesto. Los que no tienen dedos para organista, fracasan, y los negocios quedan, así, entregados a los más aptos, a los que obtienen dinero, es decir, precisamente, a los que pueden ganarse la vida. Si se les propone que acepten un puesto públi-

co, para encauzar desde allí la economía nacional, exigen mucho o no aceptan el cargo. En cambio, los fracasados aceptan inmediatamente y, gracias al sistema de la economía dirigida, se les da trabajo y se les coloca al frente de la industria.

Cuando se hacen cargos al socialismo y en particular a las leyes sociales, no se toma en cuenta lo que hay de hermoso en esa legislación.

Cada ley social le cuesta, sin duda, a los patrones, un ojo de la cara y al pueblo muchos miles de cesantes, puesto que el industrial reduce el número de obreros a medida que empeora su negocio. Pero, ¿qué hay en esto de criticable? Cada uno paga con lo que puede: Los ricos con su dinero y los pobres con su persona.

¿No es este el mismo sistema que aplica la Justicia? El que no puede pagar las multas, paga con prisión, es decir, con su sacrificio personal.

Cierto es que las leyes sociales no las aprovechan ni unos ni otros, sino los empleados; pero, ¿no es un acto bello, de armonía y solidaridad que el capital y el trabajo aúnen sus fuerzas en favor de los que no trabajan?

¿Se ha pensado alguna vez en lo que pasaría en Chile si se suprimieran las leyes sociales? Posiblemente las industrias, libres de esa carga, ocuparían más gente y no habría cesantes; pero, hay que recordar, que terminados los desocupados, disminuiría también el exantemático y, ¿qué haríamos entonces, con los servicios sanitarios?

Se protesta, por otros, de la política de fijación de precios y se ataca ese mecanismo tan ingenioso del Comisariato, gracias al cual, sin mejorar el standard de vida, se impiden primero las siembras y después las exportaciones —lo que, sin duda, es una pérdida— para dar luego lugar a la campaña del grano y al fomento de la exportación, mediante primas, lo que también constituye un desembolso.

Por el solo capítulo de la cebada —se dice— el Comisariato representa para la agricultura una pérdida de veinte millones de pesos. En vez de venderla a \$ 60, la cebada se ha vendido a 40. Para obtener este precio ha habido que pagar primas

de exportación por gruesas sumas. Total: un lote de millones, perdidos sin provecho para nadie.

¡Cuánto habría mejorado la economía nacional —se exclama— cuánto habría mejorado la condición del proletariado y la suerte del país!

Se mira lo material; no se piensa para nada en la ingenuidad del mecanismo.

Se olvida, también que, gracias a ese procedimiento se ha logrado mantener la mala situación y el cambio bajo, que permite el buen funcionamiento de los lavaderos.

Además, no sería decosoro que un país pobre como el nuestro, estuviera boyante, mientras los más ricos se ahogan en la crisis.

No. Hay que tener espíritu cristiano y, no porque el socialismo nos tiene reventados, tratar a nuestra vez de reventar al socialismo, sobre todo ahora que el pobre está casi agonizante y todo el mundo se le ha ido encima.

4 de noviembre de 1933.

Para convencerse de que el arte tradicional no anda mejor que el de avanzada, conviene ir a ver la exposición de "maquettes", por no decir marraquetas, para el monumento del Arzobispo Errázuriz.

Entre el arte que mira hacia el pasado y el que mira hacia el futuro, entre el arte que plagia y el arte que ensaya, no sabe uno realmente a qué carta quedarse. Si el pasado produce bostezos, el porvenir provoca náuseas.

Todas las argucias de la pastelería parecen haberse dado cita en la Sala Germain para conspirar contra la venerable y rígida figura de don Crescente Errázuriz.

No es necesario advertir que hay excepciones. Así como en el salón oficial algunos cuadros de Burchard y de Ortiz de Zárate gritan "¡Aun tenemos arte, ciudadanos!", en el concurso de "maquettes" los proyectos presentados por Anita Lagarrigue y por Domínguez, sobrios de líneas y modernos, se apartan de los dominios de la torta y claman por un material más duradero que el mazapán o la pasta de almendras.

En cuanto a la casi totalidad de las obras restantes, valdría más no recordarlas si no fuera que su contemplación resulta tan benéfica al espíritu como la lectura del Eclesiastés o de la Imitación de Cristo.

¡Qué inmensa lección sobre la vanidad de las cosas humanas fluye de esos pelotoncitos de yeso!

"El hombre pasa como las naves, como las nubes, como las sombras".

Se ve que, a ejemplo de la muerte, la escultura nacional no respeta ni la virtud, ni el talento, ni la ciencia, ni la edad, ni las altas dignidades.

¡Pobre don Crescente! Al verlo reducido a tan triste si-

tuación, dan deseos de decirle como Kempis: "No eres más porque te alaben, ni menos porque te vituperen. Lo que eres delante de Dios, eso eres y no más".

Es el único consuelo que podemos ofrecer a su espíritu cristiano en estas póstumas tribulaciones.

Porque la gente que no ha ido a la sala Germain, no tiene idea de las barbaridades que se han hecho a costa de la imponente figura del Prelado.

En el centro del salón, a la sombra de un alfeñique gigantesco, coronado por la figura del Redentor, se ve a don Crescente sentado en una sillita en actitud de esperar al fotógrafo. El pobre caballero no parece darse cuenta del peligro que le amaga con el desmoronamiento de la pirámide confusa de figuras que se eleva a sus espaldas; pero uno percibe el riesgo a la primera ojeada y siente deseos locos de avisarle: —¡Quite-se, por favor, Su Señoría Ilustrísima, porque le va a caer el alfeñique!

Y menos mal que en esa "maquette" se trata sólo de un peligro próximo y el Arzobispo no ha sufrido perjuicios materiales.

En cambio, en otra estatua que para colmo tiene un hermoso pedestal se le ve con las piernas reducidas a la más mínima expresión y de talla no más aventajada que don Conrado Ríos.

En un tercer proyecto, más irrespetuoso que los anteriores, don Crescente aparece de escote, con un vestido de baile muy pasado de moda y un aspecto de suegra fatigada que no le sienta en lo más mínimo.

Siempre en el camino de la irreverencia, en un cuarto monumental el ilustre Arzobispo, aparece con las manos en jarra, con el aire jacarandoso de quien se dispone a bailar una jota. ¡No hay paciencia!

A lo menos los proyectos que rodean al Prelado de perros y ovejas o de bancos para esperar el tranvía, si no son tan originales son más inofensivos.

De todos modos, la perspectiva que se presenta para la ciudad está lejos de ser alagadora.

El número de proyectos encomiables es escaso y si el juicio favorable del jurado no recae en alguna de esas honrosas excepciones, la capital tendrá que resignarse a completar su colección de mamarachos. ¡Y tenemos tantos!

Diciembre de 1933.

La casualidad me puso ayer frente a un economista práctico, con ideas absolutamente nuevas.

Fué en un tranvía Carmen-Lira. El economista surgió del asiento del frente, sin que mediara provocación alguna de mi parte.

—Lo que pierde a este país —me dijo— es la rutina. Se trata de seguir resolviendo en forma razonable, como se hacía antes, una serie de problemas producidos pura y simplemente por la falta de razón. La lógica nada puede contra el disparate. El diamante sólo se raya con diamante. Para acabar con el absurdo hay que utilizar otro absurdo mayor. Ahí tiene, por ejemplo, el presupuesto: se le quiere reducir, como se hacía en otros tiempos, recortando aquí un sueldo exagerado, allá un empleo inútil, acullá una partida innecesaria, y resulta que no hay por donde comenzar. Si se parte del prejuicio de que el presupuesto tiene por objeto el bien de la colectividad, en vez del bienestar de los empleados; si se parte de la base que el personal hace expeditos los servicios en lugar de complicarlos, y que las fuerzas armadas son más útiles para defender las fronteras que para echar abajo los gobiernos, es imposible hacer economías.

La práctica demuestra, sin embargo, que casi la totalidad del presupuesto se gasta en sueldos y jubilaciones; que los funcionarios en servicio activo trabajan menos que los jubilados y que por cada guerra exterior hay un promedio de seis revoluciones. Todo esto se lo digo para demostrarle que el presupuesto no es tan necesario como se ha dado en sostener. Claro está que no convendría suprimirlo de repente, porque eso sólo serviría para aumentar la cesantía y provocar dificultades; pero se podría reducir a la mitad.

—¿A la mitad?

—Sí, señor, sí; a la mitad; pero de común acuerdo con los interesados.

—No comprendo.

—Por supuesto: usted está imbuído en el viejo sistema de las reducciones hechas por la fuerza, a espaldas del empleado. Mi método es muy distinto. Está basado en la persuasión...

—¿Sí?

—¡Hablando se entiende la gente! Yo, en el caso del Ministro de Hacienda, me acercaría a cada empleado y le diría: —“¡Ud. está ganando aquí quinientos pesos; es harto poco para un hombre joven y lleno de iniciativas como usted! Además, tiene la obligación de venir a la oficina, firmar el libro de asistencia, aburrirse y bostezar durante seis horas al día. ¿Qué le parecería recibir la mitad de esa remuneración sin tener que venir al Ministerio? ¿No se cree usted capaz de ganar, disponiendo de toda la jornada, doscientos cincuenta pesos al mes, o sea la mitad de lo que le paga el Estado?” Si me decía que no era capaz, lo echaría por inútil, o le reduciría el sueldo sin escrúpulos a la suma en que él realmente estimaba su trabajo. En una u otra forma, con o sin acuerdo, el presupuesto quedaría reducido a la mitad en lo que toca al personal civil.

—¿Y en cuanto a los militares?

—Bueno, bueno, en cuanto a los militares, el asunto sería un poco más difícil... No les reduciría el presupuesto, pero los civilizaría.

—¿Cómo dice usted?

—Los volvería civiles: seguirían ganando el mismo sueldo, pero dedicados a otros ramos más reproductivos. Creo que no sería difícil hallarles colocación. Los zapadores podrían continuar haciendo puentes, los artilleros se dedicarían a la minería, los ferrocarrileros ingresarían a la Empresa, la caballería y la infantería contribuirían al desarrollo de la agricultura. Me parece que, entre estar haciendo flexiones en el patio de un cuartel sin beneficio para nadie, o hacer las mismas flexiones para sacar matas de rábano o de papas, no cabe discusión.

—¿Y la Marina?

La Marina aprovecharía los conocimientos náuticos de su personal, en al industria pesquera. ¿Se da cuenta usted de lo que significaría para la economía nacional el valioso aporte de las fuerzas armadas, al cambiar como Cincinato la espada por los instrumentos de labranza? Sin contar que para la estabilidad de las instituciones es mucho más conveniente una pala que un fusil y una caña de pescar que una lanza. Con poco que mejoraran las industrias extractivas, el gasto del presupuesto quedaría compensado y se economizarían muchas gratificaciones. ¿No cree usted que mi proyecto merece contar con el apoyo de los poderes públicos? ¿Qué observaciones le hace usted? ¡Vamos a ver!

No alcancé a hacerle ninguna, porque tuve que bajarme del tranvía.

Diciembre de 1933.

En otros países acaso lo sea; pero en Chile no es una gan- ga pasar a la inmortalidad.

Desde que el grande hombre, haciéndose cuanto puede de rogar, franquea los umbrales de esta mísera existencia, comienza para él una vida mil veces más activa que la que acaba de dejar.

Los oradores —hay especialistas en discursos fúnebres— lo toman por su cuenta; los periodistas le inventamos todo género de anécdotas; los congresales presentan mociones para rendirle honores públicos y los amigos más dinámicos comienzan a recoger erogaciones, lo que vale al pobre muerto innumerables refunfuños y gruñidos de los “generosos donantes”.

Se organiza el comité que habrá de hacerse cargo de la erección del monumento y entonces sí que arde Troya.

Los escultores se amargan, los polemistas se enfurecen, los jurados se dan por ofendidos.

La forma del monumento, el material de que será construído y, sobre todo, la elección del sitio en que habrá de elevarse en la ciudad, son materias en que jamás dos opinantes logran ponerse de acuerdo.

Si hay alguna discusión ociosa es ésta de la ubicación ya que se sabe que las estatuas en Santiago son más movibles que los autobuses y tan pronto aparecen en una calle central como en una plaza de los suburbios; pero, al erigirse el monumento, todos parecen olvidados de esta característica ambulatoria, y la futura estatua del egregio ciudadano es trasladada en imaginación de un extremo a otro de la capital.

Más de una de tales desdichas, naturales a todas las estatuas, le ha sucedido ya a don Crescente Errázuriz; pero a ninguno de sus colegas de inmortalidad le habrá acontecido algo tan grave como lo que ahora amenaza pasarle.

Después de largos debates se había llegado al acuerdo de

que su monumento debía representarlo de cuerpo entero. Ya era mucho, saber que no se trataba de una estatua ecuestre ni de un busto. Don Crescente iba a lucir su acrecentada figura, cupiera o no cupiera en la plazuela que se le había destinado; pero el monumento, antes de estar construido, ha comenzado a achicarse.

Un arquitecto, tomando en cuenta la estrechez del local, ha propuesto que se haga sólo un busto.

Otro arquitecto, entusiasmado con la innovación, ha sugerido que se haga una pila que tenga como motivo ornamental la cabeza del Metropolitano.

¡Si a lo menos se tratara de una pila de agua bendita! El ilustre prelado se habría sentido así más en su elemento. Pero se trata de una fuente vulgar y corriente. ¿A que viene meter dentro de una pila a un Arzobispo? Si se pensara elevar un monumento al Director de la Empresa de Agua Potable o de la oficina de Pesca, santo y bueno; mas, ¿por qué buscar tan acuático refugio para el ilustre historiador de la colonia?

Y estamos sólo en las primeras lucubraciones. Así como el proyecto primitivo, se ha reducido poco a poco de estatua de cuerpo entero a simple busto y de busto a ornamento de una pila, ¿quién asegura que mañana no se proponga la supresión de la cabeza y se deje solamente la bicoca?

Como en aquel juego de las "cebollitas" en que los chicos sin más esfuerzo que cambiar la posición de los brazos se convertían sucesivamente en ollas, jarros u otros artefactos, mientras el comprador fingía ir a su casa en busca de dinero, asistimos ahora a una serie de transformaciones tan inesperadas como sorprendentes.

Se sale una mañana de la capital cuando más animadamente se discute la actitud que había de darse a la escultura, y al regresar se pregunta a cualquier santiaguino.

—¿Y qué es del monumento a don Crescente?

—La estatua se volvió pila —responde el interpelado, y no queda siquiera el derecho a extrañarse. Hay precedentes. Hace poco en el Cerro San Cristóbal pasó una cosa parecida. Se había construido una gran escalinata de piedra y cuando ya

el público se preparaba a lucir la subida a los turistas, se acordó de la noche a la mañana soltar el agua y volverla cascada.

En una ciudad en que las estatuas se convierten en fuentes y las escalinatas en caídas de agua, no se puede tener seguridad de nada.

Con que nos dieran garantías de que el monumento al Arzobispo Errázuriz va a quedar en pila y esta no va a transformarse en horno de pan o en cocina económica nos debiéramos dar por satisfechos. Pero, ¿no sería muchísimo mejor, ya que la gente se ha puesto de acuerdo en levantar una estatua y hay pendiente un concurso para elegirla, refrenar la fantasía innovadora y persistir en la primera idea?

Febrero de 1934.

Si la famosa carta, que con la firma de don Carlos Ibáñez, se ha hecho circular en el Ejército, es auténtica, habrá que reconocer que el General ha evolucionado considerablemente en materia de táctica revolucionaria.

Los propósitos de salvación nacional, tan bien intencionados como pintorescos, cuya realización confiaba antes a las armas, los confía hoy al papel.

La espada cede el paso a la pluma estilográfica, y el tanque es reemplazado ventajosamente por el escritorio de cortina.

El espíritu revolucionario del caudillo, no ha variado; pero sí, los medios de ponerse en contacto con sus huestes.

Desgraciadamente para él, lo que ha ganado en facilidades de transporte, lo ha perdido en cuanto al número y la eficacia bélica de sus adeptos.

La primera revolución la hizo a caballo, al frente de un regimiento.

La segunda, intentó hacerla en avión, con el seudónimo de Domingo Aránguiz y sin acompañantes.

Esta tercera —de proporciones más modestas— ha pretendido hacerla por correspondencia.

No ha sido extraño, sin duda, a tal cambio de sistema de comunicación, el apoyo que parecía ofrecerle en este caso el Block de Izquierda.

Hay en el señor Ibáñez una especie de mimetismo político que le lleva a identificarse en cuanto a procedimientos de transporte, con el medio ambiente revolucionario en que desarrolla sus operaciones.

Cuando contaba con la caballería, usó caballo.

Cuando creía contar con la aviación, utilizó el aeroplano.  
Ahora, que esperaba contar sólo con el Block, usó la carta.

Este es el sistema ad hoc  
Para el revolucionario  
Que, aspirando a mandatario  
Cuenta sólo con un block.

Año 1935.

Es cosa averiguada que a la gente seria le revientan los poetas de vanguardia.

No entiende su poesía y, lo que es peor, no entiende las explicaciones con que intentan justificar la nueva estética los escasos iniciados.

Cierto es también que las explicaciones son casi más confusas que los versos, como puede observarse por los siguientes párrafos, de Volodia Teitelboim, joven poeta, autor de una "Antología" valorizada con sus propias obras:

"El arte —dice— cimera expresional de la infra estructura económica, a donde asciende tras múltiples procesos sublimatorios, con analogía a las demás manifestaciones de la vida colectiva, es simultánea al corazón del tiempo, adentro de cuyo espacio canta, a modo de reloj, su latido existencial".

Y para mayor claridad agrega:

"Auténtico artista —humano singular en función de voz plural—, sólo es el ser naturalmente dueño de una energía hipersensible, eufórica, esforzándose hasta la identidad cenitaria en el clima temporal".

Claro está que después de la exposición de principios de este "humano singular", el lector echa al diablo la nueva escuela, el libro, el poeta, el editor y hasta el tipógrafo que ha cooperado a divulgarla.

Sin embargo, si se mira con más calma y, del principio abstracto, se desciende a lo que podríamos llamar "la mecánica" de la poesía vanguardista, se ve que ella es relativamente sencilla.

Ni siquiera se requiere aquella aguja de navegar cultos, con que Quevedo pretendía orientar a los naufragos del gongorismo, ni la clásica receta:

"Quien quisiera ser culto en solo un día  
La jeri — aprenderá — gonza siguiente"...

La nueva jerigonza, exige solamente, junto con el olvido total de la gramática y de la lógica más elemental, la adopción del adjetivo que menos corresponda al sujeto.

Así conviene decir:

La "tibia" nieve, y la "mullida" piedra  
La "oscura" luz, y el "perfumado" chingue.

Ahora bien: si se trata de un elefante, habrá que escribir:

El romo y grácil pájaro que al circo  
Presta verdor de yermo populoso.

De este modo, como el paquidermo no es pájaro, ni grácil, ni mucho menos romo, ni verde, nadie entenderá de lo que se trata y el lector quedará en plena libertad para imaginar lo que quiera.

Si tiene propensión a lo fantástico puede que, con estos elementos, logre componer un monstruo que le satisfaga y encuentre, por lo tanto, que el poema tiene una enorme fuerza descriptiva.

No hay que olvidar que —dentro del concepto de "la nueva sensibilidad"—, la poesía debe ponerla el lector y no el poeta.

Sin duda, que la situación es muy cómoda para éste, pues, no tiene que gastar ningún talento: le basta con hilvanar palabras sin sentido.

Pero, ¡ay! del infeliz que tiene que descifrar el logogrifo.

Hasta hace algunos años, cuando sólo se trataba de buscar nuevas metáforas, el rompecabezas era soportable.

Si a uno se le hablaba, siguiendo el ejemplo anterior, del "colmillado bombero africano", de la "ducha aplastante del zoológico", o de la "regadera equilibrista y selvática", podía caer en cuenta de que aquello debía ser un elefante, guiándose por los adjetivos; pero ahora el sutil hilo de Ariadna se ha cortado.

El Disparatario de Quevedo, tan útil para interpretar el lenguaje de las damas culteranas que llamaban, "llegó" al vi-

no y decían al dentista "Empiédrame la habla, que tengo la voz sin hueso" o al peluquero que había de teñirles el cabello: "Peléame esos siglos cándidos y oscuréme esas albas", no sirve ahora de nada.

La interpretación del pensamiento poético queda confiada por entero a la adivinación de los lectores.

No le basta, sin embargo, a los vanguardistas en su afán de oscuridad, con prescindir de la razón y adjetivar a la ventura.

Como el alemán del cuento que preguntaba a sus lectores: "Qué será un ave que tiene cuerpo de gallina, ojos de gallina, cabeza de gallina, que pone huevos y que además "habla" —esto último lo ponga paga haceglo más difícil"— los nuevos poetas para hacer la adivinanza más difícil, han descubierto el trastrueque de los cinco sentidos:

Las sensaciones auditivas se perciben, según ellos, por los ojos; se gusta con las orejas; se mira con la lengua y se palpa con la vista.

Con toda naturalidad escriben, por ejemplo:

Masco el silencio verde  
De la luz aromática  
Grávida de sonidos  
Con sabor a miradas.

Ahora bien; si a esta intríngulis sensitiva se agrega una ausencia completa de sentido común: vr. gr. "se abre una tumba y se ve el mar", "las campanas andan en ómnibus por el aire", "los peces aullan jugando ajedrez", etc., se tendrá el cuadro clínico de la nueva lírica.

Hace poco cayó en mis manos una oda de Pablo Neruda a Federico García Lorca, que contenía datos sumamente interesantes relacionados con el colorido de los establecimientos sanitarios. Reuní a tres médicos amigos y les hice la siguiente pregunta: —¿Por qué pintan de azul los hospitales?

Los tres estuvieron de acuerdo en que no era costumbre pintar de azul los hospitales; pero que, en caso de hacerlo, ello debía ser por las moscas.

—¿Están ustedes bien seguros?

—Sí, hombre: por las moscas.

—Se equivocan —les dije— es por García Lorca.

Abrieron tamaños ojos. Entonces, sacando del bolsillo la poesía de Neruda, se las dí a leer:

“Porque por ti pintan de azul los hospitales  
Y creen las escuelas y los barrios marítimos  
Y se pueblan de plumas los ángeles heridos  
Y se cubren de escamas los pescados nupciales  
Y van volando al cielo los erizos”.

Ni aún así los médicos se convencieron. Antes que dar su brazo a torcer, prefirieron emitir un diagnóstico muy poco tranquilizador sobre el estado mental del poeta.

Y, sin embargo, este es uno de los más destacados con que cuenta el país.

No cabe duda de que la poesía de vanguardia es más fácil de escribir que de entender.

De ahí que la admiración que antes se tributaba a los poetas, haya hoy que reservarla íntegramente a los lectores.

30 de noviembre de 1935.

## CARTA VANGUARDISTA

Sin comentarios reproduzco la siguiente carta:

"Señor redactor:

Aunque atareado de ocios y en función de cesantía expresional, no puedo dejar transcurrir en gárrulo silencio, su hediondo artículo sobre "Poesía de Vanguardia".

Sus cacareos de perro filatélico y su sonora adiposidad espiritual, que sabe a poste de teléfono o a logaritmo traducido del francés, se han embotado en lo más cárdeno y rotundo de mi sensibilidad y no pueden ser tomadas en píldoras de rosario, o cuenta, como dicen los sub-fósiles de la expresión.

En misión respuestativa me basta, aconventillándome en la Ley de Imprenta, con exigir —pleno de dictadura anímica— la publicación del "Ofertorio Lírico" a Pablo Neruda, sudado en trance de belleza, bajo anónimo cielo castellano, por la estilográfica de Cecilio Melgar, una de las cimeras más prolíficas; de la núbil estética.

Abolle sus dientes de sotana y sus garras de víbora burguesa, en el macizo fulgor de estas dulzuras:

### OFERTORIO LIRICO

Y vienes solo, solo con tu sombra y tu sombra  
Que hiede a trópico y a sal.  
Desnudo de maletas, con desnudez de fiera,  
Una alondra en la jaula del tórax y en la grupa  
una flor  
tropical.

Son las tres menos diez  
Y Madrid  
(¡Olé tu mare y que ángel tiene  
er tío aquell)  
Masca la siesta y se la traga

Y le pone dos ruedas  
Y un ala  
Y una aleta  
Para salirte a ver  
Ríe el patán de tu nudismo  
Los sobacos de todas las plazuelas  
Marcan ochenta grados Fahrenheit  
Y las comadres se santiguan:  
"¡Córcholis, que chulo es!"  
Tiene gracia el indiano  
en su expresión de cocotero  
y su sonrisa de almirez.

Nadie ordeña la estrella  
en pepitoria  
que canta dentro  
de tu ser.

¡Qué negro eres de sol y de noche fulgentes!  
¡Cómo aullan tus ojos soledad!  
Lírica llama andina con puna de estratósfera  
jaguar cesante  
potro con plumas de quetzall  
¡Arre, maestro! ¡arre!  
¡El desdén es tu mayorall

El poeta es un asno con albarda de nubes  
Bitácoras de rimas y fórceps de ilusión;  
Le espolean estrellas, le cinchan Ecuadores  
Y le guía el Centauro con su llave de sol.

Do, re, mi, fa. El cencerro.  
copa exhausta, sacude la aceituna  
del cocktail  
que embriagó a la Osa Mayor!

Y así vienes, maestro.  
Estremecido de Tercianas náuticas,

Sudado de Baedeker,  
—“oui” — “Ja” — “Va bene” — “All right” —  
Ebrio con el mercurio de todos los termómetros...  
¡Cien quintales de noches  
atados con alambre de aullidos sobre el lomo  
y un plenilunio bajo el panamá!

¿Qué no oyeron tus ojos,  
Qué no gustó tu oído,  
Qué no miró tu lengua gris,  
Qué no olió, a gritos tu meñique  
ni gustó, entre mordizcos  
sapientes, tu nariz?

Por sobre los ombligos y las urbes  
Los rascacielos y los silogismos  
Los anfitriones y los anfiteatros,  
Tiznado de horizontes, de Kodaks y museos  
con bostezos de bridge, y ansias de perro  
Has puesto cacareando,  
en el lecho sin sueño de todos los hoteles  
el huevo azul de tu emoción.

Oh, los mástiles prófugos  
Eh, los hipos sin patria  
Uh, los codos nostálgicos,  
que ululan y avizoran  
los ósculos errantes  
alzando el teodolito  
de Brandy, Whisky o rón

Un pez ha ido a pescarse en una hamaca  
con pretensiones de “sutien”.  
Peludo estás maestro, de sombras y visiones:  
Buenos Aires, el Chaco, Zurich, París, Hong-Kong.  
Pegaron la etiqueta de todos los hastíos  
en tu asombrado mapamundi,  
plaza sin muros y sin hambre.

No importa: en la gangrena del crepúsculo  
Araña el cielo el Andes de tu voz.  
Por mi boca de pozo  
sin estrellas ahogadas,  
Madrid, canta ¡oh Maestro  
La epifanía de tu refracción.

Digiera, en paréntesis visual de excelsitud, la mística cilíndrica de este ofertorio, verdadera "novia sin flores ni globos de pájaros", para citar un verso del máximo Huidobro, y cuenta de antemano, con la indiferencia más violenta y la incompreensión más rítmica, de S. S.—(Firmado).— Onías Pérez P.— Lota".

4 de diciembre de 1935.

## FRACASO EXPLICABLE

Un inconveniente grave —además del aumento de la legislación— traen consigo estos largos períodos de sesiones del Congreso.

Como los alumnos al final de un curso árido y prolongado en demasía, los parlamentarios —en especial los parlamentarios aplicados—, llegan al término del año, en un estado de agotamiento cerebral que causa lástima.

Por cierto que a los porros y los flojos, que apenas atienden y distraen sus ocios garabateando sus cuadernos, poco les hace que el curso sea corto o largo, interesante o fatigoso. Son los otros, los alumnos aprovechados, los que sufren y, ¡qué tragedias tan grotescas suelen ofrecer a los ojos incomprensivos y burlones de los curiosos que se asoman a observarlos!

El joven empeñoso, algo pedante, ansioso de lucimiento, que durante todo el año ha disertado con deliciosa suficiencia sobre cada materia del programa, llega al examen convertido en una piltrafa docente. No ha perdido el tornillo de seguridad en sí mismo, pero equivoca las palabras, confunde los hechos, contradice lo que acaba de decir y provoca, a cada instante, la hilaridad de todo el curso.

El largo período de esfuerzo mental ha agotado sus brillantes facultades, a las cuales solo el descanso y la "Fitina" podrían devolver el lustre antiguo.

Lo sucedido hace poco al diputado don Rudecindo Ortega, sagaz parlamentario y estimable filósofo que, hablando en nombre del Partido Radical, ha confundido entidades tan eterogéneas como el clero y el ejército, la Virgen del Carmen y la bandera nacional, demuestra hasta qué punto la fatiga física puede influir en los espíritus mejor dispuestos.

Creía el señor Ortega haber leído en "La Nación" —en realidad se trataba de "La Hora"—, un discurso del coronel señor Ilabaca a la Escuela Militar con motivo de la Jura de la

Bandera, cuya gloriosa tradición incitaba a conservar y defender.

“Cubridla con el escudo de vuestros corazones varoniles contra el que quiera mancillarla —decía el coronel a los cadetes— y hundidle hasta el pomo el afilado acero al que pretenda derribarla de su altar”.

Esta metáfora del altar parece que hizo creer al señor Ortega que “esa bandera que tan gallardamente está prendida al asta que pulsa el porta-estandarte de la Escuela” —como decía el coronel—, no podía ser sino la Virgen del Carmen y su pecho se inflamó de ardores doctrinarios.

¿Cómo era posible que el jefe de la Escuela Militar aconsejara clavar hasta el pomo el afilado acero a quien pretendiera sacar del altar la imagen de la Virgen del Carmelo? ¿En dónde quedaba la libertad de conciencia? ¿Con qué derecho un coronel de ejército incitaba a la lucha religiosa contra los iconoclastas en nuestro primer plantel de enseñanza militar? ¿Qué maniobra jesuíta, qué influencia solapada de la Curia en la enseñanza pública, había logrado hacer flamear el hábito del Carmen en el mástil reservado a la bandera nacional? ¿Hasta dónde iba a llegar la intromisión de la clerecía en el Ejército y en la enseñanza pública?

Don Rudecindo estaba consternado. Toda su lógica de profesor de filosofía se derrumbaba ante esta aberración. Buscaba precedentes: en Argentina, en una escuela pública se había vertido, hace años, expresiones sectarias semejantes. Aquí solían hacer clase de educación sexual, sacerdotes sin práctica en el ramo. Llegaría, a no dudarlo, el día funesto en que un profesor abstemio cometiera la osadía de hablar a sus alumnos de los males que causa la embriaguez! ¿Qué más decir? A un alumno de cierto colegio congregacionista se le había permitido repetir un examen. ¡Precisamente el mismo examen en que había fracasado! ¡La clerecía dominaba sin contrapeso no sólo en Chile sino en Argentina!

Pero lo que más indignaba a don Rudecindo, era la plática, el sermón o la homilía del jefe de la Escuela Militar.

—“Tengo aquí a mi vista un ejemplar de “La Nación” del 1º de enero”, clamaba, agitando en el aire las cuatro hoji-

tas de "La Hora" tan mal informada como el diputado y leía trozos sueltos del discurso.

Sólo después de terminada la sesión asaltaron al profesor de filosofía algunas dudas sobre la posible falta de identidad que pudiera existir entre una advocación de la Virgen y una bandera, y corrió a la redacción del boletín a borrar algunos párrafos.

No era, en realidad, necesario. Un parlamentario que confunde el diario de Gobierno con el de oposición; lo que pudo suceder en Argentina, con lo que está pasando en Chile; el avance del clericalismo con la repetición de un examen; el boletín de sesiones con una pizarra donde se borra lo que estaba escrito; un coronel de ejército con un catequista; y la Jura de la Bandera con un acto religioso, bien se puede permitir el simple error de equivocarse el pabellón chileno con la Virgen del Carmen.

Estos largos períodos de sesiones dejan la mente tan cansada que cualquier parlamentario, por talentoso y aplicado que haya sido en el año, está expuesto a "turbarse" y dar una pobre idea de su preparación.

Menos mal que, en estos casos, no es necesario recurrir al Gobierno para que el fracasado pueda repetir su examen.

Sin esperar hasta marzo, el señor Ortega tendrá ocasión de lucirse.

5 de enero de 1936.

Es evidente que el país no está preparado para el plan de masacre infantil elaborado por la Primera Convención de Médicos de Chile.

La gente no gusta de la muerte científica. Su atraso ideológico, la lleva a preferir la muerte natural que aunque sea menos rápida y segura, es a lo menos más barata y está al alcance de cualquiera.

Los mismos profesionales que no forman parte de la Amech —Asociación Matadora de Chicos— comparten la anticuada opinión popular de que la misión del médico es alargar la vida y no acortarla.

Desde los tiempos de Herodes, las matanzas de inocentes han sido mal miradas por la humanidad, y a la vista del proyecto de aborto científico y aplicación de métodos anti-concepcionales, aún los hombres más escépticos respecto a la cultura y preparación de los convencionales no han podido reprimir un gesto de asco:

—¡Es un abuso! —exclaman indignados—. ¡No les basta a estos matasanos con despachar al otro mundo a los nacidos y ahora quieren eliminar a los nonatos!

No es con este criterio simplista y humanitario solamente desde el punto de vista de las víctimas, como debe abordarse tal problema.

Es claro, que los profesionales más acreditados, como los doctores Sierra, Alessandri, Charlín, Cruz-Coke, etc., que han protestado con firmeza de los acuerdos de la Convención, bien pueden darse el lujo de pensar en forma diametralmente opuesta a sus cuasi colegas. Talentosos, cultos y con clientela, su preparación les permite curar a la gente y vivir a costa de los que mejoran. No es gracia que sean partidarios de que la humanidad aumente y viva; pero no todos están en ese caso... Disputar un cadáver al sepulcro es más difícil que entregarse-

lo y, ¡lucidos estarían muchos médicos si sólo vivieran de los que mejoran!

Ahora bien, toda asociación profesional persigue no sólo fines morales e idealistas sino económicos y prácticos, y no es cosa de dejar que los asociados sin clientela se vayan a morir de hambre por no facilitarles la manera de enviar al limbo algunos parvulitos.

Entre la muerte natural de un hombre ya formado y hasta con título profesional y la muerte artificial de un nonato completamente inculto y que, por el momento, sólo es una carga para su madre, ¿no es lógico optar por lo segundo?

Por otra parte, lo que persigue la Convención de Valparaíso es "el mejoramiento del standard económico" y es natural que empiece por el de los médicos.

El aborto científico que preconiza es sólo una medida transitoria para luchar contra el aborto clandestino, tan peligroso como mal remunerado, mientras los métodos anti-concepcionales y la esterilización, producen todos sus efectos. A juicio de los médicos, nada mejora tanto el standard de vida como la falta de población.

De ahí, por ejemplo, que Bélgica, Estados Unidos, Italia, Alemania y otros países, con cien o más habitantes por kilómetro cuadrado, gocen de un standard de vida muy inferior al de los cuarenta y cinco alacalufes que "pueblan" un inmenso territorio de nuestra zona austral.

Sin duda que la despoblación total del país puede traer a la larga algunos inconvenientes, incluso para los mismos médicos, por ejemplo, la carencia absoluta de clientes; pero entretanto, ¡cuántas ventajas positivas!

Por de pronto, la mortalidad infantil quedará, de hecho, suprimida; pero no es esto solamente: Sin sujeto sobre quien actuar, el tifus exantemático, el hambre, la miseria y las preocupaciones de toda índole que acechan al nacido, van a hacer un papel ridículo. La propia muerte sufrirá una atroz desilusión cuando compruebe que nada puede hacer, porque los médicos se le han anticipado.

Un solo inconveniente ofrece la Convención de Valparaíso y es el mal ejemplo. Como hoy se ha reunido un grupo de

doctores para pedir la reforma del Código Penal, porque no les permite eliminar a los individuos menores de un día, podrá reunirse mañana una Gran Convención de Asesinos de Chile para exigir que también se supriman los artículos que impiden asesinar a los nacidos desde un día a los ochenta años de edad.

Y, por cierto, que sus razones inspiradas en fundamentos de orden económico, no serán menos poderosas que las dadas por los médicos.

Enero de 1936.

## REVOLUCIONES CRIOLLAS

De todo podrá tacharse a los revolucionarios chilenos, menos de falta de originalidad.

A fuerza de practicar, sin riesgo alguno, el difícil arte del complot, han llegado a formarse un estilo propio.

Ni el secreto, ni el valor, ni la elección de la oportunidad que, de acuerdo con la técnica mundial, parecen ser condiciones inherentes a todo golpe de Estado, se toman muy en cuenta en el país.

Por el contrario, el primer cuidado de nuestros conspiradores parece ser el de dar a conocer a todo el mundo, con sus más mínimos detalles —fecha, hora, punto de reunión, etc.—, el golpe que tienen en preparación. Días antes, la prensa opositora amenaza al Gobierno con la revolución que va a venir; los oradores en la Cámara incitan a la revuelta; los complotados cruzan apuestas con los defensores del orden sobre el éxito de la conspiración, y, llegado el momento de la acción, se adelantan a pedirles que se retiren a su casa para evitarles el peligro de ser vejados por los triunfadores.

De más está decir que, pese a las declaraciones terroríficas de algunos energúmenos, empeñados en afirmar que “esta vez sí que la cosa va a ir en serio”, —las revoluciones son rigurosamente incruentas y se desarrollan en un ambiente casi familiar.

Las concomitancias de todo orden —amistad, ideas políticas afines y hasta relaciones de parentesco—, que ligan a los contendores dan, en caso de derrota, la seguridad de contar con cierta hidalga benevolencia de parte de los vencedores.

No es raro —y el que esto escribe lo sabe bien por experiencia— el noble rasgo del conspirador que ofrece de antemano su escondite a algún miembro del Gobierno, a quien está empeñado en derrocar, y viceversa.

Parece haber consenso público en “suavizar asperezas, a

fin de no entorpecer el libre juego del rodaje revolucionario", como diría "El Mercurio".

No es extraño, pues, que al presentarse ayer a la Cámara un proyecto para castigar con una multa de 5 a 20.000 pesos, imputables a la pensión, a los funcionarios en retiro que aprovechan sus ocios en conspirar en contra del Gobierno, la mayoría de los diputados rechazará la idea con indignación.

¿Cómo cometer semejante inhumanidad con un pobrecito revolucionario?

Lo lógico, lo natural, habría sido para la mayoría, proponer una pensión gubernativa en favor de los conspiradores fracasados.

Sólo así en este país, donde, cual más cual menos, todos los ciudadanos tienen su poco de revolucionarios, se llegaría al ideal de que todos resultaran gananciosos con los golpes de Estado. El conspirador triunfante se aseguraría por sí mismo su situación en el Gobierno y el vencido recibiría una ayuda del Estado, en tanto que una nueva revolución trocara los papeles.

No es raro que con este ambiente de benevolencia y de falta de sanción, las conspiraciones se repitan hasta el infinito.

Otra característica netamente criolla, es la falta de valor de los caudillos que aspiran a derrocar el Gobierno.

Rara vez los revolucionarios, sorprendidos con las manos en la masa, tienen aquella energía de que dió pruebas en España Sánchez Guerra o los últimos complotados japoneses, para declarar con orgullo que luchan por sus ideales.

Cuando alguno lo ha hecho así —caso de los tripulantes del "avión rojo" en Concepción, bajo la dictadura del señor Ibáñez—, ha sido considerado punto menos que loco o inconsciente.

Lo normal es que el conspirador niegue su participación, deje a sus cómplices en la estacada y justifique su presencia en el sitio del suceso como un acto de simple curiosidad, u otro motivo más o menos peregrino.

Uno de los recursos más socorridos para no dejar descontento a nadie, es afirmar que la conspiración no ha existido

y ha sido inventada por el Jefe de Investigaciones a insinuación del propio Gobierno.

Si todo esto no basta, se dicta una ley de amnistía y Santas Pascuas.

Es claro que con estas facilidades y esta absoluta falta de peligro los conspiradores no tienen que poner en prensa el cerebro para discurrir golpes de Estado más o menos bien ideados y factibles. Las revoluciones se hacen de cualquier manera y a veces resultan un tanto grotescas.

Las de otros países son mejor hechas, pero en cambio, ¿quién puede negar que las nuestras son más cómodas?

8 de marzo de 1936.

Puesto que las revoluciones no pueden evitarse, ni hay interés en ello, vale la pena ir pensando en su racionalización.

Que sean económicas, expeditas y no excesivamente dañinas para la economía nacional, es el máximum que podemos exigir.

Dejemos de una vez por todas de mirarlas como calamidades subsanables para considerarlas como un vicio cualquiera —verbigracia: el juego o el tabaco— demasiado arraigado para luchar con él en buenas condiciones y que es más fácil, por lo tanto, reglamentar que reprimir del todo.

Cierto es que el vicio revolucionario no tiene tantos adeptos como el cigarrillo y la ruleta. La mayoría de los ciudadanos, gente de trabajo que se gana la vida con su propio esfuerzo, odia las conspiraciones y los golpes de Estado, cuyas consecuencias palpa en carne propia. Por angas o por mangas salen siempre perdiendo.

Su situación se parece a la de aquel sastre francés que exclamaba consternado, en víspera de la batalla de Placilla:

—¡Si triunfan los gobiernist no me pag los opositor e si gan los opositor no me pag los gobiernist!

Pero no piensan así los que viven del presupuesto. Ellos saben, y la Cámara lo ha ratificado ya en dos ocasiones, que sus derechos al Erario son inalienables y pueden conspirar cuanto deseen sin peligro alguno para ellos ni para sus familias.

El jubilado es más sagrado que el Buey Apis entre los egipcios, y, en cuanto a los empleados en servicio activo, sería ridículo pedirles, si su partido está en la oposición, que no cooperen con sus correligionarios a la caída del Gobierno.

Eso de cooperar a la administración está bueno para los gobiernistas que no forman parte de ella.

Ahora bien, ya que la mayoría de los revolucionarios es

sostenida por el propio Estado, lo natural sería organizarla como un servicio público cualquiera.

Así, el dinero que se gasta en mantenerlos, se aprovecharía mejor y se daría a la revolución un ritmo más armónico con las demás actividades nacionales.

Un golpe de Estado, que puede ser muy explicable al comenzar una administración, resulta absurdo en el momento en que se producen nuevas elecciones; una huelga ferroviaria, perfectamente tolerable en pleno invierno, es de lo más perjudicial en épocas de cosecha; un complot, muy pintoresco para los turistas, a mediados del verano, no pasa de ser un espectáculo grotesco en el otoño.

¿Por qué no reglamentar, a lo menos, en sus líneas generales, estas actividades subversivas?

Con los jubilados, en estado de conspirar y los burócratas opositores, bajo la supervigilancia de algunos politiqueros, especialistas en el ramo de los golpes de Estado, se podría, perfectamente, organizar una Dirección General de Revoluciones y hasta un ministerio si fuere necesario.

El Gobierno consultaría cada año en el presupuesto, además de las pensiones y sueldos de este personal, una suma determinada para los gastos del nuevo servicio, tales como publicación de proclamas subversivas, adquisición de tanques, disfraces para conspiradores y demás implementos necesarios para una revolución incruenta y decorativa, que llene su misión, por sí misma, sin comprometer la disciplina de las fuerzas armadas.

Al mismo tiempo, se establecerían períodos regulares para caída del Gobierno, disolución del Congreso, reunión de constituyentes, emisiones de papel moneda, baja del cambio, cesantía, etc., cuya repetición en épocas oportunas y determinadas zonas, constituye una lección de cosas, sumamente educativa y de gran utilidad para formar el espíritu cívico de los ciudadanos en el amor al orden y el respeto a la Constitución.

Es posible también que, reglamentadas así las revoluciones, desprovistas de ese factor imprevisto y aleatorio que abre

horizonte a tantas esperanzas, y reducidas a una simple rutina administrativa, perdieran parte de su encanto.

—¡Qué pesadez! —dirían los jubilados y demás funcionarios de la nueva Dirección. ¡Apenas hace dos meses que terminamos el complot de verano y ya tenemos que empezar a organizar la huelga general de otoño, y a escribir proclamas para la gran revolución de invierno!

Y acaso —¡Dios lo quiera!— fueran ellos los primeros en pedir que los golpes de Estado se alejaran para dar espacio a un período más largo de vacaciones constitucionales.

El país sabría agradecerles este descanso de sus actividades con un aumento de pensión o con una gratificación extraordinaria.

Marzo de 1936.

Nada proporciona un placer tan intenso al tontilandés como el descrédito de su país.

Diarios especiales para uso de los amargados se editan en Cretinópolis sin más objeto práctico que demostrar que Tontilandia es la nación más desdichada de la tierra, que su gobierno es una cáfila de criminales y ladrones y su pueblo una manada de piojosos, sifilíticos y analfabetos; que la justicia está vendida; que la policía tiene por misión inventar revoluciones y torturar inocentes; que el productor no produce, el comerciante no comercia, el consumidor no consume, el contribuyente no contribuye, el gobierno no gobierna y la ruina más horrenda se cierne sobre el país.

El tontilandés con la módica suma de 20 a 40 centavos ingiere cada mañana, junto con el desayuno este amargo aperitivo y goza lo increíble.

—¡Estamos reventados, totalmente reventados! —dice, fro-tándose las manos de satisfacción. Lo único sensible es que este descrédito no trascienda lo bastante al exterior.

El sueño dorado de cada isleño es, en efecto, poder co-operar con su grano de arena —como dicen— al desprestigio nacional.

Así, cuando llega un turista —porque Tontilandia tiene pretensiones de ser un país eminentemente turístico, el primer ciudadano con que topa, se le ofrece de voluntario cicerone y lo lleva a visitar el peor conventillo de la localidad.

—¡Mire la mugre en que vivimos! —le dice lleno de entusiasmo. Y no es por falta de capitales. ¡No, señor! Tontilandia es una isla riquísima. Solo que el dinero, robado naturalmente —porque ha de saber Ud. que aquí todos somos ladrones—, se gasta en explotar a los menesterosos, alzar el precio de las subsistencias para que la gente no pueda comer, repartir el tifus, etc. Esta pocilga que Ud. ve, obedece a un plan

muy bien estudiado para degenerar la raza, ¡y lo vamos consiguiendo!

Si se reúne un congreso internacional, la campaña recrudece. Los delegados y hasta los funcionarios públicos tontilandeses, de ordinario parsimoniosos e inactivos, desarrollan una intensa actividad para ilustrar a los representantes extranjeros.

—No se dejen ustedes impresionar, les dicen —por las estadísticas. Son pura mentira. Nosotros mismos como empleados, las falseamos. El país está arruinado. Ni crean tampoco en las leyes sociales. Son un subterfugio para acabar de matar de hambre a los beneficiados, arrebatándoles lo poquísimo que ganan. Díganlo así, ustedes, muy claro en sus respectivos países. Nos interesa mucho que lo sepan.

Los visitantes no salen de su asombro: —¿Qué plan maquiavélico tendrá esta gente? —se preguntan para su capote.

No es fácil, en realidad, imaginar los móviles ocultos que pueden llevar a un pueblo a desacreditarse en esa forma.

Pero, no se detienen ahí los esfuerzos de los tontilandeses. Cuando escasean los turistas y huéspedes ilustres a quien impresionar de viva voz con el relato de su decadencia, forman sociedades de desprestigio público que bautizan con nombres terroríficos: "Asociación de Mutilados por la Policía", "Sociedad de leprosos vagabundos", "Corporación de Asesinados a Mansalva por la Beneficencia", etc.

Estas instituciones, a las cuales se ingresa con menos formalidades que a los partidos políticos, reúnen firmas para suscribir sendas notas de protesta y peticiones de amparo a la Sociedad de las Naciones.

Se espera que así la Liga se convenza de que Tontilandia es un país cuya civilización está muy por lo bajo de la cultura etiope y que debe, por lo tanto ser expulsado de su seno.

Naturalmente, estos patrióticos esfuerzos no siempre obtienen éxito.

Hace poco Gretinópolis amaneció de duelo. Los habitantes, con caras de circunstancias, se estrechaban la mano o se abrazaban, entre sollozos contenidos.

—¿Qué pasa? —pregunté a un pobre señor que se enjugaba los ojos con la manga.

—¿Qu pasa? ¡Qué ha de pasar! —me dijo entre dos suspiros. ¡Algo horrible!

—Pero, ¿qué?

—Que no somos tan ladrones como creíamos. ¿No leyó usted hace poco en el diario "La Hora" que en la Administración Pública de Tontilandia se defraudaba al Estado en forma prodigiosa? Pues bien, señor, resulta que como de costumbre, "La Hora" estaba mal informada y hablaba por hablar... Un técnico ha demostrado con cifras precisas que la suma defraudada era insignificante, apenas un uno por diez mil del monto total de las operaciones. En una palabra, que en Tontilandia, los empleados públicos roban menos que en cualquier país del mundo... ¡Somos los últimos, los últimos...! ¡Qué van a decir de nosotros en el extranjero!

Y el desdichado señor se largó a llorar a todo trapo.

Abril de 1936.

En fin, algo se ha restringido la acusación de agiotaje, hecha a los redactores de "El Diario Ilustrado", por el señor Keller.

"Son unos agiotistas", había dicho don Carlitos.

Ahora resulta que el agiotista es uno solo: El agiotista soy yo.

Una oveja negra en la inmaculada grey de periodistas no es un número excesivo y bien pudiera pasar por la excepción confirmatoria de la pureza y corrección que constituyen la regla general.

Acaso lo más prudente, por el prestigio de la prensa, fuera no llamar la atención sobre esta mancha que, única y aislada, tomárase, tal vez, por un lunar; pero la gravedad del cargo y las pintorescas circunstancias que rodean el delito, me obligan a hacerme cargo de la acusación.

Figúrese el lector que mi "agiotaje" consiste —según el diario "Trabajo"—, en haber sido elegido diputado y, sin tomar parte en los debates ni hacer más que "pintar monos" durante las sesiones, haber percibido puntualmente, la dieta señalada por la Constitución, como si hubiera hablado hasta por los codos.

"En otras palabras —dice el órgano de avanzada nacional— el señor Jenaro Prieto, redactor cómico de "El Diario Ilustrado" realizó en 1932 una especulación "abusiva y sobre seguro", incluyéndose en la lista de candidatos del Partido Conservador y con ello ha "perjudicado" (nosotros diríamos "defraudado") al país en la suma neta de \$ 96.000".

Dentro de la gravedad del cargo, hay algo que halaga mi amor propio: Mi silencio ha perjudicado al país en cerca de cien mil pesos. Si en vez de entregarme al dibujo, hubiera tomado parte en los debates, la nación habría ganado inmensamente!

¡Qué alta idea tiene el órgano nacistá del poder de mi oratoria!

Porque supongo que no pensará que la palabrería, venga de quien viniere, es un factor de progreso nacional.

En cuanto a la idea, un poco extraña, de que tan solo los verbosos tienen derecho a cobrar dieta y que a los congresales se les paga a tanto la palabra, como los telegramas, siendo no estar de acuerdo con "Trabajo", cuya reciente admiración por las gárrulas delicias del parlamentarismo, parece cejarlo en este caso. De ahí mi tranquilidad de conciencia.

Si he cobrado la dieta como todos, a lo menos no he molestado a los colegas, ni he perturbado el despacho de los proyectos más indispensables, ni agobiado al país con leyes de mi invención, ni recargado el costo del boletín de sesiones, ni hecho perder el tiempo a los demás.

Perdónese me la jactancia; pero creo que pocos, poquísimos parlamentarios podrán decir lo mismo.

Una de las cosas que más complica y rebaja la acción legislativa, es el espíritu de trabajo de los congresales.

Si es difícil redactar una carta entre tres personas, calcúlese lo que será redactar una ley entre ciento cuarenta.

¿Se imagina el lector lo que sucedería si todos intervinieran en su discusión?

Raro es el proyecto que consta de más de setenta artículos. Bastaría, pues, que cada diputado hiciera una indicación —la más seria y atinada— para que con esas ciento cuarenta modificaciones —dos por artículo— el proyecto quedará hecho una lástima.

¡Ah! Si no fuera por los diputados que pintan monos o que no hacen nada, el régimen parlamentario no podría funcionar!

A lo menos estos votan, por lo general, de acuerdo con el comité o con la comisión informante y que, al fin y al cabo, ha estudiado algo el asunto.

Si el silencio es oro, la palabra es lata, y si el público eligiera sus parlamentarios con el igual sentido práctico que cuando elige ciertos prosaicos, pero indispensables artefactos sanitarios, optaría siempre por los silenciosos.

Son más modernos y, contra lo que piensa "Trabajo", más económicos.

Se sabe lo que cuesta al país un congresal callado: Veinticuatro mil pesos al año. Pero nadie es capaz de fijar límites a lo que cuesta un parlanchín.

El más insignificante proyecto de ley, sacado avante a fuerza de discursos, puede costarle a la República millones.

Por lo demás, el órgano de avanzada nacional que se dice enemigo de la palabrería, debiera guardar en su lenguaje cierto sentido de las proporciones.

Si llama "agiotistas" a los que hablan poco, ¿qué injurias reserva para los lateros?

Mayo de 1937.

## PROGRAMA LIQUIDO

Menos mal que ya se ha dado con un medio sencillo y expedito para limpiar las almas del odio de clase y dejarlas tan pulcras y blancas como si recién salieran de la lavandería.

El invento de este desmanchador ideal, en cuya composición entra naturalmente la bencina, se debe al ingenio de don Carlos Ibáñez, como aparece del siguiente diálogo —publicado en la revista "Hoy"— entre don Ismael Edwards y el ex dictador:

—“¿Qué haría usted, General, para borrar del corazón del pueblo esa rebeldía y ese odio de que habló el joven autor de “Chile Desconocido”? —preguntó don Ismael.

—“Tres líquidos hay, que sería indispensable abaratar: el agua, la leche y la bencina” —respondió el General—. “A la gente se le predica que sea higiénica, que se lave y que no beba vino. Y se duplica el precio del agua, y la leche está, como ustedes lo han dicho, por las nubes. En cuanto a la bencina, es un líquido que interesa a todo el mundo, especialmente a un gremio progresista como el que trabaja en los taxis y en las góndolas”...

Pudo muy bien el General, reducir el problema sólo al agua, pues, como él habrá observado, si la carestía del agua induce a la embriaguez, la embriaguez induce a andar en automóvil.

De todos modos, la reducción de la cuestión social a sólo tres líquidos de uso corriente, es un progreso indiscutible que abre nuevos horizontes y equivale a todo un programa de gobierno.

Hasta ahora, con perdón de los romanos que prometían a la plebe “pan y circo”, había sido costumbre invariable de los candidatos ofrecer a sus electores “Pan, techo y abrigo”.

La nueva fórmula del señor Ibáñez: “Agua, leche y ben-

cina" implica el primer paso del sólido al líquido, en cuanto a promesas electorales.

Un paso más, y se habrá llegado al estado gaseoso.

El candidato declarará solemnemente, que su preocupación primordial es la respiración y ofrecerá a sus electores: "Oxígeno, ázoe y nitrógeno".

¿Las aspiraciones sólidas están realizadas o el candidato naci se interesa tan solo por los líquidos?

Sea de ello lo que fuere, algo hay de concreto en el flúido programa del señor Ibáñez y és su propósito de terminar con la embriaguez, mediante el abaratamiento del agua potable.

Porque es evidente, como él lo ha visto bien, que si el pueblo se emborracha, es solo por economía. El vicio es, en este caso, consecuencia de una virtud. La ebriedad nace del ahorro, como el vinagre del vino.

Para convencerse de ello, basta considerar que, de acuerdo con la nueva alza de tarifas, el metro cúbico de agua, es decir 1.000 litros, cuesta, según los casos, entre veinte y cuarenta centavos.

Un hombre que beba tres litros de agua al día, gastará al año, cerca de dos "chauchas". Es claro que, si el hombre es ordenado, por no incurrir en semejante gasto, preferirá beber, en vez del litro de agua que le cuesta entre dos y cuatro diez milésimos de centavo, uno de vino a peso.

Con igual suma, podría comprarse un litro de leche pasteurizada; sin embargo, por razones que sólo el señor Ibáñez conoce, el económico sujeto se abstiene de beberla.

Antes que probar tan repugnante secreción, tomará bencina; pero ésta es carísima: vale dos pesos.

En tan aflictiva situación, no le queda al ciudadano otra disyuntiva que embriagarse o creer a pie juntillas en las promesas del señor Ibáñez.

Ambas cosas tienen un triste despertar; pero como afortunadamente el programa del General es líquido, se lo traga cualquiera.

24 de octubre de 1938.

## VUELTA AL LIQUIDO

Desde que don Carlos Ibáñez, dejó de mano su programa líquido: agua, leche y bencina, para meterse en andurriales ideológicos, ni él ni sus heterogéneos partidarios saben ya como entenderse.

"Anti-fascismo, anti-imperialismo y Democracia", repite ahora, como un papagayo el ex dictador, y cada término de la trilogía levanta suspicacias y rectificaciones.

En mala hora se le ocurrió al señor Ibáñez, reemplazar el agua por el anti-fascismo, la leche por el anti-imperialismo y la bencina por la democracia.

El programa primitivo, menos idealista si se quiere, pero tangible, práctico y, sobre todo, claro, contaba con más arraigo en la opinión

Entre una declaración de imperialismo, y un litro de leche o de bencina, el pueblo sabe a qué atenerse.

Sólo un programa presidencial a base de artículos de consumo podía, por otra parte, producir cierta armonía entre saldos de ideologías tan diversos como los que acompañan al candidato de los naxis, del señor Rossetti y de los comunistas.

El señor Ibáñez no debió abandonar el agua, la leche y la bencina por ningún motivo.

Ahora, en cambio, todas son rectificaciones.

La enérgica profesión de anti-fascismo hecha por su candidato, ha caído a los infelices naxis como pelo en la sopa.

"No es —según sus propias palabras— que Ibáñez comulgue con los principios doctrinarios que sustentan los partidos de extrema izquierda que militan dentro del Frente. Ni tampoco concuerda él con la actual composición fraccionaria y exclusivista de dicho conglomerado, que, tal como hoy se halla constituido, más que un "frente", en el amplio sentido de esta palabra no es sino una de las tantas componendas electora-

les que le ha tocado presenciar al país en los últimos cuarenta años”.

“Por eso, incurren en un grave error los dirigentes frentistas que consideran que ellos podrán captar la personalidad de Ibáñez para sus especulaciones políticas”.

Entretanto, el señor Rossetti, empeñado en captar tan importante personalidad, insiste en que el señor Ibáñez le dijo muy claro que era anti-fascista...

—Anti-imperialista, habrá querido decir... —se insinúa como una solución conciliatoria.

Pero los frentistas no entienden de razones:

—Sí, sí, dijo también anti-imperialista, pero lo de anti-fascista se le oyó muy claro.

La revista “Hoy”, ardiente partidaria del señor Ibáñez y que aspira, como los otros, a “captarle la personalidad”, no puede resistir más en silencio:

“En Chile “el imperialismo” es un caza-lobos fantasmal sin ninguna significación fecunda en el mundo real de las concreciones positivas”, dice en su editorial de ayer. “Los capitales extranjeros de Chuquicamata, El Teniente, María Elena y Pedro de Valdivia no significan succiones, sino aportes eficaces para la explotación de la riqueza de la tierra, que los escasos capitales nacionales no serían capaces de emprender.

“El anti-fascismo” en Chile también es una etiqueta de creación artificial. Italia y Alemania tradicionalmente han sido y son dos grandes países que han contribuido poderosamente al desenvolvimiento de nuestra incipiente economía”.

Y, en un raptó de franqueza, termina “Hoy”, dejando constancia de su “absoluto desacuerdo con la profesión de fe doctrinal que, cegado por la visión de no sabemos qué mirajes, ha hecho en la prensa el ex Mandatario cuya plataforma de prestigio fué el gobierno nacional que protagonizó desde el 22 de mayo de 1927 hasta el 26 de julio de 1931”.

No; como sigan así los desacuerdos, no va a quedar al señor Ibáñez otra cosa que volverse a la brevedad posible al programa líquido que tan injustamente abandonó.

O vuelve al líquido o lo liquidan.

Enero de 1938.

## ECONOMIA SISMICA

Geólogos y estadistas coinciden en señalar a Tontilandia como uno de los países más inseguros e inestables de la tierra.

Si el suelo es poco tranquilizador, el subsuelo no lo es menos.

Cada movimiento político de la superficie corresponde casi siempre con otro sacudón, no más consciente de las capas subterráneas, y así va Tontilandia de remezón en remezón, por no decir de tumbo en tumbo.

Pero, como la costumbre forma una segunda naturaleza, los tontilandeses lejos de amilanarse ante los terremotos, les han perdido el respeto hasta el extremo de utilizarlos en su beneficio.

Su actitud se asemeja, en cierto modo, a la de algunas tribus africanas que, cansadas de ver a los cocodrilos vivir y alimentarse a costa de ellas, han dado al fin con el secreto de alimentarse y de vivir a costa de los cocodrilos.

Así, hoy por hoy, el terremoto constituye en Tontilandia una industria floreciente, o, para hablar con más exactitud, la única industria floreciente del país.

No es, pues, de extrañar que, especialmente en los círculos oficiales, en cuyas manos está el fomento de la producción, el sismo dé lugar a las más exóticas y pintorescas manifestaciones.

A la sola noticia del siniestro, el partido más fuerte del Gobierno se viste de mamarracho. Con totalitaria pulcritud—la dictadura y el vestón están refinidos— cada afiliado endosa su camisa color "rata en acción", y su corbata "verde bilis", y provisto de abundante material de propaganda, se lanza a la zona devastada.

La camisa del hombre feliz, no daría más dicha a su des-

tinario: Colecta fondos, requisita automóviles, discrimina socorros, obstaculiza el tránsito, almacena productos, reparte folletos a los hambrientos, opera a los sanos, desentierra a los difuntos, se echa un rifle al hombro, supedita a las autoridades, se desentiende de la fuerza armada y asume, en una palabra, la suma del poder público.

A los ciudadanos no les llega la camisa al cuerpo; pero, a sus desinteresados salvadores se les pega la suya como telemplástica.

Entretanto, en Cretinópolis, los altos funcionarios del Estado, se debaten en la camisa de once varas, que, como insignia del poder, acaba de otorgarles la nación.

Dentro del régimen caótico-totalitario, calcado de Abisinia, que rige por el momento en el país, la importancia, ya que no la autoridad, de cada ciudadano se mide por el largo de su túnica, y, víctimas de su descomunal indumentaria, el Gran Negus y su Visir, no se dan un momento de descanso.

El Gran Negus se ha hecho cargo de las jiras y el Visir de los giros; pero sólo las primeras llegan hasta los damnificados.

Nadie sabe lo que se hacen las erogaciones.

Sin parar mientes en este detalle, el Visir elabora un proyecto distinto cada día. El país cuenta a su haber con un nuevo terremoto y hay que aprovecharlo para financiar el presupuesto, dotar de facultades extraordinarias al Ejecutivo, dar impulso a la habitación barata, mediante la construcción de nuevas poblaciones que encarezcan las que habrán de reconstruirse, etcétera, etcétera.

Cada proyecto consulta un plan no menos variado de contribuciones destinadas a llenar deficiencias en que ha incurrido el terremoto y a completar la obra del sismo.

Es una solución equitativa que llena de satisfacción a los tontilandeses.

—Aprobada la genial concepción gubernativa —me dice uno de ellos— no se va a notar cual es la zona arruinada. Todo el país estará igual.

Por su parte, el Negus que, por estar girando como trompo, no ha tenido tiempo de imponerse de ningún proyecto, se esfuerza en demostrar a los damnificados que siendo el terre-

moto la industria nacional por excelencia, todo el dinero que figura en el plan de fomento se invertirá exclusivamente en la parte menos asísmica de la isla.

A veces, algún turista se permite insinuar dudas acerca de la eficacia de tales medidas.

—Si el presupuesto va a saldarse con empréstitos y la producción va a fomentarse con parte del dinero que se extraiga a la misma producción, ¿qué va a hacer este país en el futuro, agobiado de deudas y contribuciones?

Pero nunca falta un aborigen que le conteste:

—¡Bah! ¡Eso lo arreglamos con otro terremoto...!

—¡Pero, señor...!

—Lo que le digo: Mientras el subsuelo de Tontilandia siga tan inquieto como la superficie, no tenemos por qué inquietarnos: Con un terremoto al año para saldar el presupuesto y fomentar las industrias, estamos al otro lado.

—¿Y no piensa usted en las víctimas?

El tontilandés baja la cabeza:

—¡Ah! ¡Las víctimas! Deveras... Créame que las tenía casi más olvidadas que el Gobierno...

Y luego con voz sorda:

—Pero, ¿piensa usted que en Tontilandia las víctimas son más dignas de lástima que los sobrevivientes?

1939.

El decreto que fija las nueve jornadas únicas en que se dividirán las diferentes actividades del país, va acompañado de una disposición que atrasa los relojes en 60 minutos.

Evidentemente, el decreto se quedó corto.

Si en vez de retrasarlos una hora, los hubiera atrasado cinco, no habría sido necesario establecer jornadas únicas.

Sin alterar las costumbres, por simple ministerio del reloj, los ciudadanos habrían dado cumplimiento al guirigay culinario burocrático que desea implantar el Gobierno.

La descompostura oficial de los relojes se acordaría, así, maravillosamente con el descompaginamiento general de la administración y de la vida nacional.

En efecto, con cinco horas de atraso, las 8 de la mañana equivaldría a la 1 de la tarde, hora apropiada para almorzar.

De este modo, puede decirse sin metáfora que sin comerlo ni beberlo, el empleado se habría saltado el desayuno.

Ya en la oficina o en la fábrica, cuando el rutinario sol cayera verticalmente sobre la ciudad, el empleado consultaría su reloj que, obediente al decreto del Gobierno, marcaría las 5 de la tarde.

Momento oportunísimo para tomar un ligero refrigerio: Un sandwich, una taza de té, y la tradicional costumbre del "five o'clock tea" se cumpliría estrictamente.

La hora de salida —ex cuatro de la tarde— correspondería a las nueve de la noche. ¡Qué mejor hora para sentarse a la mesal

La habitual hora de comida no habría sufrido alteración ni retraso.

No faltarán, sin duda, inconformistas que critiquen en el plan que venimos exponiendo, la falta del desayuno.

Bueno, ¿y qué? Si su omisión les molesta, nadie les impide que se lo sirvan antes de acostarse.

En todo caso, con la reforma insinuada, se concilian la tradición y la jornada única, y se salva, sobre todo, la aberración económica de que por evitar un gasto de 40 centavos en tranvía, se derroche un dineral en almuerzos y comidas a horas atrabiliarias.

Porque hay que imaginar lo que será una casa con tres ciudadanos, es decir, con tres jornadas únicas distintas:

A las 8 A. M., almuerzo para el chico que parte al colegio.

A las 9.30, almuerzo para el hermano mayor, empleado público.

A las 11, almuerzo para el papá, cajero del banco.

A las 2.30 P. M., té o café para el chico que regresa.

A las 4, idem para el hermano y a las 5 para el padre, que se dirige, en seguida al centro —¡adiós economía de movilización!— para distraerse un poco, mientras en la casa se prepara la comida escalonada, para dar satisfacción al desiderátum del Gobierno: "Cada hogar un restaurante".

No; mil veces más práctico es echar a perder los relojes y que el público no sepa en qué hora vive.

Ahora, si la autoridad se empeña en que las jornadas únicas sean nueve en lugar de una, queda el recurso de alterar los relojes de acuerdo con las ocupaciones de cada cual.

Habrás así, relojes para estudiantes, para empleados públicos, para operarios, etc.

Por nuestra parte, optamos por el atraso de 5 horas.

Siempre será menos que el que sufra el país.

28 de mayo de 1942.

Tontilandia es tierra fecunda en problemas.

El tontilandés los ama y con el pretexto de solucionarlos, los cuida, los abona, los cultiva, hasta convertir la frágil plantación en selva impenetrable; pero hay uno predilecto para él: Es el problema de la movilización.

Esta preferencia no deja de ser extraña, porque, a decir verdad, se trata del único problema que los tontilandeses han logrado solucionar íntegramente en forma rigurosamente autóctona.

En ningún país del mundo se viaja, en efecto, más barato y a la vez más incómodo que en Tontilandia.

Tres generaciones de aborígenes —verdaderos Tarzanes de la locomoción— han venido colgándose sucesivamente, durante más de medio siglo, de las plataformas, los techos, las pisaderas y cuanto asidero incómodo ofrecen autobuses y tranvías, a trueque de evitar un aumento de costo del pasaje.

Mientras quienes aseguran que los tontilandeses son desequilibrados; para convencerse de ello basta verlos colgar a guisa de racimo —“come un inmenso grappolo vivente”, que diría D'Annunzio— a babor y estribor de tales vehículos.

A fuerza de agilidad, estoicismo y equilibrio, los heroicos pasajeros han logrado que la tarifa se mantenga incólume.

Así, mientras los artículos de primera necesidad han visto cuadruplicarse su valor y los productos más heterogéneos, pero de precio similar, como los diarios, los “pequenes”, etc., han experimentado alzas fantásticas, los autobuses y tranvías siguen cobrando la “chaucha” tradicional.

Como es lógico, el tontilandés está orgulloso de su éxito.

Todos los sacrificios le parecen poco para mantenerlo. Antes de pagar 20 centavos más, estaría dispuesto a dejarse matar.

La última prueba de carácter y resignación ante la adversidad la acaba de dar en estos días, con motivo del estableci-

miento de la jornada única que, junto con perturbar todas las cosas, desde el hogar hasta el reloj, perjudicar el comercio, y alterar los estómagos y la producción, aumenta el consumo de electricidad y el presupuesto del hogar en una cifra tal vez cincuenta veces superior al gasto que se trata de evitar.

Es admirable.

Ayer me tocó observar un caso típico:

Eran las ocho de la mañana y el tontilandés paladeaba un suculento cochayuyo.

—Lo he puesto en taza —me dijo— para hacerme la ilusión de que esto no es almuerzo sino desayuno. Algún sacrificio hay que hacer para economizar en la locomoción.

—¡Qué economía ni qué niño muerto! —le interrumpió indignada la señora que, a pesar de ser tontilandesa, comenzaba a percatarse de la situación—. Tres almuerzos, doce sandwich, tres termos a cincuenta pesos, aumento de sueldo a la cocinera, mayor consumo de luz y un dineral en jamón, huevos y "corn flake" para economizar cuarenta cobres, que te los vuelves a gastar para ir al bar a matar las horas libres.

—Claro, claro; yo no te niego que esta economía sale costando una barbaridad: pero hay que hacerle frente. Por de pronto, yo he pensado que podríamos ir empeñando el reloj. Como la hora la fija actualmente el Gobierno, el reloj no tiene objeto.

—Tienes razón —dijo la tontilandesa. No me había fijado que es de los que da la hora.

—Además, vas a hacer economías. Como de acuerdo con las últimas disposiciones de la autoridad, la comida debe ser a las 6 y el comercio está abierto hasta las 7, por lo menos, a esa hora no vas a poder ir a las tiendas... Por otra parte, sólo debemos preocuparnos del presente, es decir, de estos primeros quince días...

—¿Crees, entonces, que se derogará la jornada única?

—¿Estás loca? Ni lo pienses. Yo te hablo de los primeros quince días, porque con esta casa-restaurant no hay presupuesto que resista.

—¿Y después?

—Bueno, después... entraremos francamente a la "jornada ningúnic". No habrá ni almuerzo, ni comida.

—¡En fin, es una esperanza!, exclamó la señora con un suspiro de resignación.

—Por cierto que va a ser un poco incómodo; pero lo primero es lo primero: Economizaremos cuarenta centavos. ¡Solucionaremos el problema de la movilización!

Y ante la esperanza de ver realizado este ideal tontilaudés, por vez primera, después de tres días de desagradados hogares, los ojos de la esposa y el marido se unieron en una mirada de común satisfacción.

3 de junio de 1942.

## ROMANCE TONTILANDES

Non miredes, non miredes  
 Estos yermos, Capitán,  
 Que tierras son de don Sandio,  
 ¡Pena grande es las mirar!  
 Reynos de orates son ellos,  
 Magüer su mentida paz:  
 ¡Quiénes no han perdido el seso  
 Aína lo perderán!  
 Aquí se yanta a deshora  
 Que está trocado el yantar,  
 Los horologios se atrasam  
 Que fueros el sol non ha,  
 Mengua sufre quien labora  
 E dá gran prez el folgar.  
 Mohinas andan las dueñas,  
 Las doncellas mucho más,  
 Villanos é fijosdalgos  
 Van maldiciendo a la par:  
 Que sobran desaguisados  
 E guisos han de faltar.  
 Pues afirma el buen don Sandio  
 ¡Téngalo Dios en piedad!  
 Que para finchar talegas  
 E para se trasladar  
 Sin tanto apremio en los carros  
 Hay que comer caro e mal.  
 Dos fijas tiene don Sandio,  
 Son Porfía y Necedad:  
 Entuertos que ésta ficiere  
 La otra mantenerlos ha.  
 Malandrines paniaguados  
 Fuero gozan para hurtar,  
 Si el servidor es honrado  
 Presto lo ajusticiarán.  
 Orates están los homes

E los validos, muy más:  
El uno clama por guerra,  
El otro demanda paz,  
Diz un tercer que el dinero  
Háse en cofres de guardar,  
Un cuarto ducados pide  
Por plantar un robledal  
Que cubra valles é montes  
E todo el orbe entablar.  
Porfía non dice nada,  
Mas se huelga Necedad.  
Cual garzotas por las nubes  
Volando van carne é pan.  
Falconeros les dan caza  
Sin poderlos alcanzar.  
Pragmáticas van y vienen,  
Gabelas vienen y van.  
Don Sandio manda á las vacas  
Que más leche deben dar.  
A Porfía ellas se acogen  
E don Sandio a Necedad.  
El oro en los lavaderos  
Non plugo a nadie buscar  
Pues judaizantes afirman  
E lo juran por Jehová  
Que el afincado en las arcas  
Es más bruñido metal  
E cuesta menos sudores  
E menos riesgo sacar.  
Sube un mancebo al tablado  
E a la guerra invita ya  
Sin armas é sin mesnada,  
Sin agravio que vengar  
Que da buen vivir la guerra  
Si la facen... los demás!  
Non miredes, non miredes  
Estos yermos, Capitán:  
Tierras son de Tontilandia  
Que os pueden Sandio tornar.

*Séquito salvador*

De nada se quejan tanto los tontilandeses, como de la falta de gobierno.

Cualquiera al oírlos pensaría que la felicidad que echan de menos se debe exclusivamente a la escasa actuación, pasividad o apatía de sus gobernantes.

Nada más erróneo. Si hay en el mundo un gobierno dinámico que, en punto a discurrir innovaciones ni se da reposo él mismo ni da reposo a los demás, es el de Tontilandia.

Todo, desde la hora de levantarse hasta la de tomar tranvía está prolijamente reglamentado en la desdichada isla.

Cada mañana el tontilandés, después de imponerse por los diarios de la hora oficial que regirá ese día, debe preguntar al Departamento de Desnutrición qué guisos le apetecen al gobierno para su almuerzo matutino, qué clase de desayuno ha prescrito a sus hijos escolares, a fin de que no aprendan las lecciones, cuánto tiempo ha de destinar al ocio para entrar la producción, qué drama o película tendrá esa noche que dejar de ver, y cuál tranvía o autobús ha de tomar para ir a la oficina y volver a su casa.

Esto por lo que toca a los empleados, núcleo social que en Tontilandia —a la inversa de los parias hindúes— constituye la casta privilegiada e intocable de la colectividad.

Respecto a las clases inferiores —industriales, agricultores, comerciantes— cuyo papel se reduce a mantener a los primeros, su situación, frente al afán innovador y reglamentario del gobierno, es aún más digna de lástima.

Si el isleño es agricultor, no podrá sembrar nada hasta saber si la zona en que está su propiedad ha sido clasificada como pisquera, triguera, linera, tetera u otra parecida, pues, de

no hacerlo así, por muy buena que sea su cosecha, se verá expuesto a mil contrariedades.

Si es comerciante, deberá inquirir a qué hora ha de abrir su tienda y clausurarla, a fin de no coincidir con su clientela cuyo horario también ha sido combinado con premeditación y alevosía para impedirle cualquiera compra.

Si es industrial, tendrá que preguntar al gobierno la remuneración que ha de pagar a sus obreros, y, amén de ocupar la mitad de su tiempo en llenar formularios y libretas y en pegar estampillas, destinar la otra mitad a atender visitantes, inspectores y demás funcionarios, encargados de no dejarlo trabajar.

Agréguese a estas circunstancias que en el régimen de economía dirigida, imperante desde hace tiempo en Tontilandia, sólo por rara excepción los encargados de encauzar las diversas actividades nacionales han trabajado alguna vez en algo o conocen de nombre el ramo cuya suprema tuición les fué entregada. Si por casualidad gozan de un título profesional, que les haya obligado a buscar el sustento en la política, los partidos con paternal solicitud se ingenian en confiarles otras funciones en que sea más explicable su fracaso. Así, se encarga al médico dirigir la agricultura, al contador la enseñanza musical y al ingeniero la salubridad.

Mil innovaciones a cual más novedosa y pintoresca siguen a estos nombramientos; pero los tontilandeses no se dan por satisfechos, y siguen pidiendo más y más gobierno.

Puede imaginarse su desesperación ante cualquiera posible ausencia del Jefe del Estado.

Y parece que, de propósito, el Destino les depara los mandatarios más viajeros.

No es fácil para un extranjero penetrarse del motivo de tal fobia turística.

—¡Es tremendo! —repiten— ¡Es tremendo!

Conmovidó ante tan sincera angustia, me acerco a un tontilandés.

—Tranquilícese —le digo—. Ustedes tienen un sistema totalitario muy perfecto. Ya les reglamentaron el trabajo, los jornales, los precios, las horas de ocio, las de esparcimiento, la lo-

comoción, la leche, las comidas... Dentro de poco les reglamentarán las secreciones y acaso la respiración...

El tontilandés me mira con los ojos arrasados en lágrimas.

—¡Ciertol! —me dice— ¡Con esta falta de gobierno no se puede vivir! Ejecutivo y Parlamento se hacen fuego y luego disparan a la desbandada sobre los mansos ciudadanos. Uno dicta la ley que se le ocurre y el otro la aplica como se le ocurre y toda marcha a la bolina. Menos mal que no siempre las leyes se cumplen.

—De todos modos —añado— un descansito no les vendrá mal. Por otra parte, el viaje será corto...

El tontilandés no puede contener el llanto.

—El viaje, es claro, será corto —exclama—, pero la comitiva lo es también: ¡apenas ocho personas! Nosotros no lloramos por el viaje, sino por la comitiva.

—¿No les satisface?

—¡Usted no nos entiende! La hallamos chica, nada más. Un séquito así no nos alivia en nada. ¡Un viaje que podría ser tan útil!

—¿Útil?

—¡Y me lo pregunta usted! Suponga que Su Excelencia, en lugar de tan mezquina compañía, se lleva a todo el Ministerio y la mitad más uno del Congreso y al Comisariato, y a los administradores de todas las Cajas, ¡qué maravilla, qué alivio! ¡Un mes a lo menos sin innovaciones, ni experimentos, ni decretos, ni leyes! La gente, trabajando sin tropiezos; ninguna comisión, ningún decreto de sobreproducción, ninguna alza artificial de los consumos, ningún escándalo en las Cajas... ¡Cómo progresaría el país! ¡Ni el propio Presidente lo reconocería! Pero, con una comitiva tan chiquita... ¡Es tremendo! ¡Es tremendo!

Un tranvía que pasaba, cortó el diálogo.

—Disculpe. No puedo perderlo. Es el único que pasa desde que fué solucionado el problema de la movilización...

Y cogiéndose del pie, de alguien que colgaba de la plataforma, el tontilandés se incorporó al racimo rodante.

6 de septiembre de 1942.

Animo, camaradas, y hacer gobierno  
que la Ley de Emergencia ya se fué al cuerno;  
ya se fué al cuerno, sí. ¡La militancia,  
y si falta bencina, colación rancial!

Ampliados  
temarios  
y pegas  
y cuñas  
¡Viva el funcionario  
que es güeno pa l'uñal!  
Dale otra peguita  
que esa no se ve  
y sácale plata  
pa la C.T.CH.

Setecientos doctores están cuidando  
al país que se muere y está boqueando.  
Está boqueando, sí. Hágase el sordo  
¡Qué importa que agonice si usted está gordo!

Gestiones  
misiones  
reestructuraciones  
reorganizaciones  
investigaciones  
y tierra a montones  
Ríase, colega,  
que en tiempo frentista  
ningún socialista  
malogra su pega.  
¿Qué es esto, qué es esto?

Aun queda un honesto.  
¡Sáquenlo del puesto,  
que del presupuesto  
no hay que dejar resto!

Dicen que Lavaderos está dando oro,  
y que la Siderurgia produce plata,  
y que en todas las Cajas hay un tesoro:  
¡Feliz quien a su sombra puede echar guata!

Bolzuski  
Bolziski  
Kutcheski  
Koimiski  
Allende  
Lafferte  
Contreras  
y Grove  
y el cónsul  
en Kobe  
y Berman  
y Natho  
y la jornada única  
que es güena pal flato.  
Allá va, allá va,  
sácate la faja,  
deja una rodaja,  
llévate la Caja,  
¡no le dejís ná!

Ya nuestro Mandatario va a otras naciones  
a hablar de paz y guerra. ¿Quién dijo miedo?  
Al que venga a apuntarnos con sus cañones,  
nosotros le apuntamos, sí... ¡con el dedo!

Maletas  
mulatas  
mulitas

• muletas  
visitas  
tarjetas  
metidas  
de pata  
Perú y Argentina  
Brasil, Ecuador  
Colombia, Tlaxcala  
y San Salvador...  
¡Ya está en Guatemala!  
¡Ya está en Guatepeor!  
¡Guarda, guarda, guarda,  
que va a Nueva York!  
¡Allá va, allá val  
¡No nos pasó ná!  
¡Qué casualidad!  
¡Güena la escapá!

---

¡Aro, aro!  
Dijo don Benjasmín Claro,  
¡donde me canso me parol

19 de septiembre de 1942.

—Este país tiene suerte...  
 (¡Son mentiras de José!)  
 Solo que su suerte es negra.  
 (Eso sí que puede ser).

—El Gobierno es de capaces...  
 (¡Son mentiras de José!)  
 Sí; de capaces de todo.  
 (Eso sí que puede ser).

—Los deshonestos no actúan...  
 (¡Son mentiras de José!)  
 Reposan en puestos públicos.  
 (Eso sí que puede ser).

—Es bueno el Comisariato,  
 (¡Son mentiras de José!)  
 Bueno para alzar los precios.  
 (Eso sí que puede ser).

—Son muy pocos los empleados  
 (¡Son mentiras de José!)  
 Los empleados que hacen algo.  
 (Eso sí que puede ser).

—Ha mejorado el Gobierno  
 (¡Son mentiras de José!)  
 Porque no están los Ministros.  
 (Eso sí que puede ser).

—El país se va a las nubes  
(¡Son mentiras de José!)  
A alcanzar los comestibles.  
(Eso sí que puede ser).

—Al fin el pueblo está lleno.  
(¡Son mentiras de José!)  
Lleno de impuestos y deudas.  
(Eso sí que puede ser).

—Abundan las distracciones,  
(¡Son mentiras de José!)  
Las distracciones de fondo.  
(Eso sí que puede ser).

—Con razón dicen que Chile  
es la copia del edén...  
Solo que el copista es malo  
(¡Cállate por Dios, José!).

23 de febrero de 1943.

A la rurrupata  
 que dejó don Natho  
 cien inspectorías  
 y un Comisariato.

Duérmete, niño,  
 que viene un honesto,  
 requisando cunas  
 y buscando un puesto.

Cierra tus ojitos,  
 zafiros divinos,  
 y oculta tus bucles  
 que son de oro fino.

No grites, no bullas  
 y pídele al tata  
 que esconda la luna  
 que parece plata.

El tata ha escuchado  
 tu voz de querube:  
 una nube grande  
 por el cielo sube.

Mas, no; no te muevas,  
 mi lindo rapaz:  
 ya pasó el honesto,  
 mas, viene el capaz.

Cierra esa boquita  
 de rubí y de perlas:

¡Son joyas que tientan  
tan solo de verlas!

Y esa mamadera  
guarda bien envuelta  
que si te la pilla  
ya no te la suelta.

¡Quietas las patitas!  
¡A la rurrupata!  
Y deja a los grandes  
que metan la pata.

Tú, mi niño, sueña  
con un mundo grato,  
sin honestos, ni aptos,  
ni Comisariato.

25 de febrero de 1943.

De todo podrá acusarse al actual régimen, menos de falta de personalidad.

Cada uno de sus actos lleva un sello propio, la huella de un estilo personal, no desprovisto de humorismo, y siempre inconfundible.

Ahí tenemos, por ejemplo, la Empresa de los Ferrocarriles del Estado.

En cualquier parte del mundo las empresas ferroviarias tienen trenes. A veces no construyen hoteles, ni compran boletos de lotería, ni reciben encargos de provincia; pero lo que es trenes no les faltan nunca.

Más aún, sus directores, en vez de hablar pestes del servicio, parecen tener el "hobby" de hacer viajar a los peatones.

En Chile pasa lo contrario: los Ferrocarriles edifican hoteles desde el mar a la montaña; reciben comisiones, compran boletos de lotería; ofrecen a los viajeros cheques, choques, damas de compañía y toda clase de entretenimientos y comodidades, menos trenes.

A mayor abundamiento la Empresa no omite esfuerzos para desanimar a los viajeros.

Así, se han visto publicados con profusión, en estos días, grandes avisos de la Empresa que, al dar cuenta de supresión de nuevos trenes dicen textualmente:

"Esta medida tendrá que ocasionar graves molestias al público, porque la disminución de trenes hará que los que han podido quedar en servicio sean insuficientes para la movilización y seguramente en más de una ocasión quedarán pasajeros sin poder viajar, aparte de los muchos que deberán viajar de pie".

Por cierto, que es una piadosa prevención, porque, dada la frecuencia de choques y accidentes ferroviarios, lo proba-

ble es que los pasajeros no retornen. Hasta se ha insinuado la idea de que las boleterías no expidan ya boletos de ida y vuelta por ser el segundo de escasa utilidad para el cadáver; pero por muy caritativos que sean los sentimientos que inspiran tales anuncios, no cabe duda de que otra empresa ferroviaria más afecta a los caducos métodos de propaganda — como diría el Ministro del Interior— habría encontrado, acaso, formas de redacción más tentadoras.

Verbigracia:

“¿Quiere usted irse al cielo, sin pasar por los lentos y engorrosos trámites de la agonía a domicilio?”

“Tome usted un boleto de los Ferrocarriles del Estado”.

“Por un módico pasaje, la Empresa de los Ferrocarriles, tras un artístico viaje en posición de Mercurio —la mano derecha en la ampolleta eléctrica y el pie izquierdo en el aire— asegura a usted un gran roce social y las más variadas y posteriores emociones: choques agradables y trágicos, ruptura del perno real, etc.”.

“Viaje usted a ultratumba, antes que la destrucción total del material rodante le impida gozar de la oportunidad que hoy le ofrecemos”.

Cualquiera se tentaría, ¿no es verdad?

A falta de esta “réclame”, basada en hechos verdaderos, la Sección Propaganda y Turismo de la Empresa —porque también la tienen nuestros ferrocarriles— prefiere otra totalmente artificiosa y que contradice lamentablemente la propaganda antiviajera de la Dirección General.

Se ve así, el curioso espectáculo que, mientras la Dirección conmina a los presuntos pasajeros con toda clase de molestias y termina por pedirles que no viajen sino en caso de absoluta necesidad, la Sección Propaganda y Turismo, les endilga frases como las siguientes:

“Conozca usted su país”. —A lo sumo debiera decir la estación próxima.

“Viaje usted, con comodidad y sin riesgos, utilizando los servicios de los Ferrocarriles del Estado”.

“Aproveche los cheques —no dice los choques— que le ofrece la Empresa, etc.”.

Ante tal colisión de opiniones —por fortuna sin víctimas—, entre la Dirección General y la Sección Turismo, se comprende claramente que ambas anulan sus impulsos y que, en consecuencia, alguna de las dos está demás.

Pero, ¿cuál? ¿La Sección Propaganda y Turismo o la Dirección General?

¡Arduo problema! Entretanto sólo hay una solución para ponerlas de acuerdo.

Que ambas inviten a los turistas del mundo, no a utilizar los ferrocarriles, sino a verlos.

Si los turistas tienen un ápice de curiosidad acudirán al llamado, porque realmente nuestra Empresa ofrece un espectáculo único y digno de verse.

Con trenes como los de Chile, el turismo que se impone es el visual: No se viaja; se mira.

Ferrocarriles para viajar hay a montones en todas las regiones de la tierra; pero, para no viajar, sólo hay aquí.

Muy apático tendrá que ser el "globe trotter" para no venir a admirar tan original y rara curiosidad ferroviaria.

Queda, pues, todavía, un venero turístico por explotar.

28 de abril de 1943.

¿Quién lo hubiera creído? Hay una cuestión de familia, de clan, de círculo social, en el crédito bancario.

Los bancos no son esas instituciones sin calor de hogar, frías y sórdidas que se imagina el público.

Todo lo contrario. La ternura prima en ellos sobre el mercantilismo, la tradición sobre el afán de lucro, el abo- lengo sobre la solvencia y el espíritu de costo sobre las utilidades.

Así lo cree, a lo menos, el Ministro señor Del Pedregal, que por extraña contraposición desde que ha comenzado a "hacer papel" —y no en sentido figurado como sus antecesores— parece abrigar los más negros prejuicios contra "los privilegiados del nacimiento y la fortuna", al decir de los oradores populares...

Esas cuarenta familias —según el cómputo izquierdista— que gozan del envidiable privilegio de pagar contribuciones y costear con su trabajo las "pegas" de los no privilegiados, son —a juicio del Ministro— responsables de la desacertada distribución de la riqueza por conducto de las Cajas de Ahorros y los Bancos, cuyas normas aspira a reformar.

Así lo ha manifestado el señor Del Pedregal en el último Congreso de Empleados Particulares.

"Es indispensable —ha dicho— organizar ese poder económico que es el crédito, de indiscutible conveniencia para el país, pues es el oxígeno de la economía nacional, en forma que sus beneficios se extiendan ordenadamente a través de una directiva nacional y no de grupos o de familias. Claro que eso es agresivo y trascendental".

Tal vez los adjetivos no estén bien elegidos: Más que "agresivos y trascendental", aquello resulta "pintoresco y divertido", como el Almanaque Bristol.

No deja, en efecto, de tener sus puntos de comicidad, la

situación del buen señor que acude a un banco, solicita un préstamo, acompaña antecedentes sobre sus actividades comerciales, ofrece garantías y regresa a casa convencido de que su petición no encontrará tropiezos.

Se imagina al Consejo de la institución, pesando su honorabilidad, revisando sus informes, apreciando el monto de la garantía y las expectativas del negocio, sin pararse a considerar poco ni mucho los vínculos de familia o la situación social del cliente.

¡Solemne plancha!

Ese prosaico criterio de lucro, esa carencia de prejuicios genealógicos que lleva a los prestamistas a mirar más la garantía que el apellido del solicitante, pudo, sin duda, atribuirse a los bancos hasta el momento en que el señor Del Pedregal, con la perspicacia que lo caracteriza, descorrió el velo del misterio.

Las cosas se estilan de distinto modo.

¡Nada de arcaicos formulismos comerciales ni caducos cálculos de utilidades!

—¡Al grano, al grano! —dirá nervioso el Gerente cuando el solicitante le hable de garantías o de informes—. No perdamos el tiempo en triquiñuelas. Dígame cómo se llama y basta y sobra.

—De modo que el señor Gerente cree que la operación...

—¡Dale con la operación! ¡Sébase Ud. que para el banco, el negocio es lo de menos! Lo que le importa es su familia. ¿Es pariente de alguno de los Consejeros?

—No, señor...

—¿Ni siquiera de alguno de los accionistas...?

—Es probable...

—Bueno, averíguelo en seguida. La cuestión genealógica es lo más importante. En el estado actual del país, como ha dicho muy bien el Ministro de Hacienda, los beneficios del crédito se extienden a través de grupos o familias. ¿Cuál es su nombre?

—Roboam Sotillo.

—Robo-am... ¿Es Ud. del nuevo régimen?

—No, señor Gerente.

—¡Um...! De todos modos, como garantía el Sotillo me resulta insuficiente. Es un poquito escasa. Si fuera Soto ¡bien! podríamos prestarle un 50% y si fuera Sotomayor, mejor aún; Sotillo a secas...

—Soy Sotillo del Montón, señor Gerente.

—¿Del Montón? Ya es otra cosa. Ese "del" me suena a cosa nobiliaria... Y, llamando al Jefe de la Sección Informes:

—Tráigame el árbol genealógico de los Sotillo del Montón. Si esto no es la realidad, a lo menos así parece imaginársela el Ministro de Hacienda.

Es un concepto, en todo caso, nuevo que, quizás le dé tema andando el tiempo para escribir un libro intitulado: "Heraldica bancaria", "Estirpes de acreedores" o "Nobiliario del Protesto".

Claro que la revelación de tal concomitancia entre el crédito y el abolengo tiene sus inconvenientes.

Si antes nadie se ofendía porque el banco no le concedía un préstamo, ahora las cosas tomarán cariz muy diverso.

—¡Ud. me ofende! —gritará el solicitante rechazado, al Gerente—. ¿Soy tan "siútico" que no me puede prestar treinta mil pesos?

La reforma misma de crear bancos del Estado, para las personas que no encuentran acogida en los actuales, lejos de remediar la situación, creada por tan ridículos prejuicios, la agravará considerablemente.

El público no podía menos de pensar que, así como hay lobos marinos de dos pelos y de un pelo, hay también bancos de uno y medio pelo y fomentará en los clientes de estos últimos cierto complejo de inferioridad.

No deja de ser extraño, sin embargo, que con tan estrambótica manera de prestar sus fondos, los bancos actuales estén florecientes, cuenten con miles de accionistas y obtengan pingües beneficios.

¿O será que, también, en este caso el señor Del Pedregal se ha equivocado?

Sería lastimoso; pero no imposible.

Así como, hace poco, al discutirse su proyecto totalitario, declaró que no conocía la Constitución, bien puede que, al tratarse de la ley de créditos, declare que tampoco conoce los bancos.

Y, ¿por qué dudarlo?

Cuando se ganan quinientos mil pesos al año, bien puede uno darse el lujo de ignorar dónde y en qué forma se consigue un préstamo.

¡Beati possidentes! ¡Felices los que poseen! —decían los romanos.

4 de julio de 1943.

## LA SUPLICA DEL EBRIO

Señor Ministro:

Me apellido Ubilla y soy natural de Tomé: pero mi nombre no hace al caso. El vino, que tanto lustre sabe dar a quienes lo producen, deja en la sombra a quienes lo consumen.

Como es lógico, usted no me conoce.

Bástele, pues, señor Ministro, saber que soy uno de los tantos ciudadanos que cooperan con tesón al engrandecimiento de la industria vinícola y también, accidentalmente, a la colocación del excedente de cebada y oblon que, por deficiencias de medios de transportes, queda en el país.

Su calidad de Ministro de Agricultura, me evita insistir acerca de la importancia decisiva de tal cooperación a mis propósitos de fomento y protección de dicha industria.

Se imaginará, pues, la sorpresa con que ayer, en el Bar "La Bola de Fuego", donde ejerzo habitualmente mis funciones, me impuse de un insólito proyecto.

¡Qué incomprensión, qué ingratitud! ¡Una verdadera puñalada por la espalda, como diría don Arturo Olavarría!

Créame, señor Ministro, que tuve que pedir un pisco doble para sobreponerme a la emoción. Así y todo las letras me bailaban.

"El delito de ebriedad no se podrá pagar con dinero" —decía el diario—. "La pena de trabajos sin remuneración es inmutable". "La práctica aconseja terminar con el sistema actual, porque es la única manera de defender a la familia modesta". "Mientras el ebrio esté preso, la familia recibirá un subsidio fiscal".

—¡Mozo, otro pisco! —alcancé a gritar con voz entrecortada. Ya no eran solo las letras sino el bar entero el que bailaba ante mis ojos una danza macabra. La mesa misma en que apoyaba los codos temblorosos, se inclinaba, se torcía, parecía hundirse, ni más ni menos que si hubiera sido la mesa del Par-

tido Radical. Por un momento me sentí el señor Labarca. Me aferraba a ella con desesperación y entretanto sentía un deseo loco de olvidar, de olvidar todo, como usted señor Ministro... Sí, sí, porque usted todo lo ha olvidado: consideraciones, gratitud para con el consumidor, respeto a una existencia consagrada por entero al progreso de la viticultura...

¡Trabajos forzados para el ciudadano que, tras un momento de euforia, se bambolea y da traspies al par que el régimen!

¡Prisión inmutable para el incondicional que, por asemejarse a su modelo, choca como un ferrocarril, no le importa un bledo el costo de la vida, se ríe de la inflación y hasta encuentra acertado el Proyecto Económico!

Persecución al valiente que es capaz de gritar aunque lo maten: "¡Viva la inflación!" "¡Mueran los pobres!" "¡Arriba las contribuciones!" "¡Abajo los superávits!" "¡Hurra por los confidentiales!" "¡Vivan los honestos y capaces!"

Muy bonito.

Luego algún médico ilustre afirmará que el vino es saludable, que abunda en vitaminas, que tiene un alto poder bactericida.

¡Y palos, como dice mi colega Díaz, al que acostumbre a desinfectarse con frecuencia!

¿Dónde está la tradición de que en Chile el borracho es "un animal sagrado"?

Bestia de labor, querrán decir. ¡En la cárcel y echando los pulmones para mantener a los de afuera!

Antes el ebrio, a lo menos en el seno del hogar, gozaba de ciertos privilegios:

No trabajaba y, si caía preso, la familia se apretaba la barriga y echaba el kilo para libertarlo.

Ahora, con su disolvente proyecto de ley, va a pasar todo lo contrario.

El marido se embriaga, cae preso y la familia toca a gloria. ¡Queda mejor que antes!

Cuanto gana el infeliz con su trabajo —cuatro días de prisión inmutable—, lo percibe el Gobierno y se lo pasa a la

mujer del prisionero. ¡Que va a tener interés en libertarlo! Todo lo contrario.

Es fijo que, en cuanto el hombre vuelve a casa, la señora con el pretexto de celebrar su libertad, le tiene una botellita de aguardiente...

¡Otra vez a la cárcel! Cuatro días más de trabajo forzados, si es que no le aplican otro por la reincidencia, y vuelta a trabajar para la esposa e hijos.

Libertad, celebración, y... de nuevo el ciclo eterno.

¿Qué saca el desdichado con que la señora se haga lenguas, contando a las vecinas, su desprendimiento y laboriosidad?

—¡Bebe sólo una vez cada cuatro días —dirá— y todo el resto trabaja como un negro, sin dejarse un centavo para él!  
¡No hay como tener un marido borracho!

No será raro, pues, que las mujeres se pirren por casarse con un ebrio consuetudinario.

Los sobrios, en cambio, van a quedar descalificados.

¿Es esto moral? ¿Es esto razonable?

Deje las cosas como están, señor Ministro.

En estos tiempos de alza de las subsistencias, no hay que mirar con malos ojos, a los que nos preocupamos tan solo de la bebida.

El peso se ha achicado a la mitad. ¿Por qué perseguir a los que lo ven doble?

Además, el porvenir no es halagüeño. Cualquiera ciudadano en sus cinco sentidos, no puede verlo sin horror, y no olvide, señor Ministro, que el alcohol es una forma de anestesia.

El vino alegra el corazón —dice la Biblia.

Deje las cosas como están, señor Ministro.

Es gracia.—Tomás Ubilla.

(Por la copia).

P.

25 de julio de 1943.

Alma mía, no te dejes abatir por la tristeza y agradece al cielo la inefable dicha de sobrevivir en esta tierra tan vilipendiada, escarnecida y calumniada por los hombres sin fe.

Levanta tu pensamiento alto, muy alto, más allá de los artículos de consumo y de los impuestos y contribuciones, por sobre las miserias terrenales.

No seas como tantos pesimistas, que torturan, en vano, su cerebro, repetiéndose cada día al despertar: vamos a la ruina, estamos en el caos, esto no tiene compostura, u otras frases desprovistas de sentido.

Huye de los honestos y capaces, pero no los temas, que nada habrán de hacerte mientras les dure el presupuesto.

Ciñe tus sandalias, en tanto no haya decreto de sobreproducción, y acepta la estrecha y pedregosa senda que te ha cabido en suerte. Todo camino tiene término y ningún pedregal es eterno.

Soporta las inflaciones, repitiendo con el Paciente Job: "Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré a él".

Paga las coimas con escrupulosidad. Ellas son a tu negocio, lo que la sangría al apoplético.

No protestes de la locomoción. Mucho es que no te hayan requisado a tí mismo, a tu esposa o a tus hijos.

Si pasa un tranvía, tómalo; si tarda en pasar, espéralo; si no pasa, sigue a pie.

De todos modos, en tus ratos de ocio, ejercítate en la práctica del abordaje, por si algún día el destino te depara cualquier medio de transporte colectivo.

No aspire a cogerte de la plataforma. Bástete con el pie, el brazo o el cuello de algunos de los felices pasajeros ya colgados. Trepa por él y, si la suerte te acompaña, podrás llegar a colgarte, a tu vez, de algún tornillo o ampolleta, en el inte-

rior. Un autobús o un tranvía no es el cielo en que se da caída tan solo a "los justos". Su capacidad es ilimitada. Evite tu boca toda maldición. Gran dicha es que puedas contarte en el número de los oprimidos. Ningún vehículo colectivo es "un asilo contra la opresión". Además, esa gimnasia te servirá para el futuro... Acaso andando el tiempo puedas ganarte la vida como acróbata o como equilibrista. Tu silueta también mejorará. La comprensión y el masaje forzado obran prodigios. De un burgués ventripotente, el tranvía puede hacer un aseta del Greco y de una señora "mona", pero estilo Rubens, una Mona Lisa.

No aspire al uso y goce de tus bienes materiales; confórmate con la nuda propiedad.

No viajes sin motivo: pueden creerte ministro. Si tienes motivo, confíesate antes de tomar el tren y no hables mal de una empresa que, en vez de llevarte a una estación cualquiera, promete, sin recargo de tarifas, trasladarte al Paraíso.

No envidies a los reos, por altamente colocados que los veas. El delito es bastante castigado en la otra vida para que no tenga en ésta una compensación.

No pidas que caiga el peso de la ley sobre los funcionarios que medran y se enriquecen a costa del Estado. Piensa que también el Gobierno requisa y quien requisa a requisador tiene cien días de perdón.

No ambiciones calefacción artificial en el invierno que ya la tendrás natural en el verano; ni agua caliente en tu "califont": El baño frío es saludable.

Contés tus críticas contra el Seguro Obrero que, si no protege mucho al imponente, asegura con creces la existencia de sus funcionarios.

No te expreses mal de la Beneficencia porque resulta insuficiente para atender a los enfermos y consuélate pensando cómo vela por la vida de los facultativos.

No te lamente, tú tampoco, ni hagas coro a las protestas femeniles de tu esposa acerca del alto costo de la vida. No hay que confundir la gordura con la inflación, y sabes ya, por experiencia propia, que con inflación no puede haber gordura. Considera, por otra parte, que el ayuno es menos nocivo al

alma que el hartazgo al cuerpo. Más discurre un hambriento que cien letrados y, según dice otro adagio, más han muerto de comer que de ayunar. ¿Quién te dice que este lento menguar de las menestras, a impulsos de la máquina impresora del Ministro de Hacienda, no sea tu iniciación en la carrera de fakir? Y, ¿qué oficio es mejor que ese? No comer y ganar equivale a un sueldo doble. No les pasa lo mismo a los que tienen que ganar para comer.

¿Podrás quejarte de tu suerte? Alma mía, no te dejes abatir por la tristeza. Sé optimista, sé optimista y no olvides que tal como van las cosas, si no eres más feliz que tus antepasados, serás, en todo caso, mil veces más dichoso que tus descendientes.

NOTA.—Hágase esta meditación todas las mañanas, y espérense con optimismo sus efectos: La fe transporta las montañas.

18 de julio de 1943.

Grave problema el que está creando el público al Gobierno con su indiferencia ante la literatura nacional.

Porque, claro está, la culpa es de aquél y no de ésta.

El escritor escribe; pero el público no lee. ¿Qué hacer, entonces, con el escritor?

La cuestión es "ardúa", como decía un diputado radical.

Para solucionarla, el "Sindicato de Escritores de Chile" que es la institución más afectada por la ausencia de lectores, propone la exportación en masa de sus miembros a los países de las tres Américas con un sueldo fiscal de diez a veinticinco mil pesos mensuales; pero, es el caso que las naciones que han probado ya Cónsules-poetas, no se interesan por la importación.

¿Cómo colocar un producto que no tiene interesados?

La única solución es buscarle mercado en el país.

Sin duda que el sueldo de trescientos mil pesos al año —cinco veces mayor que el de Ministro de Estado— propuesto por el Sindicato, resulta exagerado; pero con una paga o "pega" más modesta es posible que los cesantes de la pluma se allanaran a servir al Estado dentro de los límites del territorio nacional.

Y, ¡vaya que ese aporte literario podría ser de utilidad!

Si hay un Gobierno cuyos actos no puedan ser presentados al desnudo sin grave ofensa de la honestidad y que requieran las galas de la fantasía, es el régimen actual.

Rimad sin palabras,  
pensad sin ideas,  
pero, sobre todo,  
cantad la hermosura de las cosas feas

aconsejaba a los vates un modernista... de entonces.

Desde este punto de vista, la gestión política y administrativa del Frente Popular ofrece al hombre de letras un campo ilimitado.

¡Nada endulza como una gota de poesía, el amargo cáliz del contribuyente!

Por el contrario, ¡cuánto prosaísmo! Se habla de inflación, de "coimas", de defraudaciones, de carestía de la vida, de falta de movilización, de requisiciones, de impuestos, de exacciones...

Al parecer no va quedando en el país más distracción que la distracción de fondos.

Sin embargo, ¡cuánta poesía se oculta en esa acción gubernativa, tan vilipendiada, tan escarnecida y, sobre todo, tan mal presentada a los ojos del público!

Los propios partidos de Gobierno en ampliados y asambleas se refieren sin ambages a escándalos administrativos, a ganancias ilegítimas, a defraudaciones —¡que falta de arte en la expresión!— en vez de decir con Juana Ibarbouro:

¿Qué es esto, qué es esto? Mis manos florecen,  
uñas, uñas, uñas de mis dedos crecen  
Besóme el Erario, las manos y en ellas  
han brotado garras lo mismo que estrellas

La propia inflación —pese a la sugerencia groseramente patológica del término— no carece de cierto encanto otoñal.

Otra cosa sería si el concepto —tocado por la vara mágica de la poesía— se expresara en endecasílabos. Verbigracia:

Cual mustias hojas caen los billetes  
en el crepúsculo fiscal,  
gime el contribuyente en la espesura;  
con él, llora el zorzal.

O bien, como una reminiscencia de la "Oración por Todos":

Mirad: Su rueda de cambiante cobre  
el peso fuerte más y más angosta...

O si se quiere para alegría y solaz de señoritas cursis:

Moneda chiquita,  
carita de greda  
inquieta y voluble  
que da risa y pena  
—¡Oh amada lejana  
que borró la ausencia!—  
Te quiero por triste,  
te quiero por fea,  
porque nada vales  
porque fuiste buena,  
moneda chiquita  
carita de greda.

¿Y qué decir de la tragedia urbana de la locomoción, tan vilmente explotada por los plumarios de la prensa?

La interminable espera del tranvía, su abordaje, la lucha a muerte en la desvencijada pisadera o en la cimbrante y atestada plataforma... ¡Qué tema de inspiración para esos Pablos contrapuestos —Neruda y de Rokha— que se embisten a “lirazos” en el palenque o, mejor dicho, en las zahurdas de la poesía criolla!

¡Cuánta emoción podría poner el cantor de Stalingrado en esa obscura angustia urbana del tranvía en retardo!

Arbol inquieto, esquina viva  
florecida de esperas,  
masco la ausencia azul de tu venida  
con oídos de bruma y pies de quejas.

O, en el feroz y troglodita estilo de Pablo de Rokha:

Peludo de bostezos y orinado de nubes  
—un honesto y capaz me ha robado el paraguas—  
te espero carro inmundo,  
total, serio, mundial, naci-nipo-fascista!  
¡Ven!

Yo, tremendo, tremante, tremebundo,  
dinámico, dionisiaco, equilibrista,  
con garras de culebra y gorjeos de burro  
me colgaré a tu grupa!  
¡Upa! ¡Upa!  
A tu grupa azul de acordeón beato,  
de cuncuna urbana, burguesa y latifundista  
a mordiscos, a codazos  
a patadas, a patadas, a patadas!

¿No pierde así la escena su carácter vulgar y rutinario para tornarse en épica y heroica?

Igual baño de estética podría aplicarse a los choques ferroviarios, a los confidentiales, a los ascensos por mérito, al proyecto económico y demás gajes del régimen.

¡Otro gallo nos cantara si el Gobierno utilizara a los cesantes del Sindicato de Escritores en esta noble labor de ornato público!

¿Por qué no hacerlo, entonces?

Seis millones más de déficit en novecientos cincuenta, son bien poca cosa junto al descanso visual y psicológico que aportaría la medida.

No hay que olvidar que los Gobiernos, como los guisos, entran por la vista.

Escritores: ¡a la acción!

31 de octubre de 1943.

Carita de chicha fresca,  
 corazón de pedernal,  
 ¡Malhaya l' hora y el día  
 en que me juiste a ligar!

No sé si soy hombre o micro  
 dende que me echaste el pial,  
 que el alma me hai requisao  
 a la primera mirá.

Y aquí estoy ya más colgao  
 que ministro radical,  
 más flaco que jornada única,  
 más triste y sufriendo más  
 que socialista sin pega,  
 que ampliao sin camarás.

Te ruego y te hacís la lesa,  
 te desprecio y me rogai,  
 muchas promesas pa ilante;  
 pero pa agora... ¡Güen dar!  
 Parecís el Frente Popu  
 que promete y no da ná.

Cuando te hablo de casorio  
 me dai la conformidá;  
 te pido un besito a cuenta  
 y al tiro me lo negai.

Me quitai el uso y goce  
 y la nuda propiedá;  
 y me decís que sois mía

y soy tu dueño no más.  
¡Antes no me hei güelto loco  
con tanta tinterillál

De balde prometo d'irme;  
en dej te miro y yastá:  
otra vez a la lesera  
y a la mesma payasá.

Artículo de consumo  
te habeidan de declarar  
que dan ganas de comerte  
comerte y no dejar ná.  
Carita de chicha fresca  
corazón de pedernal,  
¡Benaiga la china esquivá  
que me ha venido a ligar!

Marzo de 1944.

## UN CANDIDATO QUE AULLA

*"Loor... al inteligente que soy yo..."*

NERUDA.

Para muchos será una novedad saber que el respetable caballero don Nefthalí Reyes Basoalto, ex poeta y actual candidato a senador comunista por Tarapacá y Antofagasta, amén de algunas otras singularidades, tales como pintar jirafas y describir acordeones, aúlla...

Aúlla, mientras sus riñones le escuchan.

Además, y éste es dato seguro, puesto que viene del propio interesado, es inteligente.

Quien dude de estas características canino-uro-intelectuales del presunto senador, no tiene sino que imponerse de los siguientes párrafos, publicados por don Nefthalí, bajo el seudónimo de Pablo Neruda, en la "Antología de la Poesía Chilena Nueva" de su correligionario Volodia Taitelboin:

"Difícilmente —dice— llamo a la realidad, como el perro, y también aúlo. ¡Cómo amaría establecer el diálogo del hidalgo y el barquero, pintar la jirafa, describir los acordeones, celebrar mi musa desnuda y enroscada a mi cintura de asalto y resistencia! Así es mi cintura, mi cuerpo en general, una lucha despierta y larga y mis riñones escuchan".

"Execración para tanto muerto que no mira, para tanto herido de alcohol o infelicidad, y loor al nochero, al inteligente que soy yo, sobreviviente adorador de los cielos".

Por cierto que estas declaraciones no hay que tomarlas muy en serio. Jamás don Nefthalí cometerá, por ejemplo, la macabra injusticia de execrar un cadáver, por poco atento o falto de visión. Los poetas, como los candidatos, prometen cosas que no cumplen.

Así, el mismo caballero, en el prólogo de "El habitante y

su esperanza" —que es hoy, según parece, cobrar dieta— declara textualmente:

"Como ciudadano soy hombre tranquilo, enemigo de leyes, gobiernos e instituciones establecidas. Tengo repulsión por el burgués y me gusta la vida de la gente intranquila e insatisfecha, sean éstos artistas o criminales".

Para dar satisfacción a éstas aspiraciones antilegales e institucionales, se ha ubicado, con no poco acierto, en el Partido Comunista.

En cuanto a vate, su programa es más ambicioso:

"Quiero abrir en los muros una puerta. Eso quiero. Eso deseo. Clamo. Grito. Lloro. Deseo. Soy el más doloroso y el más débil. Lo quiero. El lejano hacia donde ya no hay más que la noche. Pero mis hondas giran. Estoy. Grito. Deseo. Astro por astro, todos fugarán en astillas".

Es de esperar que esta hecatombe sideral que quiere provocar el poeta, no se complemente con la ruina terrestre, económica e institucional que, a fuer de comunista, llevará en su programa el candidato.

¡Ojalá el cielo y la tierra se vean libres de las piedras del "hondero entusiasta" que es don Neftalí!

En fin, sea de ello lo que fuere, nadie puede mirar, si no con alegría, con natural curiosidad la llegada al Senado, de un político con riñones auditivos y que, además, ladra.

Políticos ladrones han solido verse; pero, ladradores, no. Es un caso único y que, por lo mismo, debe ser considerado con benevolencia.

Una golondrina no hace verano, ni un aullador hace jauría.

Si aullaran todos los Padres Conscriptos, ya sería otra cosa. La Alta Cámara en momentos de debate, se confundiría desde los pasillos con una sucursal de la perrera.

Pero, un solo senador que aulla nerviosamente, como los galgos a la luna, es pintoresco. Pintoresco y divertido.

Hasta la terminología parlamentaria, se haría menos monótona.

—Pidó la palabra, señor presidente.

—Calma, su señoría. Está aullando en este momento el honorable senador por Tarapacá y Antofagasta.

—Pero, no hay "quórum", señor presidente...

—Su señoría se equivoca. Además de los presentes, escuchan al aullador los honorables riñones del representante de Tarapacá".

Y ¡quién sabe si al aullar don Neftalí no tiene toda la razón!

A la vista de un régimen como el actual, de un conjunto de "honestos y capaces" que ni por casualidad tienen las manos en sus propios bolsillos; de un Comisariato que encarece la vida; de un Embajador que manda telegramas como el señor Mora; de un tranvía a la hora de almuerzo; de un alza de salario que empobrece; de un ex Ministro de Hacienda que hace el elogio del déficit; de un Partido Comunista que se cree democrático y llama totalitario a Mr. Churchill, etc., la palabra humana resulta ridícula.

Lo menos que puede hacer el hombre es ulular.

Don Neftalí está en la verdad al auscultar la situación con sus riñones auditivos y aullar, aullar como un "quiltro" abandonado.

¡Loor al único inteligente que es don Pablo Neftalí Reyes Neruda!

12 de febrero de 1945.

## PROCLAMA LIRICA

    Mi verde labio ha florecido en tizas  
dentarias y mellizas,  
hermano salitrero, para tí.  
Desde el anca sonora  
de su lira en piafante frenesí  
Pablo Neruda te sonríe ahora.  
Y con él, Reyes Neftalí.  
Quiebra tu nuca ruda:  
Cangurú azul, el bardo  
muestra a tus ojos el materno fardo,  
¡Palpa la bolsa marsupial y muda!  
    ¡Viene aquí! ¡Viene aquí!  
Contempla su inflación pedregalina  
Tovarich de la pampa o de la mina:

    Pon oído atento  
    a su rumor.  
    No es viento:  
    es senador.

Peludo estoy de besos negros,  
piar de tigres y aullidos de zorzal,  
y hoy, en rabia de lirios, me cobijo  
con anhelos de dieta y temblor de hijo  
bajo tu axila electoral.  
Haz que salga perdiz del aromoso  
nido: Perdiz y no quetzal.  
Por ti pinté de azul los hospitales  
y de negros azufres los pescados nupciales,  
y con ansias frentistas torné en humos  
techo y abrigo y pan...  
¡Amo el olor de los consumos  
que vienen y se van!

Por ti he luchado, pueblo; no me preguntes dónde:  
La "pega" está en silencio y el Pegaso se esconde.  
Vientos presupuestarios, tiñeron mi turismo  
con caviars de angustia, con ostras de ostracismo.  
Hoy te traigo mis sueños, mis ansias, mis quimeras;  
te dono mis nostalgias, te cedo mis esperas.  
No me pidas proyectos:  
Las leyes son prosaicas, los códigos abyectos.  
Yo te ofrezco palabras  
durables como rosas, fugaces como cabras.

Mascarán tus oídos marraquetas de ensueño,  
en casitas de viento, bajo dosel de estrellas,  
y tu opulento insomnio, en frazadas de nubes,  
florecerá en nevadas papeletas de empeño.  
Se poblarán los cielos de leche, carne y papas.  
Gigante como océano,  
el presupuesto inmenso se llenará de lapas,  
los mansos tiburones comerán en tu mano...  
Cien mil terneros áridos, en dorado panal,  
arrancarán acordes a la gaita fiscal.

La dulce mamadera  
cantará los responsos de la vaca lechera.  
Volará la moneda donde nadie la alcanza  
y al ritmo de mi lira continuará la danza.  
¿Qué más quieres, hermano?  
Encalleció la pluma, por servirte, en mi mano.

¡Hijos de Pica y de Calama,  
hijos de Putre y de Belén  
electores ignotos,  
derramaos en votos!

¡Lo haré bien... Lo haré bien!  
Mis riñones alertas, oirán vuestras quejas,  
Neftalí y yo aullaremos, como unánime can  
Bellos estáis de sol y de noche caída,

vestidos de sudores u opulentos cesantes...

Sudor y dieta cantarán:

¡Amo el amor de los votantes  
que votan y se van!

P. Neftalí Neruda Reyes.  
(Por la copia).

P.

25 de febrero de 1945.

## ODA BOLI-NERUDIANA

Por Pablo Neftalí R.

Así te hablé Bolívar, con relincho de cardo  
y retintín de espuelas en mi hijada de bardo:  
"Todo lleva tu nombre padre, en nuestra morada;  
"Tu apellido la caña levanta a la dulzura,  
"el estaño bolívar, tiene un fulgor bolívar,  
"el pájaro bolívar sobre el volcán bolívar  
"la patata, el salitre, las sombras especiales,  
"las corrientes, las venas de fosfórica piedra;  
"todo lo nuestro viene de tu vida apagada,  
"tu herencia fueron ríos, llanuras, campanarios;  
"tu herencia es el pan nuestro de cada día, padre" (1).

¡Oh, deja que te ladrel  
a mis ojos de acíbar  
es bolívar la villa y es el billar bolívar  
y, al palpar las etapas de mi existencia trunca,  
me siento más bolívar, más bolívar que nunca!

Capitán, charqui heroico, vozarrón de ceniza,  
clamor embotellado  
de libertad continental,  
Aquí está tu gemelo de la palabra cruda,  
aquí está Neftalí Reyes Neruda,  
fiambre lírico, atún senatorial.  
Tú esgrimiste la espada y yo la pluma esgrimo;  
la sangre derramaste, yo derrocho la dieta.  
Tú, general impávido, yo plácido poeta  
al siglo diste fama y yo en 'El Siglo' reino

(1) "El Siglo" 3 de junio de 1945.

A reyes destronaste; yo he hecho triunfar a Reyes;  
en la urna te has hundido, yo surgí de las urnas;  
en laureles reposas, en el Senado duermo;  
naftalinas te aroman, hoy Neftalí me ampara;  
tuviste un Carabobo, yo también tengo cara...  
Dí, gemelo bolívar, si nos mide igual vara  
¿cuál de ambos es más grande, cuál de ambos más tur-  
(gente?)

¿Acaso no has hallado el zapato de tu horma?  
"Tu pequeño cadáver de capitán valiente  
"ha extendido en lo inmenso su metálica forma;  
"de pronto salen dedos tuyos entre la nieve"...  
se crispan como arañas sobre la estepa muda.  
¿Me encuentras muy bolívar o me hallas muy Neruda?

Podrido de luceros, arrodillo mis ojos  
y ahogo en tu sepulcro mi mirar...  
Neruda está la tarde y nerudas las rosas,  
todo está ya neruda; nadie entiende las cosas  
del Frente Popular.  
Yo sólo estoy bolívar... Agrarias gotas de almíbar  
vierten mis ojos de ceniza  
en tu ceniza funeral.  
¡Oh Bolívar, Bolívar!  
Como rosa sin pan, pecho ni ombligo  
como huemul sin trigo  
maternal,  
como perro soltero,  
te canto en la hora cero  
de mi virginidad senatorial.

Por la copia.

P.

## LA CACHIMBA

Nadie sabe lo que hay dentro de una pipa. Los espíritus superficiales ven en ella sólo un poco de tabaco. Los químicos ahondan un poquito más: una combustión, residuos de nicotina, indicios de brea, alquitrán, potasa... La ciencia se estrella en las paredes calcinadas de la pipa y queda allí dándose cabezazos como el pez en la redoma.

Hay algo más sutil que el humo que fluye de la alquitara de raíz de brezo y asciende por el estrecho tubo hasta el cerebro. Es el ensueño, es la imaginación, es cierto ambiente bohemio, despreocupado y fatalista que permite desentenderse un poco de la vida real. En el fondo de todas las cachimbas hay un depósito inagotable de paciencia.

Uno lo sabe y, al primer disgusto que le sale al paso o que adivina oculto tras una encrucijada del camino, echa mano a la pipa con el mismo gesto decidido con que otros empuñan el revólver.

Cuesta más cargarla; pero es una arma más segura. No existe con ella el temor de que se le escape la bala antes de tiempo o de que ésta no de en el blanco. La pipa es un arma defensiva. Su solo contacto tranquiliza los nervios y una vez que el humo azul comienza a levantarse, la víctima puede aguardar sin temor el asalto. Es la cortina de gases que en la guerra europea protegía los puestos avanzados de los fuegos de la artillería enemiga.

Si yo fuera hombre de negocios, agente de seguros, acreedor o cualesquiera de esos seres que para el éxito de sus operaciones requieren un momento de debilidad del adversario, temblaría ante la vista del hombre que antes de dar una respuesta comienza por sacar pausadamente la pipa del bolsillo. Un individuo armado de ese modo, no dará nunca una contestación desatentada. Acaso pueda ser un poco soñadora, ligeramente fatalista, tal vez algo brumosa y retorcida en suti-

les espirales, como el humo inaprensible que huye haciendo piruetas en el aire; pero no siempre lo concreto y preciso es lo más razonable. La vaguedad imaginativa desprecia el choque de la realidad como la sombra se burla de los golpes del martillo. Sabe que nada logrará contra ella.

La pipa tiene su filosofía que si no enseña a vivir por lo menos ayuda a vivir.

Hay calor de hogar en el mezquino fogón de tabaco que deja escapar el mismo hálito azul de la olla hirviente, de la vieja chimenea de la casona perdida a la distancia. Quizás por eso los marinos, los bohemios, los que no tienen hogar, buscan en la cachimba ese recuerdo de la casa familiar y la llevan consigo. Es un hogar en miniatura que les sigue por doquiera en sus andanzas de hijo pródigo, y hay madres y hay hermanas y hay novias olvidadas que en los días de nostalgia se acercan al minúsculo fogón y entibian sus manos pálidas en la última chispa de tabaco que guarda todavía un resplandor para iluminar sus rostros pálidos, esfumados por el tiempo.

Por eso no es extraño que los poetas, los artistas, los mismos humoristas que presumen de llevar un corazón más calcinado que sus propias cachimbas, tengan, al hablar de ellas, acentos de ternura que acaso no tuvieran para sus amadas.

¡Con qué emoción le dedica Jerome sus "Divagaciones de un Haragán"!

"A mi cara, a mi adorada amiga en la próspera y adversa fortuna; a la que si en los comienzos de nuestras relaciones no siempre se avenía conmigo, llegó luego a ser mi mejor camarada; a la amiga que, por más que deje apagar el fuego de mi cariño, nunca procura, ahora, vengarse de mí, disgustándome al encenderla de nuevo; a la que, a pesar de la acentuada frialdad con que la trata todo el elemento femenino de mi casa, y de la desconfianza con que hasta mi perro la mira, parece serme cada día más adicta, impregnándome del aroma de su amistad; a la que nunca critica mis defectos ni me pide dinero, ni se elogia a sí misma; a la compañera de mis horas de ocio; al consuelo de mis penas; a la que comparte mis dichas

y esperanzas; a la más sólida y vieja de mis pipas, dedico este volumen en testimonio de gratitud y afecto”.

Y Jerome tiene razón. En el fondo de la pipa, entre la filosofía fatalista y la indolencia bohemia, hay un poquito de ternura. A veces el fumador siente que los ojos se le humedecen de improviso y le echa la culpa al humo. El humo, en sí, no molesta; pero ¡que diablo! suelen venir en él unos recuerdos... Menos mal, que la cachimba es buena amiga y guarda siempre una bocanada azul que predispone, si no al optimismo, a lo menos a una dulce indiferencia.

# INDICE

Palabras preliminares .....	7
Humo de pipa .....	9
Sismología doctrinaria .....	11
Tutenkhamen .....	13
Académicos .....	16
Una defensa académica .....	19
La desinfección metódica ( <i>Carta de una cobradora</i> ) .....	22
En el año 1970 .....	25
El delirio del divorcio .....	29
Suma para igualar .....	33
Por patriotismo .....	36
Cupido en el ejército .....	38
Su mejor amigo .....	41
La protesta de Rapa Nui .....	44
Ventajas de la censura .....	47
Carta a mi censor .....	50
Despedida .....	53
Carta al Príncipe de Gales .....	55
¿Del Príncipe de Gales? .....	58
Agricultura lírica .....	61
Purismo .....	64
Una víctima de Proust .....	67
Calladito, el loro .....	72

## TONTILANDIA (*Viaje fantástico*)

I.—La llegada .....	75
II.—Hacia el misterio .....	78

III.—Horas de dieta .....	81
IV.—Las tontilandesas .....	84
V.—Un hombre dichoso .....	87
VI.—Un hombre con superávit .....	90
VII.—Horas felices .....	94
Expertos ratóneros .....	97
Código ameno .....	100
Arturo Prat, rotario .....	103
Carta a mi compadre .....	105
Arte democrático .....	108
Congreso ideal .....	110
Epidemia legal .....	113
Ayer y "Hoy" .....	115
Panegírico .....	119
El Ingenio de la escalera .....	122
El estado cocinero .....	127
Un memorial .....	130
Locura benéfica .....	133
Carta de un buey .....	136
Lenguaje de moda .....	140
Lobos marinos .....	144
Carta de un chino .....	147
A un turista .....	151
Malos negocios .....	154
Pura música .....	156
Dramas parlamentarios .....	158
La mujer ideal .....	162
Pobre bicho .....	165
Reflexiones inútiles .....	168
El discurso único .....	171
¡Pobre socialismo! .....	174
Y va de monumentos .....	177
Otro plan de economías .....	180
De estatua a pila .....	183
Revolución postal .....	186
Poesía de vanguardia .....	188
Carta vanguardista .....	192

Fracaso explicable .....	199
Revoluciones criollas .....	202
Un poco de orden .....	205
Desdichas de Tontilandia .....	208
Agiotistas y lateros .....	211
Programa líquido .....	214
Vuelta al líquido .....	216
En Tontilandia (Económica sísmica) .....	218
Jornada única plural .....	221
La jornada ningúnicica .....	223
Romance tontilandés .....	226
En Tontilandia ( <i>Séquito salvador</i> ) .....	228
Cuecancia frentista .....	231
Las mentiras de José .....	234
Canción de cuna .....	236
Turismo visual .....	238
La heráldica y el crédito .....	241
La súplica del ebrio .....	245
Meditación optimista .....	248
¡Vengan poetas! .....	251
Corazón requisado .....	255
Un candidato que aulla .....	257
Proclama lírica .....	260
Oda Boli-Nerudiana .....	263
La cachimba .....	265

## HUMO DE PIPA

por *Jenaro Prieto*

se terminó de imprimir bajo el sello de Editorial Del Pacífico S. A., el 29 de Septiembre de 1955, en las prensas de la misma Editorial, San Francisco 116, Santiago de Chile

- Entre la libertad y el miedo por *Ger-  
mán Arciniegas.*
- Humo de pipa por *Jenaro Prieto.*
- La verdad tiene su hora, por *Eduardo  
Frei Montalva.*
- La política y el espíritu, por *Eduardo  
Frei Montalva.*
- Sentido y forma de una política, por  
*Eduardo Frei Montalva.*
- La Perricholi, por *Luis Alberto Sánchez.*
- Rosarito se despide y otros cuentos, por  
*Fernando Romero.*
- Guerra del Pacífico, por *Gonzalo Bulnes.*
- Pakistán, por *Tibor Mende.*
- Indonesia, por *Tibor Mende.*
- La rebelión del Asia, por *Tibor Mende.*
- América Latina entra en escena, por *Ti-  
bor Mende (En prensa).*
- Las 48 Américas, por *Raymond Cartier.*
- Lo que supo un Auditor de Guerra, por  
*Leonidas Bravo.*
- El problema comunista, por *Jaine Cas-  
tillo.*
- Corresponsal en Washington, por *Jean  
Davidson.*
- El Dogma en la Liturgia, por *Fernando  
Cifuentes.*
- Antología Poética de Oscar Castro, por  
*Hernán Poblete.*
- La organización política de Chile, por  
*Alberto Edwards.*
- Los días ocultos, por *Luis Oyarzún.*

### COLECCION JUVENIL.

#### SERIE SANDOKAN DE EMILIO SALGARI

1. Sandokán, tomo I
2. Sandokán, tomo II
3. La mujer del pirata
4. Los misterios de la Jungla Negra
5. El misterio del Raimangal
6. La venganza de Tremal-Naik
7. Los piratas de la Malasia
8. El Rajah de Sarawak
9. La Derrota de James Brooke
10. Surama, la bayadera.